

LA 23  
LINTERNA  
MÁGICA



97  
IDAD AU  
CCIÓN GI

FOR  
FAGUNDO

23

LINE  
MADE

MADE  
IN  
CHINA

PQ7297

C73

1889

V. 23

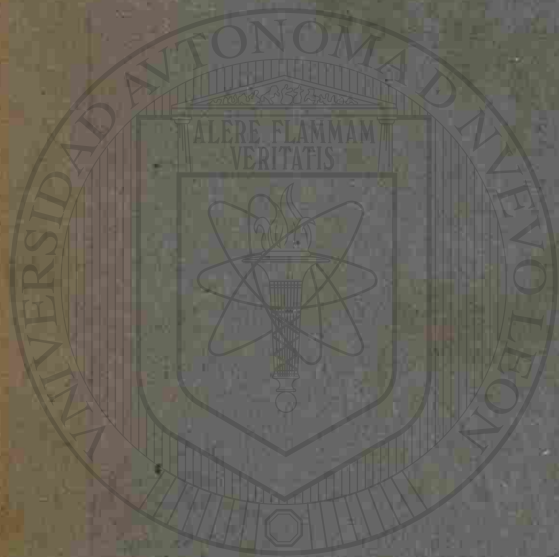
T. 1

c. 2

22741



1080046431



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA  
**LINTERNA MÁGICA**

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

**FACUNDO**

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

*ilustrada con grabados y cromolitografías.*

TOMO XXIII.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

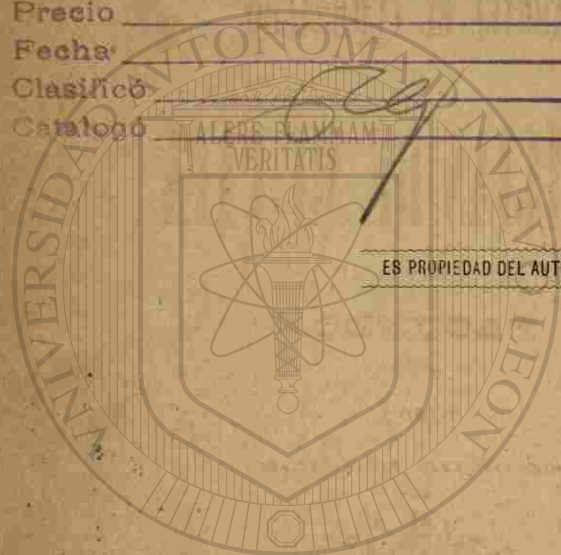
SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892



Núm. Clas. 081  
Núm. Autor @9652 / v. 23/24  
Núm. Adg. 36226  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catálogo \_\_\_\_\_



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

LA LANTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

GABRIEL EL CERRAJERO

6

LAS HIJAS DE MI PAPÁ

FOR

FACUNDO.

TOMO I.

SEGUNDA EDICIÓN.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

55147

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

36226

P07297

C77

1889

V-23

C-1

C-2



FONDO DE BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## À LOS OBREROS MEXICANOS.

À vosotros, apóstoles del trabajo, veneros legítimos de la riqueza pública, à vosotros que cumplís con Dios regando el pan con el sudor de vuestro rostro, à vosotros dedico este libro.

El trabajo y la educación son las bases de la regeneración social.

El trabajo y la educación son el origen de la mas sublime de las emancipaciones.

Trabajando sois la riqueza.

Instruyéndoos sereis la patria.

Tal vez encontrareis alguna enseñanza provechosa en este libro: leedlo, y cuando descanséis de vuestro trabajo, acordaos de que teneis un amigo que está trabajando por vosotros.

José T. de Cuellar.







## CAPÍTULO I.

### UNA VISITA DE CONFIANZA.

**A** eso de las cuatro, la mujer de un comerciante rico recibía á su visita de confianza las más tardes. Era ésta una costumbre inveterada que estaba muy lejos de inspirar la menor sospecha al mas malicioso observador, y mucho menos al comerciante.

En efecto, aquella señora y su visita cotidiana hablaban siempre de cosas indiferentes; y á la sazón en que empezamos á ocu-

parnos de sus recomendables personas, están tratando amigablemente de esta materia.

Los parientes.

—¡No me hable usted de parentescos, criatura! decía el señor, porque en esa materia tengo también hecha mi composición de lugar...

—Como en todo, dijo la señora.

—Ya sabe usted criatura, que yo soy hombre de principios fijos.

—Ya lo sé: la prueba es que me dice usted «criatura» hace....

—Hará cinco años largos.

—Es cierto. Conque decía usted de los parientes....

—Que en esta materia hemos entrado ya á una confusión tal, que no nos entendemos. Es cosa que á mí me da miedo preguntar á alguna persona el parentesco que tiene con otra, pues me he llevado ya buenos chascos, ó por lo menos he puesto en aprietos á algunas personas. Mire usted, criatura, no hace muchos días, me encon-

traba yo en una casa, á la sazón que una señorita tocaba el piano.

—¿Quién es esta señorita? pregunté con reserva á un joven que estaba cerca de mí.

—También es del otro matrimonio, me contestó.

—¿De quién?

—De la señora, insistió con seguridad, juzgando que con aquel dato me había dicho lo bastante para que yo cayese en cuenta: pero lejos de eso, no hizo más que picar mi curiosidad: me volví á mi izquierda y pregunté á una señora.

—¿Quién es la joven que está tocando el piano?

—Vea usted, me contestó la señora, esta señorita se crió....—Malo, dije para mí ¿con que se crió.....

—Como el hermano es padre, no la podía tener en su casa....—¡Ah! exclamé, entiendo menos todavía, pero es hija de....— y me detuve con objeto de que la señora acabara la frase; pero lejos de eso, la señora me preguntó.—¿De quién?—Eso es lo



que pregunto.—Pues para mí, me dijo mi historiadora, no es hija de don Pepe ni del general.—¡Hum! dije entonces, está visto que nadie ha de satisfacer completamente mis dudas.

Creí prudente suspender mis indagaciones, porque la pieza de piano había concluído; y empecé á sentir una curiosidad creciente, insoportable: recorría con la vista una á una las personas de la reunión, para elegir á quién hacer mis preguntas, cuando mi vecina de la izquierda me dijo:

—Pues figúrese usted, que ni éstas ni las otras dos chicas conocen á su papá.

—¡Oígal!

—¡Ah! no señor, si la madre es terrible....

Yo seguía en *bávia*.

A poco rato le pregunté á un amigo.

—¡Vaya! me contestó ¿ya no te acuerdas? si por fin las reclamó la madrina y.... y ya lo ves, ésta es la mayor.

Cada vez comprendía yo menos.

—¿Quieres decirme quién es la señorita que ha tocado el piano? le dije á un amigo

íntimo, despues de haberlo llevado á la antesala, para exigir allí con más libertad una contestación categórica, ó al menos que estuviera á mi alcance: esperaba la solución tranquilamente, cuando mi amigo, poniéndome las manos en los hombros, se comenzó á reír de una manera estrepitosa.—No te rías, le dije al cabo de un rato, y dime quién es la que tocó el piano.

La risa de mi amigo se hizo mas estrepitosa.

—¿Pero por fin ¿quién es? le dije impacientándome.

Mi amigo se desmoreció de risa, hasta el grado de tener que salirse al corredor.

—¿Pero quién será esta señorita, dije para mí, cuya historia secreta parece que conocen todos, menos yo, y lo que es más, todos me suponen igualmente instruído en el asunto, y se ríen como ese majadero, cuando pregunto quién es?

Pregunté á otro amigo mío.

—¡Te haces! me dijo por única respuesta.

—Pues señor, dije para mí, es necesario

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1475 MONTEVIDEO 1917



no seguir haciendo preguntas, porque corro el riesgo de pasar por un babieca; y que esa señorita sea hija de quien quiera.

—¿Pero por fin, averiguó usted? preguntó á su vez la mujer del comerciante.

—¡Qué había de averiguar! me quedé....

—¿Pero siquiera sabría usted cómo se llama esa señorita?

—Sí; sé que se llama Eloísa.

—¿Eloísa? ¿y esto pasaba en casa de las Hernández?

—Precisamente!

Entonces fué la mujer del comerciante la que se echó á reír.

—¡Usted también, Lola! exclamó su amigo ¿sabe usted que ya me va cargando la historia?

—¡Hombre de Dios! ¿no sabe usted quién es Eloísa?

—No, criatura, no sé quién es Eloísa; yo no conozco más Eloísa, que la señora de Abelardo; ó mejor dicho, ni á esa conozco más que de fama.

Zubieta seis dientes con un artificio tal, que autorizaba á Zubieta á decir que nacían de sus propios alveolos: las camisas del señor Zubieta eran irreprochables, y sus botas un artefacto hasta exquisito: sedosa piel, suela delgada, combinación de curvas graciosas; todo lo tenían las botas del señor Zubieta, quien á sus solas y más de una vez se convenció, de que una de sus mas apreciadas prendas personales, era su pié.

De la misma manera opinaba Lola.

El señor Zubieta tenía además una respetable y limpia calva, lustrada como una consola, y color de rosa como una concha.

El señor Zubieta era hombre acomodado, vivía de sus rentas, descontaba tal cual librancita con buenas firmas, prestaba sobre alhajas, y sacaba de apuros á algún recomendado, de vez en cuando, previo el módico estipendio de doce y medio por ciento solamente.

Todos estos negocios los hacía por conducto de su dependiente y cobrador que era un hombrecillo enjuto y carilargo que se

llamaba Solares, y del cual nos ocuparemos más adelante.

Merced á las reglamentadas intermitencias de intimidad en el matrimonio de Lola, el señor Zubieta había podido establecer sus visitas cotidianas, pasando dos horas y media al lado de Lola y durante las cuales se podía oír al señor Zubieta puesto que, profundo conocedor de la crónica escandalosa de México, tenía siempre hilo pendiente y materia abundante de qué ocuparse, distrayendo los ocios de su buena amiga.

Zubieta comía en casa de don Manuel el día de Corpus, el Viernes de los dolores, la Noche buena y el día primero del año irremisiblemente; por lo demás se hacía visible para don Manuel los domingos en la noche y uno que otro jueves.

Al señor Zubieta no se le pasaba por alto ninguno de *los días* de sus amigos; tenía el calendario de santos abierto todo el año, y lo consultaba siempre antes de acostarse: era la exactitud personificada, y parecía estar muy contento de su modo de vivir: oía

su misa rezada todos los domingos y días festivos invariablemente á las nueve y media en el *altar del perdón* en Catedral; y á esta costumbre no había faltado en treinta años, más que una vez que tuvo anginas.

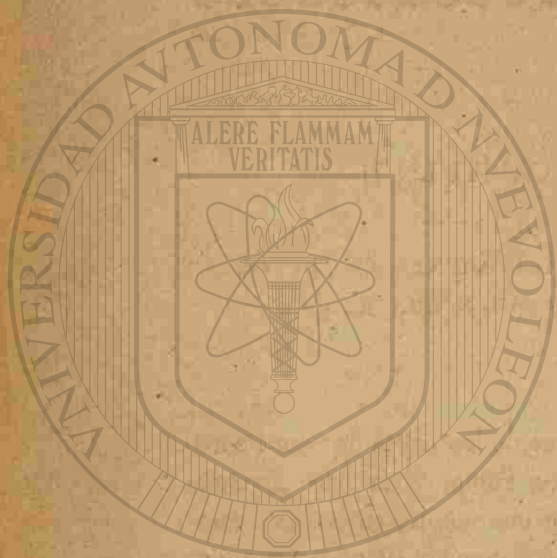
Éste era el señor Zubieta.

En cuanto á Lola sólo diremos por ahora que era hija de un antiguo empleado de rentas, se había casado á la edad de veintiseis años, y llevaba siete de casada y tenía tres niños.

Tales eran los dos personajes que nos hemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores, y quienes esperando impacientes la retirada de sus importunas visitas, pasaron tres cuartos de hora en charla insustancial, hasta que libres por fin, cual lo deseaban, anudaron el hilo de su interrumpida conversación.







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPÍTULO II.

EN EL CUAL COMIENZA EL LECTOR A  
SABER QUIÉN ERA ELOÍSA.

**E**N una de las calles de San Pedro y San Pablo, vivía hace algunos años una señora, cuya misteriosa historia fué por mucho tiempo pasto de conversación y motivo de hablillas entre las vecinas de una gran casa de vecindad, cuya inquilina principal era esta señora, madre de tres niñas que no conocían á su papá.

Fresca, corpulenta y apuesta era la ma-

trona, que podía frisar muy bien en los cuarenta y pico, pero que, poseyendo una naturaleza privilegiada, se conservaba aún en todo el vigor de la hermosura.

Vestía elegantemente, y al parecer se cuidaba mucho más de su interesante persona que de sus mismas hijas, supuesto que estas tres niñas, de las cuales la mayor tendría ocho años, iba á la escuela gratuita, y ni en su fisonomía, ni en su porte, revelaban tener por mamá una de las señoras mas apuestas y elegantes del barrio.

Todo lo que rodeaba á la consabida señora era misterioso; pero como no hay misterio posible, ni capaz de seguirlo siendo, si se entrega al análisis de la curiosidad femenil, ya sobre poco más ó menos, la vecindad sabía á qué atenerse en materia de asuntos que nada le importaban.

Una de las razones mas poderosas que dicha vecindad tenía para lanzarse de lleno en el camino de las indagaciones con respecto á la vida íntima de esta señora, era el habitar la vivienda principal de la casa,

circunstancia que parecía acarrear lógicamente esta conclusión entre las vecinas.

—Luego es necesario saberlo todo, pues que á mengua hubiera tenido la vecina del 8, saber menos que la del 4, en materia de conocer á la del principal.

—Ya tomaron la vivienda, le gritó una mujer á otra de un extremo á otro del patio.

—¿Ya? ¿y qué casta de pájaro? contestó la vecina de enfrente, que ribeteaba sombreros, sentada en el dintel de la puerta de su cuarto.

—Creo que es pájara, dijo otra que cargaba un cajón lleno de basura.

—¡Ave María Purísima! vamos á tener entradero y salidero.

—¿Qué, es bonita? preguntó una.

—No lo sé, dijo la ribeteadora; mi comadrita la conoce.

—Llegaron los muebles al medio día.

—¿Ya vió? preguntó una.

—De brocatel y toda la cosa, contestó otra vecina.

—¿Y la cama?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

EX. MONTECERRAT



—De bronce.  
—Matrimonial?  
—Pues no.  
—¿Habrá niños?  
—Tres chiquitas.  
—¡Vaya!  
—Á la oración de la noche.  
—Ya acabaron dijo una.  
—¿De qué?  
—De mudarse.  
—¿Y ella, no ha venido?  
—No.  
—¿Y nada de hombre?  
—No, paqué.  
—Ha de ser de los que entran tarde.  
—Dios me dé para pagar una casa sola,  
dijo la ribeteadora.  
—Y á mí, dijo una que lavaba.  
—No hay cosa como vivir uno en su  
casa sola, crea usted doña Jesusita, que sólo  
por la necesidad....  
—Qué hemos de hacer los pobres.  
Esa noche llegó la nueva vecina á las  
once y media.

Al día siguiente las vecinas establecieron  
su tertulia, de puerta á puerta.  
—¿Cómo pasaron la noche? dijo una ve-  
cina.  
—Yo, desvelada.  
—¿Las chinches?  
—No, qué chinches, los golpes: la vecina  
vino á las doce de la noche.  
—Á la una, agregó la sombrerera; á mí  
me espantó el sueño, como lo tengo tan  
ligero.  
—Y eso es por primera noche, ¿qué será  
después?  
—Tendrá que pagarle á la casera cuatro  
reales diarios.  
—¿Por qué cuatro reales?  
—Eso les pagan á los guardas de noche.  
—¡Cabal! que don Lázaro es guarda y  
me lo ha dicho.  
No tardaron en averiguar las vecinas, que,  
aquella señora de la vivienda principal, se  
llamaba doña Estefanía, que era de fuera  
de México, que no tenía hombre, que gas-



taba mucho dinero y que de cada seis noches, dos venía tarde.

Pero todo esto era todavía muy poco para saciar la curiosidad de las vecinas, y una de ellas se propuso saber más todavía y dar cuenta á sus compañeras de lo que observara.

—Ahora sí estamos bien, les dijo un día, ya tengo amistad con la cocinera de doña Estefanía; ya tendré que contarles á ustedes.

Efectivamente, á los pocos días la noticiosa convocó á sus compañeras, para decirles que á doña Estefanía la visitaban varios señores muy decentes, porque algunos eran hasta de coche propio, y que especialmente uno era el que tenía más intimidad; pero que ninguna de las criadas había podido nunca averiguar lo que platicaba doña Estefanía con su visita privilegiada, porque siempre hablaban tan quedo que era imposible sorprenderles media palabra.

—Será su amante, observó una vecina.

—Eso es lo mismo que yo creía, contestó

la noticiosa, pero la criada me asegura que no, que ella ha observado bien, porque eso á legua se conoce, y que está segura de que los asuntos que su ama trata con ese señor no son amorosos, sinó de un género que no es fácil averiguar.

—Pues eso está muy malo, dijo una vecina, porque de no ser asuntos amorosos los que esa señora trata, de seguro deben ser de mucha más gravedad.

—Quién sabe si tenga usted razón, mi alma, exclamó la ribeteadora, porque está uno viendo más cosas, que ya no deberá sorprenderse cuando se sepa que, personas tan encopetadas como nuestras vecinas, están complicadas en negocios criminales.

La visita predilecta de doña Estefanía, era un señor que según decían unos, era coronel; otros, propietario; quienes, negociante; pero en lo que sí estaban todos contestes era en asegurar que aquel señor era una persona bien acomodada.

—Y eso sí, decía la ribeteadora de sombreros, garboso como todos los mexicanos,

¿creerá usted que cuando la casera le abre el zaguán le dá de á peso?

—¿Oiga? exclamaron varias.

—Pues es negocio de dedicarse uno á abrirle.

—Ya se vé, pero no crea usted que la casera lo permita, sobre que hasta toma café, para no dormirse.

—Ya lo creo ¡por un peso!

Este coronel ó lo que fuera, se llamaba Sotomayor, gozaba de muy buen crédito y en sus costumbres no se hacía notable por otra circunstancia, que por la de desaparecer por largas temporadas de México, sin saberse á punto fijo, á qué lugar se dirigían sus viajes, ni cuál era el objeto de aquellas expediciones.

Doña Estefanía fué por largo tiempo objeto de viva curiosidad entre las vecinas de la casa de vecindad, quienes acabaron por conformarse con no saber más que lo que hasta allí sabían.

El señor Zubieta había escuchado con suma atención el relato anterior y esperaba,

como era muy natural, que todos aquellos datos acabarían por darle más luz sobre lo que deseaba saber, quiere decir, sobre quien era Eloísa, pero por más que hacía, nada de lo que hasta allí había oído lo sacaba de sus dudas.

Lola por su parte parecía complacerse en prolongar la perplejidad de su amigo Zubieta.

—Continúe usted, dijo éste.

—¿No cae usted en cuenta?

—No, con sólo esos datos...

—¿Recuerda usted, que la casa de doña Estefanía estaba situada en la calle de San Pedro y San Pablo?

—Ya lo recuerdo.

—¿Que el coronel que la visitaba, se llamaba Sotomayor?

—También lo recuerdo.

—Que doña Estefanía tenía tres hijas?

—Tengo también frescas todas las especies, pero á pesar de eso, todavía no enlazo... murmuró el señor Zubieta, esperando llegar al desenlace.

—Importa mucho, dijo Lola con cierto



misterio, que no olvide usted nada de lo que acabo de decirle.

—No lo olvidaré.

—Por que, como tiene usted tan mala memoria, es preciso hacerle esta recomendación.

—Pero bien ¿acabará usted de decirme quién es Eloísa?

—Indudablemente acabaré, y aún hay más, se va usted á sorprender, cuando se persuada de que lo que le estoy contando á usted, ya lo sabía usted antes que yo.

Zubieta estuvo á punto de creer que Lola se burlaba de él, ó por lo menos que le estaba haciendo pagar bien cara su falta de memoria.

—Me resigno: dijo Zubieta, estoy decidido á no interrumpir á usted más, y á no hacerla más preguntas, pero no me moveré de mi asiento, sin acabar de oír esa historia que, por poco que pudiera interesarme, ha logrado usted darle un atractivo que no habían tenido hasta aquí ninguna de nuestras crónicas.

—Eso es mas largo de lo que parece, Zu-

bieta, dijo Lola con cierta coquetería, la historia de Eloísa es muy larga, y yo me he propuesto contársela á usted con todos sus pormenores, de manera que si espera usted saber hoy el desenlace, quedarán burlados sus deseos.

—Quiere decir que no llegaré á saber quién es Eloísa sino cuando...

—Sino cuando el curso natural de los acontecimientos le vaya haciendo comprender una porción de cosas, que le van á sorprender á usted agradablemente.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... ¿lo digo?

—Sí.

—¿Aunque sea para atormentarlo á usted con su propia curiosidad?

—Sí.

—Pues... por ejemplo se sorprenderá usted cuando sepa que una de las personas que tuvieron una parte mas directa en la historia de Eloísa, es usted.

—¿Yo? exclamó el señor Zubieta, poniéndose encendido á su pesar.

—Sí, usted... señor desmemoriado, usted.

—Va usted á volverme loco.

—No, sinó muy cuerdo.

—¿Con que yo tengo parte?...

—En la historia de Eloísa y de doña Estefanía.

—¡Pero criatura! exclamó Zubieta, cambiando de tono, si en mi vida he...

Lola comenzó á reírse alegremente, mientras Zubieta recorría con violencia en su memoria la historia de su vida pasada, y en vano procuraba atar, no sabemos cuántos, diversos hilos rotos á las palabras misteriosas de Lola.

Eran las siete de la noche, hora en que el marido de Lola entraba á su casa.

La sonora campanilla del reloj de la sala, anunció á nuestros dos personajes que allí debía terminar su conversación, ni más ni menos que si se tratara de cerrar un capítulo.

El marido de Lola dió las buenas noches.



### CAPÍTULO III.

#### EL CHOCOLATE DE DON MANUEL.

**E**L señor Zubieta estaba altamente preocupado, sin poder comprender qué parte era la que podía tener en la historia de Eloísa, al paso que Lola parecía estar gozando con el suplicio de Zubieta.

Pero don Manuel que no estaba en autos, ni podía participar de la perplegidad de Zubieta, ni de la travesura de Lola, no pudo menos que sorprenderse al notar que algo pasaba ó había estado pasando durante su ausencia.



—Sí, usted... señor desmemoriado, usted.

—Va usted á volverme loco.

—No, sinó muy cuerdo.

—¿Con que yo tengo parte?...

—En la historia de Eloísa y de doña Estefanía.

—¡Pero criatura! exclamó Zubieta, cambiando de tono, si en mi vida he...

Lola comenzó á reírse alegremente, mientras Zubieta recorría con violencia en su memoria la historia de su vida pasada, y en vano procuraba atar, no sabemos cuántos, diversos hilos rotos á las palabras misteriosas de Lola.

Eran las siete de la noche, hora en que el marido de Lola entraba á su casa.

La sonora campanilla del reloj de la sala, anunció á nuestros dos personajes que allí debía terminar su conversación, ni más ni menos que si se tratara de cerrar un capítulo.

El marido de Lola dió las buenas noches.



### CAPÍTULO III.

#### EL CHOCOLATE DE DON MANUEL.

**E**L señor Zubieta estaba altamente preocupado, sin poder comprender qué parte era la que podía tener en la historia de Eloísa, al paso que Lola parecía estar gozando con el suplicio de Zubieta.

Pero don Manuel que no estaba en autos, ni podía participar de la perplegidad de Zubieta, ni de la travesura de Lola, no pudo menos que sorprenderse al notar que algo pasaba ó había estado pasando durante su ausencia.



Don Manuel no era hombre que se detuviera en minuciosidades, ni mucho menos que intencionalmente estudiara lo que á su derredor pasara en su casa; pero esta vez la cara de Zubieta revelaba, aún para el observador menos sagaz, que había detrás de un disimulo desusado, algo que Zubieta pretendía ocultar.

La risa deja en la fisonomía no sé qué huellas misteriosas, y hace el mismo efecto en ciertos semblantes que esos aguaceritos de verano, que, sin empaparlas, hacen aparecer después mas frescas y mas ricas en color las flores, y mas verdes las hojas de los campos.

En la cara de Lola no había acabado de desaparecer la alegría.

—Qué alegre está *ésta*, pensó para sí don Manuel.

Y luego viendo á Zubieta agregó siempre para sí.

—Y qué preocupado está *éste*.

Y entonces fué don Manuel quien comenzó á preocuparse.

Le ocurrió en aquel momento que aquello que él notaba por primera vez, acaso había pasado ya otras muchas, sin que él se hubiera tomado la pena de notarlo, y sin poderlo evitar, don Manuel se concentró.

Lola tenía una imaginación muy viva.

—Mi marido no venía triste, pensó Lola, pero de repente se ha puesto meditabundo: yo no puedo atribuirlo á otra cosa, sinó á que este candoroso de Zubieta está hecho un simple con motivo de la historia de Eloísa, ¡qué torpeza de Zubieta!

Después de un largo rato de silencio, dijo don Manuel dirigiéndose á Zubieta.

—¡Y qué milagro!

—¿Milagro? repitió Zubieta maquinalmente, milagro decía usted ¿de qué?

—Hoy no es jueves ni domingo.

—No; efectivamente, hoy es....

—Hoy es martes.

—¡Ah, sí! dijo Zubieta ¿lo dice usted por que sólo nos vemos los jueves y los domingos? ah, sí; pero es el caso que.... como.... ahora verá usted.... salí de casa y dije, hoy

es.... hoy es martes: el miércoles tengo que dar unos días, y el jueves, ¡ah! el jueves no puedo venir porque tengo una junta: y dije, pues vamos en casa de don Manuel y le anticiparé la visita del jueves, porque de otro modo, nos dejaremos de ver toda la semana.

—¡Ah! exclamó don Manuel! acentuando este ¡ah! más de lo que convenía á una exclamación del orden común.

Zubieta dijo para sí.—Creo que me ha conocido que miento; y no bien hubo pensado esto, cuando se encontró con la mirada de don Manuel y sintió que la sangre se le subía á la cabeza.

Lola fingió no ver lo que estaba pasando.

—¿Y qué tal el comercio? exclamó inopinadamente Zubieta.

—Así, así; contestó don Manuel.

Trajéronle á don Manuel el chocolate.

Éste era una de las cosas que hacía don Manuel, que daba envidia verlo.

Una criada, Romana, que llevaba siete

años de servir en la casa, era la que traía el chocolate todas las tardes.

En primer lugar, traía una mesita de *papier maché* con incrustaciones de concha, y la ponía frente á don Manuel; luego extendía sobre ella una azulosa servilleta de alemánisco, colocaba enseguida un platón con bizcochos, después un botellón con agua filtrada y un vaso de cristal, y por último un pozuelo dorado rebosando aromático, caliente y espumoso chocolate.

D. Manuel, siguiendo una antigua costumbre de su casa paterna, bendecía el chocolate antes de catarlo; circunstancia que acababa de condimentar aquella bebida española, que una vez con la bendición, queda exenta de las asechanzas del demonio y hasta con propiedades de sanidad y digestivas, que no hay más que pedir.

D. Manuel bebía un trago de agua antes de probar el chocolate, como para que el paladar se preparase á su regalo cotidiano: después elegía el buen señor, entre el surtido platón, el bizcocho mas apetitoso, y



en esta especie de refinamiento gastronómico, conocía Lola por lo general el estado normal de su marido.

Cuando don Manuel llegaba á las siete de la noche restregándose las manos y pidiendo *su chocolate*, era señal de que el horizonte estaba totalmente despejado; y entonces D. Manuel al verse enfrente de su platón de bizcochos, manifestaba una alegría y una satisfacción tales, que daba una idea exacta del hombre verdaderamente feliz.

Entonces, con una mirada digna de un muchacho glotón, devoraba aquel pequeño cerro de bizcochitos, y ya elegía un *bizcochito de á cinco* de la calle de Tacuba, para cerciorarse de si eran calientes y de si olian bien á mantequilla; ya tocaba las *pechuguitas de huevo* y las olía para saber si eran de la hornada de la tarde ó de la mañana: veía los *huesitos de manteca* y sentía hacérsele agua la boca, al contemplarlos dorados, calientes y quebradizos al menor contacto, circunstancia recomendabilísima en materia de huesitos.

Después de este prolijo reconocimiento, dividía en cuatro rebanadas largas un *grageado*, partía en tres un *boyito de á cinco* y colocaba aquellas siete raciones, que eran los candidatos de las siete primeras sopas.

Llegaba Romana; y don Manuel era entonces cuando solía sonreírse con su criada, y cuando solía manifestarle sus esplendideces y sus liberalidades; y era entonces también cuando Romana recibía el agasajo del amo y la recompensa de sus siete años de hacerle el chocolate á don Manuel con sus propias manos.

—Vé al cajón, Romana, y pídele á don Rodrigo, de mi parte, un corte de enaguas de merino de todo tu gusto: que te enseñe los cortes nuevos, ¿lo oyes? ya viene por ahí el día de Corpus.

Romana se tapaba la boca, como para que don Manuel no la viese sus blancos dientes, que en aquellos momentos estaban encargados de hacer brillar todo el regocijo de Romana, quien veía á su ama y se ruborizaba, costándole mucho trabajo murmurar

un «muchas gracias» torciéndose toda y no pudiendo menos que correr hasta la cocina para hacer estallar cerca del bracero toda su alegría.

El chocolate de don Manuel se sazónaba entonces completamente y hasta era común que en tal caso le dijese á su mujer.

—El martes llega la carga y el miércoles ya puedes ir á elegir tu vestido; vienen unos groses franceses, riquísimos: y no son más que cuatro cortes; no he querido decirlo hasta que tú elijas uno: los otros tres, se los mandaré al señor Barrón.

Esta era otra sopa de chocolate que don Manuel tenía ocasión de saborear, junto con la satisfacción de verle brillar los ojos á Lola ébria de felicidad y hasta de amor.

Tan solemne así llegaba á ser el chocolate de don Manuel y tan importante era siempre aquel acto, que si á tomar chocolate en la propia mesita invitaba á un amigo, podía asegurarse que aquel amigo era predilecto; si don Manuel tenía algún ligero disgusto, lo olvidaba ante los bizcochos; si estaba

alegre, pasaba de la alegría al mas dulce bienestar ante el chocolate; pero si, ante los boyitos y el caracas, don Manuel estaba grave y reservado, entonces había que temer que por el horizonte asomaban nubes preñadas de horror que presagiaban una catástrofe.

De manera que Lola, aunque había conocido ya que su marido estaba preocupado, no quiso medir el nublado antes de la aparición del chocolate; y sólo cuando éste llegó, fué cuando Lola empezó á temer que algo serio estuviera sucediendo, y fué hasta entonces cuando las huellas que la hilaridad había dejado en su fresco rostro, fueron desapareciendo, como las gotas de rocío de una flor que se orea al calor del sol.

D. Manuel estuvo reservado; y lo primero que le ocurrió fué esto:

—Esta noche no salgo.

Zubieta por su parte hizo todos los esfuerzos posibles por mostrarse como si tal cosa, y pretendiendo hacer uso de toda la diplomacia de que se creía capaz, se tornó



en locuaz y decidor contra su costumbre, y tanto hizo, que don Manuel no pudo menos que decir para su capote:

—Qué comunicativo se encuentra *éste*.

Y Lola que, como hemos dicho antes, era suspicaz, pensaba que Zubieta estaba empleando esfuerzos inútiles, supuesto que no se trataba allí de ocultar nada reprobado, y en todo caso no había en aquello más que la insignificante contrariedad de dejar pendiente una conversación indiferente y pueril.

Zubieta hubo de agotar al fin la materia disponible para la charla, y quemó en ella hasta su último cartucho; después de lo cual se rindió á discreción, ó lo que es lo mismo, al silencio que reinó después de su última palabra.

D. Manuel y Lola habían permanecido callados.

Zubieta recurrió al conocido remedio de consultar la hora; vió su reloj y dijo:

—Las nueve y media: ¡cómo se ha pasado el tiempo!

Y en seguida se levantó de su asiento, prolongó lo más que pudo los preparativos de su marcha, abrochándose la levita, estirándose el chaleco, viendo, al través de la vidriera, si llovía, fingiendo que le había llamado la atención un objeto cualquiera de la mesa; todo esto en medio del mas profundo silencio, durante el cual, don Manuel y Lola estaban contemplando á Zubieta, y pensando que decididamente Zubieta tenía algo que no era natural, y que aquella noche en todos sus movimientos había revelado cierto embarazo extraño y sobre todo un disimulo que lo vendía á legua.

Por fin se despidió deseando poner término á aquella situación que él mismo no comprendía, pero que se hacía cada vez mas embarazosa.

Tenía, como un cómico que está de malas, la conciencia de que todo le estaba saliendo mal, y deseaba sólo que cayera el telón y olvidarlo todo.

Zubieta pues, estaba literalmente como dicen los cómicos, fuera de caja.



Se despidió lo mas afectuosamente que pudo, más afectuosamente que otras veces, y acompañado por don Manuel, dió las buenas noches, salió de prisa y se dió un golpe en un brazo con un picaporte, y después le faltó el primer escalón de la escalera, y al llegar al último creyó estar en el anterior y dió una patada en plano, que resonó en toda la casa.

Semejante á esa desagradable sensación que se experimenta cuando damos un paso para bajar y no hay escalón, era lo que había estado sintiendo Zubieta toda la noche en la casa de don Manuel.

Cuando estuvo en la calle y á alguna distancia se paró.

—¡Pero qué diablos me sucede! exclamó ¿qué he tenido? ¿por qué me he desconcertado? creo haber hecho algunas barbaridades, y lo peor es que don Manuel me ha observado con una atención, que ya me estaba sacando de quicio.

Don Manuel se puso serio á poco rato de haber llegado, sí, y tan serio que se ha es-

tado callado por largo tiempo. No, y después de todo, esto es una desatención, al fin estaba yo en su casa, y por mi parte, creo no haber dado jamás motivo ¡qué digo! muy al contrario he sido tal vez muy caballero, sí señor, muy caballero, porque.... en fin, un marido que cada veinticuatro horas consagra solo dos á su mujer.... Una mujer.... una mujer como Lola, de atractivos, interesante; inteligente, ardiente.... y yo.... yo.... á pesar de conocer todo el mérito de Lola, á pesar de que.... me gusta, sí señor, porque Lola me gusta.... yo jamás me he atrevido.... ¡qué digo! ni mucho menos....

Recuerdo nada menos cierta temporada en que tuve que retirarme.... de modo que dije, en fin.... el trato continuo, y luego, como Lola estaba entonces tan interesante, hice el sacrificio y me retiré espontáneamente, teniendo hasta que mentir, si señor, mentir, porque pretesté ocupación y qué se yo cuantas cosas más.

¿Qué más se le puede pedir á un caba-

llero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro.... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí.... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ah! entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.



#### CAPÍTULO IV.

—  
LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE  
PENSABA DON MANUEL.

**M**UCHO tiempo estuvo callado don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendida de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio á la verdad debemos decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo don Manuel, que, como hemos visto, estaba sobre la malicia, pudo



llero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro.... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí.... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ah! entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.



#### CAPÍTULO IV.

—  
LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE  
PENSABA DON MANUEL.

**M**UCHO tiempo estuvo callado don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendida de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio á la verdad debemos decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo don Manuel, que, como hemos visto, estaba sobre la malicia, pudo

notar nada forzado ni inverosímil en todo lo que hizo Lola.

En esta materia, cada mujer vale por diez Zubietas, y con respecto á Lola, en lo particular, debemos añadir que nadie le ganaba á tener letra menuda.

Hubo por fin de estar sola y exclamó:

—¡Hasta que descanse!

Entremos á cuentas.

Mi marido se ha encelado á los seis años de casado. Está visto, la virtud es una cosa muy difícil: he aquí mi fidelidad modelo, mi fidelidad rara, mi consagración absoluta, mi sacrificio, en fin, dándome resultados contraproducentes.

Juzgarme á mí capaz.... á Zubieta capaz! vea usted á quién, á la finura personificada, al mas leal de sus amigos. ¡Ay, si yo le dijera, exclamó Lola apretando los dientes, si yo le dijera lo que son sus mejores amigos,...! pero no, es necesario no ser cruel, acabaría yo con sus ilusiones y tendríamos que aislarnos. Una amiga mía, que tiene mucho talento, me ha dicho que ni todo se

debe decir ni todo se debe callar. En todo caso esperemos, porque al fin tiempo tenemos para todo, tal vez mi marido reflexionará y hasta llegará á arrepentirse de haberme ofendido; sí, porque es una ofensa la que me ha hecho. De todos modos vendremos á una explicación y le diré sencillamente lo que ha pasado, al fin tengo mi conciencia tranquila.

En cuanto al señor Zubieta... ¡oh! lo que es Zubieta ha tenido un mal rato, el pobre de Zubieta es un hombre muy pundonoroso y ni por la imaginación... no, en cuanto á eso, las mujeres les conocemos á los hombres las intenciones... y como además Zubieta tiene tan lindos ojos.... Pues bien, continuó Lola contestándose á sí misma, razón de más para juzgarlo todo un caballero, pero en fin, si le hubiera yo sido de todo punto indiferente, vaya, ninguna gracia hacía; pero cuando le he sorprendido más de una vez... sí, lo que es eso, ya lo he conocido hace mucho tiempo; y quién ha de creer que ésa era precisamente una de



las causas de mi estimación, porque, eso sí, no se puede negar, siempre un caballero se hace querer por su buen comportamiento, y si después de esto no se recoge más fruto que el que lo nivelen á uno con los delinquentes, ésta es una cosa muy triste, es la mayor de las injusticias: ¿qué garantía tenemos entonces las mujeres honradas, y los hombres que llevan su caballerosidad hasta el grado que Zubieta? porque yo entiendo que no se le puede pedir más á un hombre, que el que se sacrifique en aras de la amistad, que el que dé tortura á su corazón... ¡ah! si no fuera eso, ya Zubieta me hubiera hablado de amor, yo se lo conozco, las mujeres conocemos eso á legua, sobre que es nuestra misión; pero muy lejos de eso, Zubieta se ha conformado con que yo sea su buena amiga, y de todo me ha hablado el pobre menos de amor.

Después de un largo rato de comentarios, Lola exclamó:

—Ahora caigo en cuenta, á Zubieta no le he conocido inquietudes; hace cinco años



ZUBIETA.

que le trato y no le he visto inclinado á ninguna mujer, él no es un hombre despreciable, muy al contrario, para más de cuatro pollas pudiera ser un buen partido.

—¿En qué consiste esto?

Reinó entre marido y mujer una extraña y desusada reserva: no se dirijían la palabra y ninguno de los dos se creía obligado á ser el primero en romper el silencio.

—Ésta calla, pensaba don Manuel; buen provecho, no he de ser yo el que la obligue á hablar.

—Está callado, pensaba Lola, mejor que no hable, no he de ser yo la que le obligue á ponerse comunicativo, al fin yo no le he hecho nada... no, y en cuanto á aguantarle á mi marido celos necios, buen chasco se lleva, porque para eso tengo mi conciencia muy tranquila.

Pensando así, cada cual por su parte, se acostaron.

Lola notó que no dormía don Manuel.

Don Manuel notó que no dormía Lola.

Lola fingió dormirse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Don Manuel conoció que Lola estaba fingiendo.

—¡Pérfida! pensó don Manuel.

—Me cree dormida: pensó Lola.

Y pensando en esto, se durmió de veras.

Don Manuel siguió pensando.

—Después de todo, dijo para sí, es una diabl'ura esto de ser comerciante: hace siete años que abro el cajón á las seis y media, que vengo á comer á las doce, que me salgo á las tres, que vuelvo á las siete y media, que salgo después, que vuelvo á las once y que me duermo en seguida; reasumamos; de las seis y media á las doce, son cinco horas y media, y de las tres á las siete, cuatro; son nueve horas y media: de las ocho y media á las once, son dos y media, y nueve y media son doce horas cabales que mi mujer ha tenido á su disposición hace siete años; doce horas pasadas cada día bajo la garantía de mi ausencia, precisa é inquebrantable; doce horas de no verme y durante las cuales.... soy un estúpido en no haber pensado en que el comercio y las

garantías prácticas de fidelidad conyugal son incompatibles; vamos, los comerciantes no debemos casarnos á menos de nombrar dependiente mayor á nuestra cara mitad, para que lo sea de hecho á todas horas.

Hacer la liquidación de esas doce horas diarias, ó lo que es lo mismo tres años y medio en siete años de matrimonio, hacer la liquidación de esos tres años y medio que he pasado, detrás del mostrador, mientras que mi mujer.... no, y esto no es decir que Lola sea inclinada.... ni que su cariño.... ni que.... ¡ah! eso no; pero vamos al hecho, la ocasión existe, y á mayor abundamiento, á mí nunca me había ocurrido pensar en ello hasta los siete años; pues señor, soy el modelo de los maridos prudentes y cómodos; con razón no hemos reñido todavía, ya se vé, bien puede ser angel durante cinco horas, por tal de ser diablo doce, ya me explico la dulzura de mi mujer y sobre todo lo igualita.... siempre lo mismo. «Buenos días Mel,» «buenas noches Mel,» «qué bueno eres Mel,» «¿Estás malito Mel?»

«¿Estás riquito Mel?» «Eres muy trabajadorcito Mel.»

Esto durante siete años.

Estas palabritas son el rechinado de una de esas puertas que se abren cada veinticuatro horas; yo conozco puerta que rechina de la misma manera hace siete años, por ejemplo la puerta del cajón; hace siete años que tiene la misma voz, no pasa día por aquellas visagras, no se enmohecen, no se gastan, no se callan, todas las mañanas chillan de un modo y todas las tardes de otro, en la mañana, al abrir, gordo; en la noche, al cerrar, delgado. La puerta del cajón y mi mujer son inmortales.

Ahora bien, no nos dejemos llevar de ligeros, analicemos.

¿Lola es, ó no es capaz de una.... atrocidad?

Ella ¡tan buena!... ¿tan buena?

Durante las cinco horas en que me pertenece, es un modelo.

Le quedan doce para ser otro modelo.

Ya lo sabía.

¿Pero cómo lo has de saber, bruto, cuando ni siquiera te has tomado el trabajo de preguntarlo?

Vamos á suponer que averiguo.... que averiguo qué?... que ha recibido visitas.

Esto será un indicio, pero no una prueba.

Por otra parte, bien puede haber recibido visitas.... ó más claro, bien puede haber tenido un pretendiente, bien puede haberlo rechazado, bien puede él haber insistido, bien puede ella haber sucumbido, y á la hora de esta, bien puede haberse acabado todo y no haber quedado ni el rastro.

Y si tal cosa llego á averiguar, suponiendo que sea posible, ¿qué hago enseguida?

Después de todo, no deja de ser ridículo, que ahora vaya yo á emprender una batida retrospectiva y vaya á hojear ese oscuro libro del pasado para tener un desengaño.

Ó nó: bien podrá ser para tener una dulce satisfacción, para convencerme de que tengo la mujer mas pura y mas.....

¡Le cuentan á uno tantas cosas!... yo mismo no estoy limpio de algunos pecadillos



de joven.... yo mismo soy una prueba de que puede haber impunidad.... Cierta asunto pasó sin que la tierra lo sintiera.

Pues ojos que no ven.... no, no, esto está bueno para decirlo, pero cuando se convierte uno en parte integrante no es lo mismo, la prueba es, que son las dos de la mañana y yo no puedo dormir; y eso que no ha pasado por mí más que una simple sospecha, ¿pues qué sería si.... si ya tuviera datos?

Vamos adelante.

Examinemos á Zubieta.

Zubieta.... Zubieta no es un hombre despreciable, un poco entrado en años, pero no se conserva mal: representa menos edad de la que tiene.

Zubieta es hombre de sociedad.

En fin, como tiene estudios, los estudios hacen al hombre superior y luego.... sí, sí.... ahora caigo. Algunas veces me ha dicho mi mujer.

— ¿Qué dices que ocurrencias de Zubieta?

Lo que es á mi mujer, es un hecho que le gusta platicar con Zubieta.

Y Zubieta tiene muy buena conversación, se le ocurren muchas cosas, y cuenta sus cuentecitos con gracia.... en fin todo puede ser.

Él estaba preocupado y se cortó y.... sí, Zubieta tenía algo....

Esta es cuestión de astucia, de sagacidad, de aplomo.

En hora buena, tendré aplomo, tendré sagacidad, tendré astucia y averiguaré la verdad de los hechos, como si fuera yo un juez de lo criminal.

Si, bien mirado, un marido no es otra cosa que un juez de lo criminal, que paga por serlo.

¡Ay, ay; el matrimonio es una cosa....!

El primer bostezo irremediable cortó la frase, y don Manuel se colocó con precaución aceptando la postura que juzgó mas apropiado para quedarse dormido.

Como se vé, aquel buen matrimonio estaba trabajando con la mas buena intención

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTENEGRO, BUENOS AIRES

del mundo en hacerse la guerra; hasta allí, como el lector habrá podido notar, no había nada sustancialmente que valiera la pena, pero probablemente el diablo había tomado la forma del señor Zubieta para descomponer aquella felicidad.

Contra su costumbre, Zubieta dejó de ir á la tarde siguiente á la casa de don Manuel; y aunque sabía que éste nunca averiguaba lo que en sus ausencias pasaba en su casa, Zubieta juzgó prudente no presentarse sinó hasta el domingo, conforme el programa que había hecho conocer á su amigo.

Lola estuvo inconsolable la primera tarde y esperó con impaciencia creciente la segunda, pero llegó la noche y Zubieta no vino.

Lola creyó de buena fé que aquel asunto se complicaba, y que Zubieta hacía muy mal en suspender sus visitas.

—Decididamente, Zubieta me compromete con su conducta, exclamó Lola, ¿qué va á creer Manuel?... se figurará que lo que pasó antes de anoche, no es realmente sinó el resultado de alguna connivencia, de una

infidelidad, de una.... qué sé yo.... pero de todos modos Zubieta es un imprudente, es necesario decirle que no dé á sus acciones un carácter que mi marido tenga derecho á interpretar, y sobre todo, yo estoy en mi legítimo derecho para cuidar de mi honor. Que Zubieta haga todo lo que le plazca, pero yo por mi parte, no le he autorizado para que me quite el crédito; él tiene el deber, supuesto que es mi amigo, de coadyuvar á mi tranquilidad, y á la de mi marido, quien, en estos momentos, se está volviendo imprudente y malicioso; y no vaya á ser que una cosa tan inocente y tan sencilla, se convierta.... en qué sé yo qué.... no señor, ante todo mi reputación.... yo debo cuidar mi reputación, porque dice el refrán: no hagas cosas malas que parezcan buenas, ni cosas buenas que parezcan malas; y eso es precisamente lo que está haciendo Zubieta con la mejor intención del mundo.

¡Oh! afortunadamente yo soy una mujer previsora, á quien nada se le escapa.

Mi marido está seriecito; pero no se ha



atrevido á entrar conmigo en explicaciones; yo conozco que me está observando, pero afortunadamente nada puede leer en mi semblante, ni puede tampoco deducir nada desfavorable en mis acciones.

Lo único que puede llamarle la atención es la ausencia de Zubieta, porque, aunque no me lo pregunta, yo estoy cierta de que mi marido ha indagado ya, y tal vez con este motivo, que Zubieta viene todos los días, y al notar que después de lo de la otra noche desaparece, puede atar cabitos y encontrar, en una apariencia, algún fundamento para dudar de mi sinceridad y de mi buena fé.... En tal virtud, para prevenir cualquier accidente, voy á decirle á Zubieta... Pero es el caso que ¿dónde lo veo? le mandaré un recado.... no; le escribiré un papelito....



## CAPITULO V.

### LA DILIGENCIA DEL INTERIOR.



eso de las cinco de una tarde del mes de Mayo, estaban en el patio del Hotel de Iturbide varias personas, esperando la llegada de la diligencia del interior.

Algunos cocheros se habían apostado con sus respectivos vehículos, tanto en el callejón de Dolores á cierta distancia de la casa de diligencias, como en la calle de San Francisco, cerca del Hotel de Iturbide.

Más de quince cargadores estaban en

atrevido á entrar conmigo en explicaciones; yo conozco que me está observando, pero afortunadamente nada puede leer en mi semblante, ni puede tampoco deducir nada desfavorable en mis acciones.

Lo único que puede llamarle la atención es la ausencia de Zubieta, porque, aunque no me lo pregunta, yo estoy cierta de que mi marido ha indagado ya, y tal vez con este motivo, que Zubieta viene todos los días, y al notar que después de lo de la otra noche desaparece, puede atar cabitos y encontrar, en una apariencia, algún fundamento para dudar de mi sinceridad y de mi buena fé.... En tal virtud, para prevenir cualquier accidente, voy á decirle á Zubieta... Pero es el caso que ¿dónde lo veo? le mandaré un recado.... no; le escribiré un papelito....



## CAPITULO V.

### LA DILIGENCIA DEL INTERIOR.



eso de las cinco de una tarde del mes de Mayo, estaban en el patio del Hotel de Iturbide varias personas, esperando la llegada de la diligencia del interior.

Algunos cocheros se habían apostado con sus respectivos vehículos, tanto en el callejón de Dolores á cierta distancia de la casa de diligencias, como en la calle de San Francisco, cerca del Hotel de Iturbide.

Más de quince cargadores estaban en



acecho, esperando el momento de conducir de la diligencia á los coches, las balijas de los pasajeros; y una multitud de muchachos diseminados aquí y allá, esperando también la ocasión de prestar sus servicios.

Todo pasajero, sólo por el hecho de serlo, lleva en sus maletas, sin poderlo remediar, un cartel que anuncia sus recursos extraordinarios.

Siempre se supone á un viajero en la posibilidad de dar propinas, se le crée rico y en circunstancias excepcionales.

Una persona puede ser todo lo mas económica posible, en todas las circunstancias de la vida, excepto cuando viaja.

No parece sinó que la movilidad es patrimonio exclusivo de los ricos, y por lo menos en México, no se viaja sinó en casos extremos y por absoluta necesidad.

Muchas veces un viaje es una bancarrota, una calamidad en una familia; un viaje consume los ahorros de muchos años ó determina una verdadera crisis monetaria en personas de medianos recursos.

En México, puede asegurarse que cada uno de los nueve ó doce pasajeros que ocupan los asientos de la diligencia, tienen entre las manos uno de los asuntos mas graves de su vida, que está en circunstancias verdaderamente excepcionales, y tal vez está haciendo un penoso sacrificio ó está entrando en un cambio radical de posición.

Es necesario este conjunto de circunstancias, para que las líneas de transporte puedan sostenerse.

Entre nosotros es desconocido el viaje por placer, á no ser á Tacubaya, y mucho más el viaje por economía, á no ser también á Tacubaya.

El viajero, pobre ó rico, está obligado á sostener todo género de especulaciones ventajosas y hasta arbitrarias, como la tarifa de pasajes, los almuerzos de á peso, los desayunos de á dos pesos, los cuartos de mesón, de á peso y por añadidura las propinas á los officiosos, y las limosnas á un cordón de pordioseros miserables que de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad se

encuentra irremisiblemente, sea cual fuere la vía que se siga.

A todos estos gastos fijos hay que agregar otro que hace tiempo ha pasado de la categoría de imprevisto, á la condición de indispensable:

Los ladrones.

Procedente de Querétaro, venía en el camino el coche número 109, ó sea uno de esos vehículos colorados, que son los monitores de la carrocería, contruídos expresamente en las mejores fábricas de los Estados Unidos, para probar que las combinaciones de la mecánica pueden burlarse, por algún tiempo al menos, de las inverosímiles sinuosidades con que plugo á la madre naturaleza engalanar este privilegiado país.

Sin una apremiante necesidad, sin un subsidio extraordinario y las más veces oneroso para el viajero, y sin uno de esos cajones de hierro con uno que otro palo por encima, sería de todo punto imposible la comunicación en coche, de una capital á otra de la república.

Este punto y el de los ladrones es casi siempre la materia predilecta de conversación entre los viajeros; y ésta era en la ocasión á que nos referimos, la que sostenían los mártires del coche número 109 de que vamos hablando.

Ocupaba un asiento de testera un señor de Buenos Aires, á quien daban el nombre de don Salvador. Este pasajero venía muy triste, porque, según había hablado con un compañero, dejaba en Querétaro un amor romántico, y volvía á México para embarcarse después en Veracruz y regresar á su país natal.

Venían además tres españoles; uno negociante, otro casado con una mexicana rica y otro dependiente mayor, que viajaba por cuenta de su principal.

Otro asiento lo ocupaba un clérigo que viajaba por cuenta de la mitra eclesiástica.

Venía también la mujer de un militar internado en la campaña; esta señora regresaba á México, persuadida de que era imposible seguir á su marido, y finalmente, ocu-



paban los dos últimos asientos, un viejecito enjuto y envuelto en una capa española, que traía á su hijo, un niño como de once años y de una fisonomía interesante y viva.

Aquel viejecito se llamaba don Santiago, y el objeto de su viaje era proporcionar en México á su hijo Gabriel una esmerada educación.

Para lograr este fin, había tenido que pasar ya por mil dificultades y tropiezos, de los cuales había triunfado milagrosamente, y no obstante, podía leerse en la fisonomía de don Santiago un constante sobresalto, pues de todos los pasajeros era el que parecía mas preocupado por la idea del peligro.

—¿Qué dice usted paisano? le dijo un español al otro, nos saldrán los *compadres*?

—No, qué van á salir!

—¿En qué se funda usted?

—En que ayer robaron.

—Eso es, pues dicen que no hay camino mas seguro que el que acaban de robar.

—Además, yo traigo armas, dijo el tercer español.

—Ríanse ustedes de las armas.

—No tanto, paisano.

—Por aquí suelen salir hasta veinte hombres.

—Tengo para los veinte: traigo pistolas de Lefouchet y rifle de á 18.

Mientras los españoles se ocupaban de dilucidar la cuestión de defensa, haciendo un ruido formidable, la señora y el padre rezaban, el viejecito y su hijo no perdían una palabra, y el de Buenos Aires permanecía callado y al parecer indiferente á cuanto lo rodeaba.

—¿Usted qué piensa hacer don Salvador? le preguntó uno de los españoles.

—Para qué?

—¿Si salen los ladrones?...

—Es que estamos pensando en defendernos.

—No pienso yo tomarme esa molestia, he jurado no volver á hacer fuego contra nadie.

Esto lo dijo Salvador con un acento tan misterioso, que los españoles no pudieron menos que fijar la atención.

—¡Cómo! exclamó uno de ellos, ¿yo sé que es usted un tirador de primera fuerza; y tomando usted parte en la defensa, estoy bien seguro del resultado.

—A pesar de eso, repitió Salvador, no me batiré.

No bien acababa Salvador de pronunciar estas palabras, cuando el conductor de la diligencia, dió un toquecito particular en el pescante y en seguida dijo:

—¡Ahí están!

La palidez se apoderó de todos los semblantes.

Se había parado la diligencia.

No tardaron en aparecer por las portezuelas dos bandidos.

El golpe estaba dado, el español del rifle y las pistolas, no se acordó más de sus armas, y todos los pasajeros bajaron del carruaje, poniéndose á disposición de los ladrones, quienes los fueron despojando de cuanto llevaban.

En la casa de diligencias tenían todos ya la convicción de lo que había pasado, á juzgar por el retardo del carruaje.

En efecto, después de las siete de la noche, llegó la diligencia de Arroyozarco, totalmente desbalijada.

—¿No hubo desgracias? le preguntaron al cochero.

—No, señor: no más nos salieron.

—¿Y los robaron?

—Pues nó.

—¿Y los maltrataron?

—No.

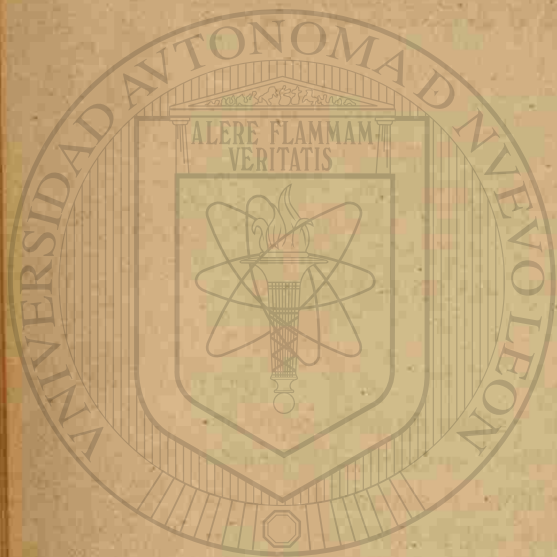
—Del mal, el menos; dijeron en la administración.

Y cada uno de los pasajeros en el centro del grupo que le formaban sus amigos, daba los pormenores del asalto y contaba las peripecias del robo.

El viejecito de la capa y su hijo, se dejaron conducir por un oficioso cochero, al hotel del Turco.







## CAPITULO VI.

EN EL HOTEL Y EN EL COLEGIO.

**A** la mañana siguiente, aquel viejecito, envuelto en su capa española, y sentado frente á su hijo, hablaba de este modo.

—Al fin he visto realizadas mis esperanzas: ya estamos en México; pero después de una larga serie de acontecimientos desgraciados, tal vez todos mis esfuerzos sean estériles.

—¿Por qué, padre? le preguntó el niño. <sup>®</sup>

—Ya lo sabes; he perdido ya cuanto te-

nía; este último golpe ha acabado con mi escasa fortuna.

—¿Pero acaso se necesita dinero en México, para recibir una buena educación?

—No; afortunadamente ya no es así, según me han informado.

—Hoy los pobres, agregó el niño, pueden recibir gratuitamente una educación como la de los ricos, además que si á usted se le llega á agotar lo poco que le ha quedado, yo trabajaré y no nos faltará nada.

Estas palabras las pronunció el niño con un acento tal de convicción, que dibujaron en la fisonomía del anciano un gesto de bienestar y de contento.

—¿Y en qué trabajarás Gabriel? le preguntó cariñosamente á su hijo.

—En un oficio, contestó Gabriel con cierto aire pedante, tengo muy buenas fuerzas; como que es lo único que saqué de los acróbatas con quienes viví.

—Quiera Dios, exclamó el anciano, que persistas en esa idea, ya no sólo por el deseo que tienes de auxiliarme supuesto que

yo ya no puedo trabajar, sino porque los obreros, hijo mío, valen mucho.

—¿Por qué, papá?

—Porque són hombres libres.

—¿Pues qué los demás hombres no lo son?

—Desgraciadamente hay una tendencia fatal en el hombre á la veneración: no parece sino que cada hombre no llega nunca á creer que puede bastarse á sí mismo y empieza por forjarse ídolos y dioses, que sean intermediarios entre su insuficiencia personal, y la gran superioridad que llamamos Dios: esta tendencia, que es común á todos los hombres, ha engendrado las religiones, los cultos y la oligarquía; y los hombres se conforman fácilmente con su poco valer, siempre que encuentren una superioridad que los proteja: en el cambio de esta protección, caben todas las humillaciones y todos los errores; pero tan luego como el hombre productor se constituye en elemento indispensable en la marcha de la sociedad, cooperando con su industria ó con su



trabajo mecánico al movimiento de la riqueza pública, se independe de ominosas superioridades y rechaza instintivamente todo tráfico de servicios innobles y toda coacción por parte de los protectores.

El artesano honrado, hijo mío, es el tipo del ciudadano, concebido por la democracia y por el progreso.

—¡Yo seré artesano! exclamó Gabriel con entusiasmo.

—Sí, pero serás el artesano instruído; porque yo no quiero que seas una de tantas máquinas humanas que, afuer de ignorantes, se convierten en las mulas del adelantamiento de la sociedad; yo quiero que seas un productor instruído, capaz de enaltecer el oficio á que te dediques; quiero que seas instruído, no para que tu saber sea explotado por los políticos, por los tribunos ambiciosos, ni por los especuladores; yo quiero que te instruyas, para que te enaltezcas á tus propios ojos; para que no te haga callar el primer pedante que te hable, y para que con tu mandil ceñido, entres con la frente

erguida á las filas de la única aristocracia posible, que es la del saber.

No quiero que seas uno de nuestros hombres públicos, ni alguno de esos muchos audaces, que, asaltando puestos, y medrando á costa de su dignidad y de su honra, se apoderan de las situaciones y de los empleos, á despecho de la risa de los hombres sensatos é independientes.

—¿No es bueno ser empleado, papá?

—Hay en este país, hijo mío, una enfermedad endémica que se llama empleomanía.

—Y qué enfermedad es ésa?

—Es un conjunto de necesidades que satisfacer, unido á una carencia absoluta de medios para satisfacerlas; tal es esa enfermedad funesta, que ha llegado á desquiciar la hacienda pública y ha dado pábulo á las revoluciones y á los motines.

—¿En cambio los empleados acabarán por ser muy ricos, puesto que logran menoscabar la hacienda pública?

—Son raros los que se enriquecen, á pe-

sar de esa observación, pues por lo general estos enfermos mueren de consunción y de raquitis.

—¿Por qué papá?

—Porque el gobierno siempre los paga mal.

—¿Y la experiencia los retrae?

—No, pero quiero que mi experiencia te retraiga á tí.

—Lo obedeceré á usted en todo, no seré empleado.

—¿Y los políticos, papá? es bueno ese empleo?

—Ese no es un empleo.

—¿Es una industria?

—Sí: hijo mío, has acertado; pero es una industria peligrosa y en la que se necesita dejar algunos jirones de conciencia.

—¿Por qué?

—Porque se hace á veces necesario sacrificar á las personas que se aman, perjudicar á quien no lo merece, y hablar generalmente lo contrario de lo que se piensa.

—¿Y así es como se llega á ser presidente?

—Y así es como se llega también al patíbulo.

—Tampoco quiero ser político, no llegaré á conocer eso ni por el forro.

—No tanto: á su tiempo te enseñaré lo que un buen ciudadano debe saber en estas materias: aprenderás lo necesario para hacerte respetar y para no ser juguete de los políticos.

—Dios le ha de conservar á usted la vida, para que logre usted todo lo que desea, y sobre todo, para verme capaz de pagarle á usted todo lo que le debo.

El anciano acarició la cabeza del niño y lo contempló por largo tiempo.

Gabriel le besó la mano á su padre.

Esta conversación fué interrumpida por la voz de un criado, que preguntó, entreabriendo la puerta.

—¿Qué nombre se escribe en la tabla?

—¿En qué tabla? preguntó el anciano?

—En la del hotel: está mandado por la autoridad que todos los pasajeros digan su nombre, de dónde vienen, y á qué.



—¿Eso está mandado?

—Puede usted verlo en el reglamento: ahí está.

Y el criado señaló un cartón que estaba colgado en una de las paredes del cuarto.

Gabriel descolgó aquel cartón y lo presentó á su padre.

—Puede usted escribir, dijo éste, luego que hubo recorrido con la vista el reglamento, puede usted escribir en la tabla ó el registro, Santiago Franco y su hijo Gabriel, procedentes de Querétaro.

—¿Y á qué vienen? preguntó el criado.

—A asuntos propios, dijo don Santiago, supuesto que ésta es una contestación con la que la policía tiene la amabilidad de conformarse.

—El criado también se dió por satisfecho y se alejó repitiendo el nombre de Santiago Franco para inscribirlo en el registro.

Poco después salió don Santiago á la calle, y como era hombre tenaz en sus asuntos, creyó que lo que debía ocuparlo de preferencia era la educación de Gabriel, de mane-

ra que se dirigió en derechura á un establecimiento de educación.

El primero que encontró, tenía todas las ventajas de situación, amplitud, comodidad y sobre todo, un aparato que no había más que pedir.

Subió lentamente las escaleras, y después de un largo rato que necesitó para tomar aliento, avanzó por un corredor, hasta llegar á la puerta de un gabinete.

Apenas se acercó, algunos niños se levantaron de sus asientos, y de entre el grupo de los que se habían levantado, se desprendió uno, dirigiéndose á don Santiago.

—Busca usted al director?

—Sí, jovencito: si usted tiene la bondad de....

El niño con una vivacidad cómica, se internó en las piezas contiguas, dejando parado á don Santiago.

Después de no cortos instantes, se presentó un señor vestido de negro, y que traía puesta una gorra griega de terciopelo carmesí, bordada de oro.

Era el señor director; traía un libro en las manos, y los anteojos calados.

Vió sobre éstos á don Santiago y le dijo:

—Muy buenos días, caballero; si usted tuviera la bondad, pasaríamos á la sala de recibir....

—Como usted guste.

—Pase usted por aquí.

Y el director hizo entrar á don Santiago á la pieza inmediata, donde á la sazón estudiaban más de cincuenta alumnos, quienes al ver al director acompañado de una persona extraña, se pusieron de pié y guardaron silencio.

—Siéntense ustedes niños, tengan la bondad de no molestarse, dijo don Santiago acompañando sus palabras con un ademán, como para comprender en sus atenciones á todos los niños.

En seguida el director abrió una puertecita y se presentó á la vista de don Santiago, una pieza como de cinco varas, que era probablemente á la que el director llamaba su sala de recibir.

En efecto, había allí un confidente, dos sillones, dos estantes con libros, cuatro esferas, y algunos planos y dibujos que ornaban las paredes.

—Cuando don Santiago y el director hubieron tomado asiento, el director preguntó.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?

—Tengo un hijo, dijo don Santiago.

—Ya lo había adivinado, dijo el director, queriendo dar esta primera prueba de su penetración, y luego continuó para acortarle el camino á su interlocutor.

—Y usted desea que ese hijo se eduque. ¡Oh! muy bien pensado señor, muy bien pensado. ¿Y su edad?

—Tiene once años.

—¡Ah! Y ya sabe por supuesto....

—Posee conocimientos primarios imperfectamente.

—Ah, pues eso no está bueno, señor mío; eso no está bueno, porque la educación primaria, es, como si dijéramos, la base de los conocimientos posteriores, son los



cimientos, sí señor; y para construir un edificio sólido y que preste garantías de duración, es necesario que los cimientos sean perfectos.

—Efectivamente, interrumpió don Santiago.

—Pues aquí me tiene usted á sus órdenes mi caballero, mi establecimiento está montado por el sistema moderno, tengo un cuadro de profesores selecto, lo mejor de México.

—¿Y qué ramos?..... iba á preguntar don Santiago.

—¡Ah! señor mío, todos, absolutamente todos, desde las primeras letras, hasta los estudios preparatorios. Vea usted el plan de estudios y los reglamentos del colegio. ¡Oh! éste es un plan vastísimo y que ha costado mucho trabajo combinar.

—¿Y tiene usted muchos alumnos?

—Con decirle á usted que ya no tengo casa.... estoy en esta tribulación; ya es cosa que se necesitaría un local tres veces mayor que éste; pase usted señor, pase usted, me

hará usted el honor de visitar el establecimiento.

Al decir esto el director, se levantó de su asiento y le flotó en el carrillo izquierdo, á manera de un cohete de luz, la inmensa borla de oro de su gorra griega.

Don Santiago parpadeó como si hubiera visto un relámpago, vaciló un momento, y, una vez repuesto de su deslumbramiento, siguió al director.

Era éste, según habrá podido notar el lector, una persona muy amable y de muy bellas cualidades.

Hizo recorrer á don Santiago todos los departamentos, las clases, los dormitorios de los internos, el gimnasio, el baño, el comedor y el calabozo, y don Santiago quedó sumamente complacido.

Al regresar á la sala de recibir, don Santiago hubiera querido aplazar su resolución pero el director era tan amable, había hablado tanto y había logrado probar á don Santiago de una manera tan clara que aquél era el mejor establecimiento de la república,

que quedó definitivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sinó convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero don Santiago, que aún tenía un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.



## CAPÍTULO VII.

### EL PAPELITO DE LOLA.

**E**s justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de don Manuel.

Lola, según lo había resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente:

*Sr. D. Pepe Zubieta.*

Casa de V. etc.

Muy señor mío:

Tomo la pluma, sólo para suplicar á usted que no deje de venir, pues no es con-



que quedó definitivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sinó convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero don Santiago, que aún tenía un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.



## CAPÍTULO VII.

### EL PAPELITO DE LOLA.

**E**s justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de don Manuel.

Lola, según lo había resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente:

*Sr. D. Pepe Zubieta.*

Casa de V. etc.

Muy señor mío:

Tomo la pluma, sólo para suplicar á usted que no deje de venir, pues no es con-

veniente que usted se retire, según le manifestaré á usted á nuestra vista.

Dispense usted la letra y los borrones y rompa usted ésta de su afectísima servidora,

Q. B. S. M.

*Dolores S. de M.*

Siempre hemos creído que el equilibrio es una cosa admirablemente fecunda en resultados. De todas las leyes físicas, la que más se identifica con las leyes morales, es la del equilibrio.

Zubieta no había hecho otra cosa, durante seis años, que guardar el equilibrio.

Lola había también guardado el equilibrio, y temiendo perderlo, escribió la anterior esquela.

Zubieta había estado temiendo perder el equilibrio; de manera que al recibir la susodicha esquela, sintió como una fuerza secreta que lo desvió, fácil es comprender hacia qué lado.

Zubieta no podía dar crédito á sus pro-

pios ojos, leía y releía la esquela y se quedaba profundamente pensativo.

¡Qué mundo se abría á sus ojos, cuántas cosas le ocurrían á Zubieta!—«pues no es conveniente que usted se retire, según le manifestaré á usted á nuestra vista,» repetía Zubieta.—Ahora bien, continuaba, no es conveniente que me retire, es claro: porque don Manuel abriría el ojo, Lola lo teme, luego don Manuel ha dado motivo, luego se ha encelado, luego ha notado algo en Lola, luego me teme, luego me cree capaz, luego no está seguro del amor de su mujer, luego...

—«Rompa usted ésta»—agregaba Zubieta después de un rato; la precaución, la reserva, el misterio, el temor, luego la conciencia de Lola no está tranquila.

«Según le manifestaré á usted á nuestra vista,» luego la conferencia que vamos á tener, va á ser á excusas de su marido, luego me cita, luego quiere ponerse de acuerdo ¿para qué? para que engañemos á su marido, para que la ayude á mantener la paz



de su matrimonio, para que la evite yo que su marido la moleste con celos necios.

Lola tiene razón en confiar en mi lealtad y en mi buena fé; ante todo es necesario ser caballero, se trata de don Manuel, de un buen amigo mío, de un hombre que hace de mí una confianza ilimitada y.... no señor, yo no seré capaz.... no solo, sino que yo seré su mas firme apoyo y sostendré con brazo fuerte la virtud de Lola.

Es cierto que la pobre Lola me quiere bien, si; eso no se puede negar, pero ¿por qué todo ha de ser por malo? no señor, yo también la quiero bien, es mi buena amiga.... y no.... Lola no es mi tipo, es un poco gruesa y á mí me gustan las mujeres esbeltas; Lola es un poco candorosa y á mí me hacen mucha más gracia las mujeres avispas, me muero por las mujeres con *esprit*, yo tengo acá mi tipo de cortesana, una especie de Marión Delorme, de Lola Montes.... en fin, un tipo mío.

Desde que leí las novelas de Balzac y de Paul de Kock, yo he forjado mi ideal, y Lo-

la.... no, lo que es Lola está muy lejos de llenar ese vacío, ni con mucho.... Lola es una mujer muy honesta y muy inocente; su felicidad es una joya que ella, la pobrecita, ha logrado conquistar en virtud de todos sus pequeños y asiduos sacrificios, y sería una infamia, sí señor; una infamia, arrebatárselo.... ¡ah! no, de ninguna manera, yo no le arrebataré nada, me armaré de vigor y emprenderé esta especie de lucha, con toda la pureza de conciencia y con todo el....

En estos momentos Zubieta se veía en uno de sus espejos.

—¡Hombre! exclamó para sí, á pesar de la inutilidad del vocativo, yo no sé por qué me está fastidiando esta corbata con pintitas blancas; hace más de ocho días, que no salgo de mis pintitas blancas, como si no tuviera yo otras corbatas.

Dirigióse en seguida á su ropero y comenzó á elegir corbata.

—Para chaleco claro, dijo Zubieta en voz alta, no hay como una corbata azul.

Y descolgó una corbata de un azul her-



mosísimo; y fué de nuevo al espejo y se cambió la corbata azul por la de pintitas blancas, volvió á su ropero y tropezó su mano con una cajita, la abrió y dijo:

—¡Ah! ah! ah! mi anillo, mi solitario, pobre solitario abandonado hace seis meses en su estuche.... ¡oh! y qué hermoso es, ahora me está gustando más; pues señor, cuando uno tiene muchas chácharas, es imposible estarlas cambiando para usarlas con frecuencia.

Y diciendo esto, se puso su anillo sustituyendo el que tenía puesto, que era un sello con sus iniciales, sacó un pañuelo blanco y cerró su ropero; pero enseguida exclamó desdoblado el pañuelo.

—¡Qué diablo de pañuelo he ido á sacar! de los peores: vamos que ya no sé lo que hago.

Y volvió á abrir el ropero, de donde sacó una cajita en la cual estaban guardados sus mejores pañuelos, regalos los más, de sus buenas y numerosas amiguitas; tomó un magnífico pañuelo de batista bordado con

una elegantísima cifra de hilachilla, que representaba un amor abandonado á orillas de un arroyo; aquella marca le había valido á su autora una erisipela, de la que murió, y desde entonces, Zubieta no había vuelto á ponerse en la bolsa aquel pañuelo.

No debemos dejar pasar desapercibido otro detalle mas apropósito del pañuelo, y es éste. Zubieta se puso dos pañuelos en la bolsa: uno para los usos acostumbrados y otro, el de batista, puramente de aparato; porque le hubiera parecido una profanación mancillar la blancura de aquella prenda querida, que era ya casi una reliquia.

Tan luego como Zubieta estuvo dispuesto, salió de su casa con dirección á la casa de Lola.

Serían las cuatro de la tarde.

—De las cuatro á las siete, pensó Zubieta, tenemos tres horas: en tres horas.... en tres horas se puede arreglar el mundo: vamos á ver.

Llegó á la casa, tocó, entró, encontró á Lola esperándole.



—Muy bien, así me gusta, le dijo Lola no pudiendo ocultar su emoción.

—Qué quiere usted criatura, contestó Zubieta, su papelito de usted me ha puesto violento, me ha alarmado.

—Pues no hay nada por qué alarmarse, en todo caso esto no es más que una precaución; en lo que sí hay algo que extrañar, es en que sea yo, la inexperta, la niña como usted me dice, la que la ha iniciado, cuando lo mas natural hubiera sido que usted, el hombre de mundo y de experiencia, el hombre sagaz, hubiera sido quien reflexionara, en que una ausencia de usted en estos momentos, sería lo mismo que ratificar sospechas que, como usted sabe muy bien, son de todo punto infundadas.

—¡Ah! sí, ya lo creo, dijo Zubieta maquinalmente y sin pensar en lo que decía, sinó en lo que callaba; pero vea usted criatura, apesar de toda mi penetración, no me pareció necesario disimular, puesto que á nuestra vista, yo hubiera tenido mil expedientes, mil medios para disculparme victo-

riosamente, por ejemplo: había pensado hacer correr la voz, de que me había yo enfermado, y aún el domingo ó el día que me tocara volver, quejarme de algo, en fin, yo hubiera sabido salir airoso del compromiso, pues ya sabe usted, criatura, que yo sé salir bien de todos mis apuros.

—Pero vamos á cuentas, señor don Pepe, usted con toda su penetración y su talento, no había pensado en esto.

—¿En qué hija mía?

—En que mi marido debe haber indagado á la hora de esta, que usted viene los más días y que después de las barbaridades que hizo usted la otra noche...

—¿Barbaridades, criatura?

—Sí, barbaridades y nada más que barbaridades; me río yo de su previsión de usted y de su mundo, porque cuando más lo necesita, se olvida usted de todo y es usted un cómico de los mas detestables que conozco.

—¿Pero porqué me dice usted eso, criatura?

UNIVERSIDAD DE BURGOS LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Fuente 1625 BONTERRA, BURGOS

—¿Qué cree usted que no notó mi marido que estaba usted turbado?

—¿Lo notó?

—Lo hubiera notado un ciego, estaba usted verdaderamente atarantado.

—¿Yo atarantado?

—Sí, señor; y lo peor es que todo lo notó Manuel, ya sabe usted que él nunca se fija en nada, pues bien, en esta vez se ha fijado y mucho, sobre que no le perdía á usted movimiento.

—¿Es posible?

—Vaya, y por final de cuentas, yo no sé lo que le sucedió á usted en la escalera, que hasta acá oímos un ruido atroz.

—Voy á decirle á usted, criatura: ese ruido no fué más que una patada mía, una patada en seco y perfectamente inútil: figúrese usted que yo creía que me faltaba todavía un escalón y no me faltaba nada así es que avancé el pié derecho con toda la fuerza de movimiento que se necesitaría para bajar otro escalón y por eso sonó la patada: ¿Conque la oyó usted? ¿conque

la oyeron ustedes? ¿conque la oyeron en toda la casa?

—Sí, sí, sí, santo varón; exclamó Lola, no pudiendo contener la risa.

Zubieta se quedó viendo á Lola y en seguida la acompañó en su hilaridad, riéndose también con la mejor gana del mundo.

Ya hemos dicho que Lola después de reírse se ponía mas bonita.

Esa observación le pasó á Zubieta súbitamente por la imaginación.

—Conque vamos á ver, señor de la experiencia, ¿está usted convencido de que la otra noche hizo usted una porción de barbaridades?

—Vea usted, dijo, todavía no estoy del todo convencido.

—Hablemos seriamente.

—Hablemos seriamente.

—¿Le parece á usted una cosa insignificante que Manuel haya notado el estado en que usted estaba.

Zubieta pareció reflexionar antes de dar una contestación.



—Vea usted hija, dijo al fin, efectivamente no me es indiferente que su marido de usted notara que yo...

—Que usted estuviera torpe, dígalo usted de una vez.

—Pues bien, sí, se lo confieso á usted, hija mía, estaba yo en un brete.

—¿Pero por qué, hombre de Dios?

—Voy á procurar explicárselo á usted.

—Vamos á ver esa explicación.

—En primer lugar.... usted sabe bien que no había motivo, ni que....

—Pues bien, yo noté que don Manuel estaba serio y como es la primera vez que lo veo así, la verdad, me desconcerté; porque, en fin, hija mía, usted me debe conceder la razón, porque yo soy un hombre incapaz de una traición, ni de una infamia, y esto de que lo nivelen á uno con uno de tantos pillos de esos que abundan y á quienes no se les puede fiar ni un saco de alacranes, no me negará usted que es una cosa terrible.

—Efectivamente, es muy triste, porque entonces, ¿qué garantía tendríamos las per-

sonas honradas? agregó Lola con aire de gravedad.

—Ya lo ve usted, yo estoy seguro, continuó Zubieta, de que usted es una persona que abunda en los mismos sentimientos que yo, y en fin, le ha de ser á usted muy sensible un acto de desconfianza, sin que usted haya dado ni el mas pequeño motivo para ello.

—Pues ya se ve, eso es precisamente lo que siento, y para evitar que llegáramos á ese extremo, es para lo que me he tomado la libertad de escribirle á usted ese papelito, que francamente ha sido un atrevimiento.

—¿Por qué, hija mía?

—Sí, con esa letra y con esos....

—No, nada de eso, usted escribe muy bien y con mucha corrección.

—No diga usted eso.

—Es la verdad.

—¿Y, por supuesto, me obedeció usted?

—Ya usted lo ve, aquí estoy.

—No, en cuanto á romper el papelito.

—¡Ah! eso por supuesto; no ve usted,

hija mía, que de lo que estamos tratando es de no dar motivo.

—Figúrese usted que Manuel viera ese papelito.

—¡Oh! para qué queríamos más día de fiesta.

—Pues creerá usted que esto me ocurrió después de habérselo mandado á usted?

—¿Sí?

—Y me entró un miedo como si acabara de cometer un crimen.

—Pero oiga usted, criatura, ¿y de quién se valió usted para mandarme ese papelito? porque supongo que no sería con ningún criado de la casa.

—No, qué disparate! bonita yo para fiarme de mis criados.

—¿Pues de quién se valió usted?

—Va usted á saberlo.... no, si no se puede usted figurar los trabajos que me ha hecho usted pasar, hombre de Dios.

—Vamos á ver hija mía, vamos á ver cómo estuvieron esos trabajos?

—En primer lugar, mandé llamar á mi lavandera.

—¡Ah!

—Mi lavandera es una mujer muy buena.

—Y bien?

—Vino en el acto y le dije: Marcelina, ¿dónde vive Trinidad? Marcelina tiene una hermana, que se llama Trinidad.

—¿La necesita usted niña? me dijo Marcelina.

—Sí le contesté, tengo unas costuras que encomendarle.

—Pues voy á llamarla,—y efectivamente, á poco rato vino Trinidad. Esta Trinidad es una mujer de todas mis confianzas y le dije: Va usted á llevar esta carta; pero cuidado, ya sabe usted, es una cosa muy reservada; y como Trinidad se rió, porque ella es así, le dije: no, Trinidad, no crea usted que esto es una cosa mala; esta carta no es más que para prevenir á una persona de un asunto que le interesa, es asunto de él, se trata de una amiga mía, pero quiero que nadie sepa esto; Trinidad quedó muy convencida y le llevó á usted la carta, ¿qué le parece á usted mi previsión?



Zubieta se tardó algo en contestar, pero al fin dijo:

—Muy bien, muy bien, criatura; todo estuvo muy bien combinado: pero á todo esto, no hemos venido al negocio principal.

—Es cierto, dijo Lola, pero ya con estos antecedentes, podremos ponernos de acuerdo, y ya una vez prevenidos...

—Evitaremos, interrumpió Zubieta, que vuelvan á surgir motivos de sospecha.

—Y ya unidos, agregó Lola, podré estar segura de que mi marido no volverá á pensar mal de mí, porque, oiga usted, esto es para mí una cosa horrible.

—Ya lo creo; criatura, usted es una persona muy pundonorosa y muy delicada, y ante todas cosas ha procurado usted siempre no dar en qué pensar á los maldicientes.

A Zubieta le ocurrió en este momento ver su reloj.

Faltaban muy pocos minutos para las siete.

—¿Qué hacemos? dijo.

—¿Por qué?

—Van á dar las siete ¿me voy?

—No.

—Podría encontrar á don Manuel.

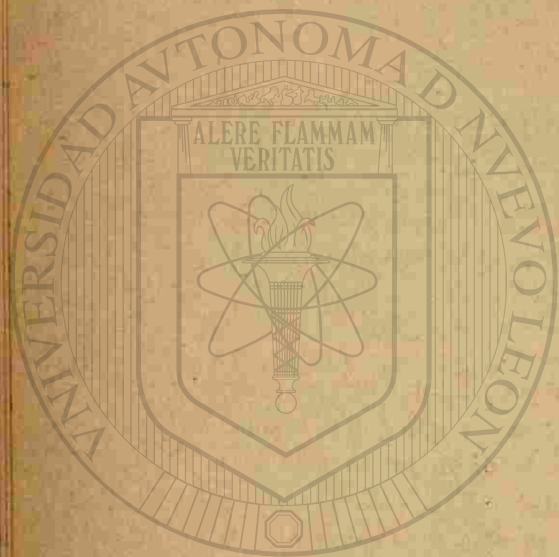
—Sí, y entonces....

—¿Me quedo?

—Sí.

Zubieta promovió una conversación, elegida apropósito para poder ser interrumpido por un marido en cualquier momento.





## CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO UNA VISITA DE CONFIANZA  
PUEDE TORNARSE EN EMBARAZOSA.

**M**uy poco tiempo duró esta conversación, pues don Manuel no tardó en presentarse á la hora de costumbre.

Reinó entre aquellos tres personajes la mayor cordialidad del mundo; ¡qué naturalidad, qué aplomo, qué sencillez! todo era allí perfecto. Podría haberse desafiado al observador mas sagaz, á que descubriera una segunda intención en cualquiera de aquellos tres comediantes. ®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Hasta llegó á pensar don Manuel que todos sus temores no habrían sido sinó malos juicios.

Zubieta y Lola, por su parte, creyeron que tal vez habían ido demasiado lejos, al tomar precauciones que acaso eran completamente inútiles.

Don Manuel pensó.

—¡Pobre de mi mujer, qué buena es!

Lola dijo para sí.

—¡Pobre de mi marido, qué bueno es!

Solo Zubieta estaba perplejo; pero muy inclinado á creer en la inocencia de Lola, y más que todo en su propia inocencia.

Don Manuel acabó por restregarse las manos y por pedir su chocolate.

El horizonte se despejó completamente; y Lola hasta se acercó á su marido, quien tomando el asiento de costumbre, y con la satisfacción propia de aquél á quien le acaban de salir de la cabeza algunas nubes negras, dirigió una mirada franca á Zubieta y le preguntó.

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bien, señor don Manuel, bien á Dios gracias; ¿y usted qué dice?

—Pues aquí pasándola, hombre, pasándola; con esta parálisis del comercio; si ya nadie compra, están los dependientes inmóviles, viendo pasar el mes delante de ellos.

—Pues eso está malo.

—Estoy esperando el día de Corpus; ahora para Corpus suben siempre las ventas, y ya veremos, ya veremos.

Entró Ramona, trayendo el consabido chocolate.

—¿Le traen á usted chocolate, don Pepe?

—Mil gracias, contestó Zubieta.

—¿Mil gracias sí, ó mil gracias nó? insistió don Manuel.

—Mil gracias nó, contestó Zubieta de una manera muy comedida.

—Ya sabes, interpuso Lola, que Zubieta no es de chocolate; dice que es una vieja costumbre á que nunca ha podido avenirse.

—¡Hombre! exclamó don Manuel con la boca llena con media *pechuguita* de hue-

vo, y ahuecando la voz como el que se quema.... ¡Hombre! usted no entrará á la gloria: dicen que en la portería del cielo sirven chocolate todas las tardes.

Zubieta procuró celebrar esta gracia, y se esforzó por reírse.

Lola estaba poniendo mucho cuidado en no ver á Zubieta.

Zubieta por su parte veía de vez en cuando á Lola, y notaba con mucho desconsuelo, que Lola no lo veía, que no aprovechaba ninguna oportunidad para verlo, y á su pesar Zubieta se puso pensativo.

—Las mujeres, pensó, las mujeres!... hace un momento Lola era una: ahora es otra apenas le sonrió su marido.

Es cierto que yo no había pensado nada malo, no señor, ¡qué disparate! pero en fin, en el seno de la confianza, y supuesto que yo iba á ayudarle á Lola.... Es necesario ver, después de lo que está pasando, cómo se porta Lola conmigo, cuando estamos solos; porque Lola puede querer á su marido cuanto le plazca, aunque su marido

no se lo merezca, eso no es cuento mío; pero en fin en todo caso, yo no quiero ser un instrumento ridículo.

Todo esto pasó súbitamente por la imaginación de Zubieta, quien, disimulando lo más que pudo su estado de vacilación interior, anudó de nuevo la conversación con don Manuel.

Ya había logrado Zubieta recobrar todo su aplomo, cuando don Manuel, acaso inocentemente, le dijo:

—¿Qué día es hoy?

—Hoy, respondió Zubieta con seguridad, hoy es jueves.

—¿Jueves?

—Sí.

—¿Jueves? repitió don Manuel.

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Nada; yo lo decía porque me parece que usted me dijo que tenía no sé qué ocupación hoy.

—¡Ah! exclamó Zubieta, sí.... efectivamente, hoy debía... pero se trasfirió... se trasfirió sí señor; y dije: pues no perdamos nuestras buenas costumbres. ®



—Ya lo decía yo, repuso don Manuel, si yo bien me acordaba, y luego que como lo ví á usted vestido así, como de....

—¿Vestido? no hombre: estoy como todos los días.

—Yo le noto á usted algo.

—Lo que le has de estar extrañando es la corbata azul, agregó Lola con aire perfectamente candoroso.

Lola iba á agregar que á ella le gustaba mucho lo azul, pero se arrepintió.

Zubieta se acordó de que se había puesto su gran anillo; y desde ese momento procuró no mover mucho la mano derecha, temiendo que don Manuel se fijase también en aquel detalle que, si bien Zubieta no lo había estudiado, en aquel momento le pareció que debía ocultarlo.

A Zubieta empezó á sucederle una cosa rara, y era ésta:

Desde aquel momento había empezado á molestarle todo lo que le decía don Manuel, al grado de que llegó á persuadirse de que don Manuel se había propuesto hos-

tilizarlo, movido por alguna mira particular.

Decididamente Zubieta estaba en los momentos menos á propósito para acertar en materia de apreciaciones, y sentía interiormente cierta intranquilidad que lo desazonaba.

Lola, con esa penetración tan peculiar de su sexo, estaba adivinando todo esto, como si Zubieta se estuviera transparentando; y á la vez que lo comprendía todo, tenía la suficiente fuerza de voluntad para sobreponerse y para disimular completamente su turbación.

Estaban aglomerándose á cada paso sobre Zubieta tantas y tan variadas contradicciones y pequeñeces, que no tardó en revelar á la fina penetración de Lola su embarazoso estado moral, por medio de ese síntoma fisiológico que se escapa á bien pocas mujeres.

Zubieta tenía las orejas coloradas.

Circunstancia que el mismo Zubieta no tardó en conocer, decidiéndose, por lo tanto, á terminar su embarazosa situación, hacien-

do aquella visita mucho mas corta que todas las que hasta la presente había hecho en la casa hacía seis años.

—¿Por qué se va usted tan pronto? le preguntó don Manuel, viendo que tomaba su sombrero.

—¿Pronto, decía usted? contestó Zubieta, no, sinó que me siento mal.

—¿Está usted indispuesto?

—Sí, un poco: le estoy temiendo á uno de mis constipados, porque me dan con una fuerza....

—¡Ah! pues cuidarse, cuidarse, dijo don Manuel de buena fe.

Y Zubieta se despidió definitivamente; y como si quisiera reasumir la situación en el momento de la despedida al darle la mano á Lola, se la oprimió de una manera particular.

Cuando Lola y don Manuel estuvieron solos, se pusieron á pensar en una sola cosa.

En Zubieta.

Pero ninguno de los dos quiso hablar de él.

Los dos estaban reventando por hablar, pero ninguno quería ser el primero.

Lola, por ejemplo, pensaba—si hablara yo ahora de Zubieta, podría hacerlo con tal naturalidad y con tal aplomo, que mi marido acabaría por convencerse de que es muy injusto en encelarse.

Don Manuel pensaba.

—Si hablara yo ahora de Zubieta, estoy seguro que mi mujer notaría en mi naturalidad, que efectivamente no tengo motivo para ponerme impertinente y reservado: el pobre Zubieta es un buen hombre.

Esta homogeneidad de pensamientos determinó en el matrimonio, como una cosa á manera de un vientecillo fresco: se podía creer que era el viento que naturalmente producían los aleteos de los geniecitos del amor; cosa que no sabemos acertivamente, pero de hecho se verificó un cambio favorableísimo en el alma de ambos consortes.

Este cambio se marcaba por cierta expansión de que parece que ambos estaban sedientos.

Don Manuel reflexionaba, viendo á su



mujer, que.... que decididamente Lola tenía mucha gracia.

De repente don Manuel se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te pasa? preguntó Lola alarmándose.

—Nada, sino que.... yo no sé cómo se me fué á olvidar.

—¿Qué?

—Bien decía yo.

—¿Pero qué?

—Sí.... lo que sucede siempre: se está uno acordando todo el día de una cosa y á la hora se le olvida.

—¿Pero porqué? exclamó Lola mostrando más turbación de la que naturalmente debiera haberle causado aquella duda.

—Nada, nada, no te alarmes, en todo caso esto tiene remedio.

Lola esperaba la solución de aquel enigma, con una ansiedad creciente, hasta que por fin dijo don Manuel.

—Figúrate que tenía yo algo que decir á Zubieta, algo muy importante, y resulta

que hemos hablado de todo menos de lo que nos importaba; pero mañana, mañana mismo, acuérdamelo, es necesario mandar llamar á Zubieta; necesito hablar con él á toda costa: sobre que sería negocio de dejar escapar una buena oportunidad; y yo he dado mi palabra, y como comprenderás cuando uno se compromete á alguna cosa es preciso cumplir.

—¿Pero es el caso, dijo Lola, que yo no sé de qué se trata.

—¿Cómo de qué? de un negocio que tengo con Zubieta.... ¡por vida de!.... ¡cómo se me fué á olvidar! y es que....

En este momento volvió á recordar don Manuel, que Zubieta le había podido causar cierto disgusto, y de nuevo volvió la imaginación de don Manuel á perderse en el dedalo de conjeturas, temores y zozobras que lo habían preocupado.

Lola por su parte pensó en que había brillado por un momento el sol de paz, pero que á partir de aquel momento volvería á nublarse el horizonte.

—No se te olvide, insistió don Manuel: muy temprano le envías á Zubieta una tarjeta, suplicándole venga sin demora.

Como aquella pequeña contrariedad había bastado para hacer cambiar el aspecto tranquilo de don Manuel, Lola creyó prudente no hacer más preguntas sobre el particular, porque le pareció que, en tratándose de Zubieta, lo mejor sería emplear la mayor reserva en todo lo que á él perteneciera, porque siempre una doble precaución no estaría de más; y todo ello, en último resultado, tendría que ceder en pró de su tranquilidad conyugal que tanto amaba.



## CAPÍTULO IX.

### EL CORREDOR SOLARES.

UNA de las cosas que preocupaban más el ánimo de don Santiago, era la conveniente colocación de sus fondos, con el objeto de poder hacer de ellos el uso conveniente, sin exponerlos ni á un golpe de mano, ni mucho menos aventurarlos en asuntos dudosos.

A este fin, don Santiago buscó persona que lo orientase y le diese luces sobre el particular.

En todas las ciudades hay un lugar á



—No se te olvide, insistió don Manuel: muy temprano le envías á Zubieta una tarjeta, suplicándole venga sin demora.

Como aquella pequeña contrariedad había bastado para hacer cambiar el aspecto tranquilo de don Manuel, Lola creyó prudente no hacer más preguntas sobre el particular, porque le pareció que, en tratándose de Zubieta, lo mejor sería emplear la mayor reserva en todo lo que á él perteneciera, porque siempre una doble precaución no estaría de más; y todo ello, en último resultado, tendría que ceder en pró de su tranquilidad conyugal que tanto amaba.



## CAPÍTULO IX.

### EL CORREDOR SOLARES.

**U**NA de las cosas que preocupaban más el ánimo de don Santiago, era la conveniente colocación de sus fondos, con el objeto de poder hacer de ellos el uso conveniente, sin exponerlos ni á un golpe de mano, ni mucho menos aventurarlos en asuntos dudosos.

A este fin, don Santiago buscó persona que lo orientase y le diese luces sobre el particular.

En todas las ciudades hay un lugar á

donde se va á buscar todo lo que se necesita; no precisamente porque se sepa que allí existe, sinó porque es un lugar que el instinto del público ha designado como centro de reunión.

En toda situación vacilante, en México, cuando necesitamos hacer un negocio, buscar á un amigo; cuando nada tenemos que hacer ó cuando queremos hacer algo nos vamos al portal.

No sabemos quién nos ha dicho que en el portal hemos de encontrar algo, pero el hecho es que no nos equivocamos.

En el portal hay un millón de objetos y otro millón de asuntos.

En el portal es en donde brotan los negocios.

El portal es el manantial de las pesetas.

El paseo de los brujas.

El centro de las noticias.

El asilo de los desesperados.

El mercado de objetos que se venden á media luz.

Es la Puerta del sol.

Es la lonja de la clase media.

Es el pedestal de los retirados, de los cesantes, de los agentes, de los arbitristas, de los que viven lejos del centro, de los ociosos, de los que esperan y de los que venden, de los que van por noticias, y de los que andan *viendo qué hacen*.

Allí hay dos cafés que, por mucho tiempo han tenido un aspecto sombrío y siniestro; con muchos criados, con muchos concurrentes sentados que esperan, que apuntan, que tratan asuntos y que consumen aguardiente catalán, á medio la copa, y café solo.

Esos cafés han tenido un aspecto particular, exclusivo de ellos; allí se ha comido casi siempre á la española. Reçamier ó Porráz no hubieran hecho allí su fortuna, por que ha sido necesario servir, en vez de pollo á la Marengo, mondongo á la española, y un puchero mas nutritivo y confortable, que pulcro y delicado.

Aquellos comercios son sostenidos por las necesidades apremiantes, aquellas fondas



han sido instituídas exclusivamente por el hambre, como las postas ó los paradores de los caminos; no es el lujo, ni la moda, ni el confort lo que abrió aquellas puertas, sino una emergencia colectiva, la ocasión, la oportunidad y el lugar.

Rodean á la fonda antiguos pasteleros ambulantes: aquellos pasteles están destinados á los labios blancos; pasteles supletorios de la comida que debió ser á la una, pasteles que se toman, tal vez después de una cólera, ó en espera de un corredor que no parece, ó del reparto de la tesorería, ó son comprados con el real único, insuficiente para adquirir el derecho de entrar á la fonda á comer como todos.

Aquellos de nuestros lectores que conocen el Portal de Mercaderes, se habrán fijado en que hay allí un pastelero que vende todos los días una cantidad exorbitante de pasteles, no precisamente porque esos constituyan una singularidad gastronómica, sino porque esa golosina hace un papel muy importante en la historia íntima de la miseria pública.

Pues bien, don Santiago que no era de México, fué inspirado por el genio de los arbitristas, y buscando medio para arreglar sus asuntos, se dirigió al portal.

No conocía á nadie, nadie le conocía á él; pero esta circunstancia pasaba desapercibida, en medio de aquel público flotante.

Eran las once.

Azotó la cara de don Santiago, al pasar por la puerta del café del Cazador, una bocanada de aire caliente alcoholizado.

Parecía que la manzana entera era un monstruo borracho, cuya boca era el café del Cazador y cuya respiración era aldeida.

Las emanaciones alcohólicas establecen cierto contacto misterioso, muy útil para los vinateros, con los estómagos en inacción.

A las once, las tripas del género humano guardan, con muy pocas excepciones, casi las mismas condiciones patológicas.

A las once, sobre poco más ó menos debe haberse comido Eva aquella manzana, á juzgar por la disposición del estómago á esas horas; y si en el paraíso hubiera habi-

do no sólo árboles frutales, sino siquiera un café de mala muerte, estamos seguros de que nuestra señora madre, mas bien se hubiera decidido á pecar con una copa de cognac ó con un gin-coptell que con una fruta agridulce.

Todo esto nos ocurre á fin de disculpar á don Santiago; quien contra sus morigeradas costumbres, se sintió aquel día con el vehemente deseo de tomarse una copita de buen catalán, y entró al café del Cazador, atraído por aquella voráGINE de cazadores de fortuna.

Tomó asiento don Santiago, y no bien levantó la cabeza se encontró con la mirada del criado, con esa mirada solícita, elocuente, y que en fuerza de ensayarla más que una ópera, llega á hacer inútil la palabra.

No hay criado de café, que no tenga escrito en los ojos esto:

—¿Qué toma usted?

Don Santiago leyó estas palabras y pidió una copa.

No bien la tuvo delante, cuando se en-

contró con otra mirada que no fué la del criado, sino la de un conocido viejo.

—¡Señor don Santiago Franco! exclamó un hombrecillo enjuto y carilargo, muy se-



ñor mío ¿pero qué es esto.... cuánto gusto, con que usted por acá?

—Sí, señor; contestó don Santiago, sin recordar dónde ni cuándo había conocido á aquel personaje.

—¿Ya no se acuerda usted de mí, señor don Santiago? Solares, yo soy Solares, yo estuve empleado en el juzgado de....

—¡Ah sí! ¡Solares, hombre! ¿cómo vamos, Solares, cómo vamos? está usted muy acabado.



—Y usted se conserva perfectamente; no pasa día por usted; pero tome usted su calancito, señor don Santiago.

—¿Usted gusta?

—Sólo por acompañar á usted, señor, y para celebrar la bienvenida. ¡Mozo! gritó en seguida, ¡otra copa!

Solares tomaba allí una copa todos los días hacía mucho tiempo; pero tenía el talento de no haber pagado todavía una sola.

Siempre encontraba quien lo obsequiara; y cuando no había á la mano quien tal hiciera, se convidaba solo, como acababa de suceder en aquel momento.

Solares sabía, como los cómicos, salir á tiempo y sin necesidad de segundo apunte. A la hora de tomar la copa echaba una ojeada y elegía su anfitrión; sabía de memoria quién tomaba y en qué mesa.

Aquel día había entrado al café y en su primera exploración, exclamó para sí.

—¡Qué solo está esto, no han venido ni don Pancho ni los gachupines; no parecen por aquí ni Gómez el corredor ni Taboada,

ni Barreiro, ni nadie. ¡Ah! me parece que conozco aquel viejecito; sí, don Santiago.... ¡á él!

Como se ha visto, el golpe no fué en falso.

—¿Conque tanto bueno por acá? vaya, ni por la imaginación me pasaba que usted pudiera venir á México, ¿viene usted á pasear, no señor?

—Sí, hombre; vengo á dar una vuelta.

—Pues yo, señor don Santiago, aquí buscándola.

—¿Y qué tal?

—Pues vea usted señor, á lo menos se vive, se busca la amanezca; figúrese usted, mi señor, que tengo siete de familia.

—¿Siete, se casó usted?

—Haga usted de cuenta, exclamó Solares, acentuando sus palabras con una sonrisita maliciosa, como para decirle á don Santiago, «vea usted qué pícaro soy,» y luego continuó:

—Ya sabe usted señor don Santiago, que yo siempre he sido así, qué quiere usted,

calaveradas que uno hace y que después.... después ya no tienen remedio. ¿Se acuerda usted de Isabel?

—¿Isabel?

—Sí, aquella muchacha bajita de cuerpo, hija del mayordomo aquél....

—¡Ah! sí.

—Pues me la robé.

—¡Hombre, Solares!

—Qué quiere usted, señor, si hace uno unas cosas....

—¿Y luego?

—Y luego se arregló el negocio, si señor, y vivimos en paz: eso sí, luego, luego ahí está la familia, me viven cuatro, si señor, me viven cuatro: dos mujercitas y dos varones; casaditos, señor don Santiago casaditos; y aquí me tiene usted ingeniándome, y ya compro, ya vendo, ya contrato, ya cambio; en fin señor, en fin, es necesario ingeniarse; vea usted, precisamente traigo en la bolsa la lista de.... vea usted señor, agregó Solares sacando del bolsillo una cartera, atestada de papeles sucios.

—Casas, señor, casas de venta, vea usted la lista.

—¿Todas esas?

—No es más que la primera lista; pero si á usted no le conviniere alguna de éstas, hoy me han ofrecido otra lista con veintiocho casas.

Vea usted señor don Santiago, éstas que tienen una crucecita al margen son de las adjudicadas; éstas que tienen cruz y estrella, tienen su colita.

¿Cómo?

—Quiere decir, señor, para hablarle á usted con franqueza, no son negocios muy claros.

—¿Y éstas que tienen dos cruces? preguntó don Santiago.

—Estas, estas casas no son para usted, señor.

—Por qué?

—Vea usted, ésta es una casa magnífica; tiene sala, recámaras, asistencia, comedor, cocina, otro cuarto, gabinete, cuarto de cria-



dos, azotehuela, común corriente, baño, caballeriza y agua limpia, y vale diez y ocho mil pesos; pues con mil pesillos se puede usted quedar con ella.

—¿Es posible?

—Sí, porque vea usted, quiere decir, la persona que la tiene.... porque la casa está embargada, y sabiendo manejar el negocio, en fin.... yo tengo todas las pitas.

—No, no; pues de esos negocios no he de hacer yo, dijo don Santiago.

—Por eso le decía yo á usted; pero estas casas que no tienen marca son libres, y no han pertenecido nunca al clero; tengo de todos precios, desde dos accesorias por Necatitlan que valen doscientos pesos, hasta casas de treinta y cuarenta mil.

¿Necesita usted muebles? vea usted señor Don Santiago: un ajuar compuesto de sofá, doce sillas, dos sillones, mesa estorbo, consola y cuatro columnas; todo tallado, imitación de rosa; pero no lo he de engañar á usted, son de puro fresno (jacolote) tapizados de reps, en muy buen uso, todo... ¿le

digo á usted señor D. Santiago? se va usted á quedar espantado.

—Diga usted.

—¡Todo en ochenta pesos! oh, en cuanto á muebles tengo de todo lo que usted quiera, señor don Santiago, lo que usted quiera.

Don Santiago se quedó pensando en que había encontrado lo que buscaba, y después de una pausa le preguntó á Solares.

—¿Y para colocar dinero?

—¿Dinero, señor, dinero?—son los mejores negocios, es el efecto mas noble de la plaza. ¡Ah, si yo hubiera tenido siquiera tres talegas, sería yo riquísimo á la hora de esta, señor don Santiago! pero el dinero es lo que falta: ¿conque tiene usted dinero?

—Sí, hombre.

—¿Como cuánto?

—Veremos, veremos lo que me decido á colocar.

—Pues vea usted, señor, tengo un negocio; vea usted éste por ejemplo. Dos seño-

ras que fueron ricas, muy ricas, les faltó el hombre, tenían dos casas y una hacienda, necesitan para la raya, tienen un administrador muy bueno, y eso sí, si levantan la cosecha este año... el caso es que necesitan cien pesos semanarios, hipotecan la hacienda para pagar á los dos años, quieren dinero hasta Marzo y pagan al 4 por 100 ¿le gusta á usted el negocio?

—Hombre...

—Vea usted este otro. Se va á casar un sujeto, á él le deben un dineral, él no tiene necesidad, es riquísimo, pero su familia no le da su trimestre sinó hasta fin de Diciembre, y el hombre ha gastado, y como se va á casar, en fin quiere mil pesos, da buenas firmas, conque si usted quiere...

—Hombre... volvió á murmurar don Santiago.

—Vea usted este otro; éste es mejor, ya sabrá usted que el Licenciado... va á ser padrino de bautismo, y como la familia del compadre ha sido tan garbosa, el Licenciado no quiere ser menos, y se ha propuesto

gastar hasta quinientos pesos en el bautismo; eso sí, este es dinero en caja, haga usted de cuenta, se trata de los...

Solares dijo muy quedo un nombre. En fin agregó en seguida, repetiremos la copita, ¿no le parece á usted señor don Santiago?

—Mozo... otra...

—Pero Solares.

—Nada, nada, á la salud de usted.

—Vea usted, señor, si este catalán es magnífico, no se sube, con que... vaya, señor don Santiago, á la salud de usted, por su feliz arribo.

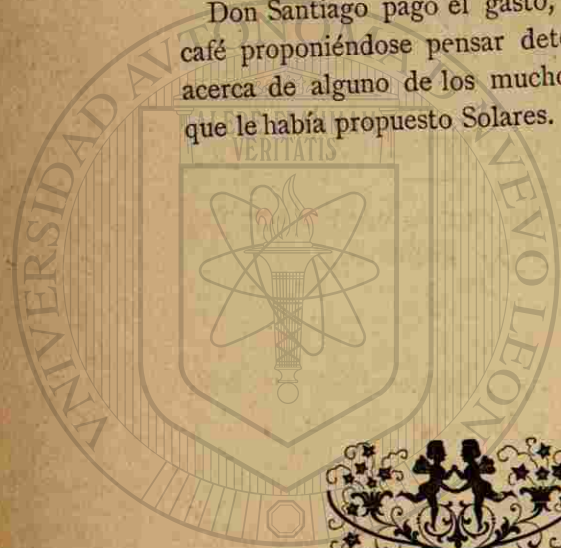
Y diciendo esto dió á don Santiago una de las dos copas que acababa de traer el criado, y sin más ceremonia apuró la suya, no sin hacer un gesto que revelaba que era ese gusto estereotipado de todo borracho que no se perdona, por un resto de pudor, hacer creer á quien le observa que no bebe por gusto.

En seguida Solares se limpió la boca con los dedos, recogió sus papeles y siguió el



movimiento de don Santiago, quien á su vez era observado de cerca por el criado.

Don Santiago pagó el gasto, y salió del café proponiéndose pensar detenidamente acerca de alguno de los muchos negocios que le había propuesto Solares.



## CAPÍTULO X.

### EL NEGOCIO QUE D. MANUEL TENÍA CON ZUBIETA.

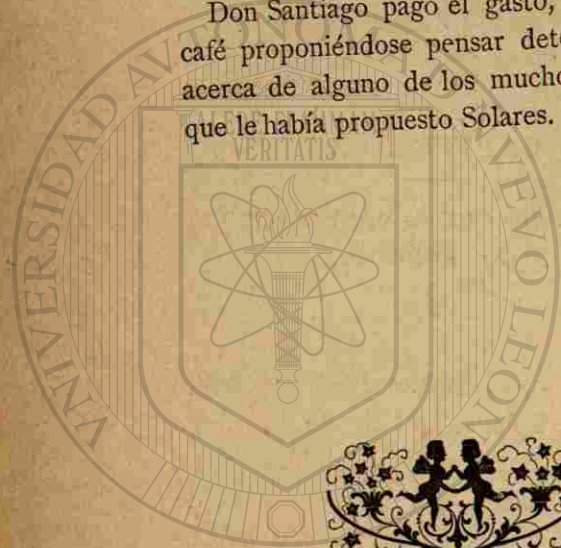
**C**UANDO Zubieta recibió el papelito de Lola, se apoderó de su cuerpo un imperceptible temblor, y no pudo darse cuenta, por más que hizo, de cuál sería el asunto de que deseaba hablarle don Manuel.

Pensó muchas cosas, y entre éstas lo preocupó por algún tiempo la idea de no concurrir á la cita, sin hablar antes á solas con Lola.

—Porque, en fin, decía Zubieta, todo se

movimiento de don Santiago, quien á su vez era observado de cerca por el criado.

Don Santiago pagó el gasto, y salió del café proponiéndose pensar detenidamente acerca de alguno de los muchos negocios que le había propuesto Solares.



## CAPÍTULO X.

### EL NEGOCIO QUE D. MANUEL TENÍA CON ZUBIETA.

**C**UANDO Zubieta recibió el papelito de Lola, se apoderó de su cuerpo un imperceptible temblor, y no pudo darse cuenta, por más que hizo, de cuál sería el asunto de que deseaba hablarle don Manuel.

Pensó muchas cosas, y entre éstas lo preocupó por algún tiempo la idea de no concurrir á la cita, sin hablar antes á solas con Lola.

—Porque, en fin, decía Zubieta, todo se



debe esperar de un marido celoso; acaso hayan tronado anoche, y esta tarjeta in-tempestiva sea el resultado de una de esas escenas terribles que tan á menudo pasan en los matrimonios.... pues bien, en ese caso, yo no tengo nada porque temer; por que, bien visto, yo soy el ofendido. Creo que lo mejor será hablarle yo el primero al marido, decirle que vá por muy mal camino, hacerle comprender que sus celos me ofenden; y una vez persuadido don Manuel, de que tanto Lola como yo, somos inocentes; acabaré de quitarme de encima esta vacilación que va convirtiéndose en un engorro insoportable.

Cuando Zubieta hubo tomado esta resolución, con el carácter de definitiva, se dirigió á la casa de don Manuel.

En el camino iba notando que á pesar de sus resoluciones, y sobre todo de su inocencia, estaba profundamente emocionado.

D. Manuel lo recibió con marcada cordialidad.

—Bueno, exclamó don Manuel, bueno, ha sido usted eficaz: ha acudido usted al llamamiento como buen soldado.

—«Llamamiento» repitió Zubieta para sí «buen soldado» ¿qué será esto?

—Siéntese usted, amigo, siéntese usted y hablaremos un rato.

Zubieta se sentó.

—Ya sabe usted Zubieta, prorrumpió don Manuel que yo lo conozco á usted perfectamente.

—Es cierto, contestó Zubieta, sintiendo subir de punto su turbación.

—Pues bien, dijo don Manuel, en pocas palabras, sí ó nó, para ahorrarnos digresiones inútiles; pues ya sabe usted que á mí me gusta arreglar mis asuntos de una manera expeditiva.

La palabra ¡Cáscaras! pasó por la mente de Zubieta.

—Con que... continuó D. Manuel, va V. á ser franco y á contestarme categóricamente.

Zubieta, aunque procuraba disimular, abría los ojos más de lo necesario, y su cabeza se

perdía en un mar de dudas; pero aprovechando la pausa pensó tomar un aire grave y le dijo á don Manuel.

—Estoy dispuesto á hablarle á usted lealmente, me precio de ser hombre que conoce los deberes de la amistad, que en ningún caso, señor don Manuel, en ningún caso, ¿me comprende usted? sería yo capaz de traicionar...

Como Zubieta pronunció estas palabras con un acento, acaso mas dramático de lo que convenía á la situación fué entonces don Manuel quien notó que Zubieta se salía del tono.

—Yo comprendo, continuó Zubieta, todo lo que un caballero tiene que sacrificar, cuando se trata de una amistad verdadera; y yo no sería nunca el que...

—Indudablemente, interrumpió don Manuel, sobre que he dicho ya que lo conozco á usted.

—¡Señor don Manuel!... exclamó Zubieta formalizándose; aunque procurando en vano disimular.

Esto bastó á don Manuel para persuadirse de que Zubieta estaba dando una misteriosa interpretación á sus palabras; y si bien habían pasado por la mente de don Manuel ciertas dudas, no por eso se encontraba dispuesto á entrar en esplicitas aclaraciones, que, por otra parte, juzgaba notoriamente embarazosas.

De manera que la conversación estaba á punto de tomar un carácter grave, lo cual fué comprendido rápidamente por don Manuel, y procuró precisar.

—Se trata de un negocio de dinero, exclamó, no sin estudiar la fisonomía de Zubieta, quien en estos momentos reveló algunas de las líneas del indultado.

—¿De dinero, eh? preguntó Zubieta.

—Sí; me ha visto Solares.

—¿El agente de negocios?

—Sí; el mismo: hay una persona que tiene dinero, y desea colocarlo; y como hace tiempo estoy deseando dar cierto impulso á mi negociación, acaso me decidiera á tomar ese dinero; pero como sabrá usted que



en esta clase de negocios peco por desconfiado, he querido antes tomar informes precisos acerca de la persona con quien haya de hacer el negocio.

—¿Quién es?

—Es un tal don Santiago Franco.

—¿Santiago Franco? repitió Zubieta, me parece que Solares me ha hablado ya de ese asunto.

Y sacó un libro de memorias, en donde después de haber registrado algunas hojas, encontró el nombre de don Santiago.

—¡Ah! sí: aquí está, exclamó, ya tomaré los mas fidedignos informes, señor don Manuel.

—¿Pero hoy?

—Hoy precisamente.

—Tengo empeño en saberlo.

—Haré todo lo que esté de mi parte.

—En ese caso, esta noche tendré noticias ¿no es cierto?

—Probablemente.

Don Manuel y Zubieta se despidieron, quedando citados para la noche.

Para nada figuró Lola en aquella entrevista; y esta circunstancia, que bien podría no agregar nada en la situación moral de Zubieta, tuvo sin embargo una elocuente significación; por que Zubieta se había colocado, sin pretenderlo, en una de esas posiciones inseguras y equívocas en las que la malicia está despierta y el ánimo dispuesto á impresionarse vivamente.

Ni aún el mismo Zubieta se daba cuenta de que propendía á verlo todo á través de este prisma: Lola.

Lola también se empeñaba en encontrar en todo lo que veía, un elemento nuevo: Zubieta.

Y á pesar de esto, ninguno de los dos se persuadía de que aquello era un primer síntoma de amor.

Eran bastante dueños de su cabeza Lola y Zubieta para exclamar diez veces, en el tono mas ingénuo.

—¡Dios me libre!

Pero en el fondo no había cosa mas cierta, que Lola y Zubieta estaban en inminente peligro de enamorarse.

Lola, don Manuel y Zubieta eran tres plantas de la familia de las mimosas; por que, sin darse cuenta de ello, se estaban estremeciendo al sentir la electricidad de una atmósfera tempestuosa.

¡Pobre alma humana, que marcha al abismo de las pasiones, tal vez meciéndose como una hojilla de rosa sobre la rizada superficie de un arroyuelo.

Preciso es entrar al teatro de las grandes situaciones y al apogeo de la pasión, comenzando por una desviación insensible.

La ley universal del crecimiento y del desarrollo, es común al alma humana; también en ella como en la tierra, cae un pequeño germen que se une á un elemento, y de cada primero y misterioso consorcio, nacen, en la tierra una planta, una flor, un árbol; y en el alma un halago, una pasión, un crimen: ó en el sentido opuesto, una idea, una virtud y una oración.

En materia de virtud, Lola poseía la teoría completa, tenía el corolario, y tenía además la suficiencia para decir al primer gol-

pe de vista: esto es malo; y lo había dicho muchas veces, se lo había dicho á sí misma, y se lo decía á Zubieta.

Lola, además, no había ensayado nunca en el terreno de la práctica su cartilla de moral en todos sus artículos; había algunos sin prueba, nunca se le había ofrecido probar su aprovechamiento en ciertos casos, como por ejemplo: el de la fidelidad conyugal: había más, Lola no se había formado idea todavía de las dificultades que podrían presentársele en la práctica á este respecto; porque apesar de ser bonita, de vestirse bien y de ir á todas partes, no había escuchado hasta entonces sinó simples galanterías, ni había resistido más que ataques poco vigorosos, nacidos de una ocasión propicia ó de una exaltación pasajera; sin que por eso dejara de vanagloriarse interiormente, como sucede siempre, por aquellos triunfos, que ella misma se empeñaba en creer mas meritorios de lo que eran en sí.

Varias veces, en medio de uno de esos



corros femeniles en los que se versan tan curiosas anécdotas, Lola se había visto obligada, á su turno, á enumerar sus triunfos; y á más de un galanteador, hizo pasar por apasionado, y á más de un pretendiente de pacotilla, le dió en su narración el papel de irresistible Tenorio.

Sólo Lola, allá en lo mas íntimo de su conciencia, se persuadía de que sus triunfos no eran, en verdad, de los mas costosos ni sus luchas de las mas encarnizadas.

Pero ¿qué sería de un general sin batallas y de una mujer hermosa sin adoradores despreciados? Ambos tipos son inverosímiles en el mundo.

Lola, según hemos visto, al pensar en Zubieta, se daba siempre una respuesta que no era por cierto precedida de la respectiva pregunta, quiere decir. Lola no cesaba de exclamar para sí:

—¡Yo enamorarme de Zubieta! ¡qué locura, qué disparate, qué atrocidad!... Zubieta es una persona muy apreciable, pero no.... es imposible, Dios me libre....

Por esta razón precisamente se había indignado tanto al notar que su marido estaba celoso; cosa que tenía intención de no perdonarle nunca.

—Soy capaz de tolerarle á mi marido todos los defectos posibles, pero el de encerrarse ¡ah! ese jamás...! y por nada seré capaz de reñir con él, sino es porque invente que soy infiel.

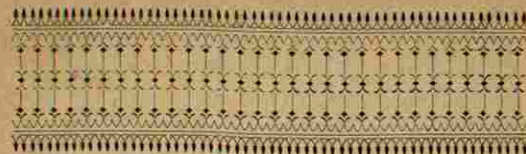
Todas estas expansiones estaban destinadas, como se verá mas adelante, á convertirse en confidencias.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO



## CAPÍTULO XI.

### LAS PRIMERAS CONFIDENCIAS.

**P**OR parte de Zubieta, tanto como por la de Lola, había ya una positiva contrariedad en cada detalle ó circunstancia que se opusiera á sus acostumbradas expansiones; de manera que la primera tarde que Zubieta y Lola volvieron á tener libertad de hablar, no les fué posible ocultar su alegría, hasta el grado de que Lola exclamó sin pensarlo:

—¡Bendito sea Dios que nos dejaron hablar!



— Eso mismo digo yo, criatura; estaba yo verdaderamente impaciente porque llegara la visita de hoy.

— Se conoce.

— ¿En qué lo conoce usted?

— En que todavía no dan las cuatro, que es la hora de costumbre.

— Es cierto, son tres cuartos; pero desde las dos estoy dispuesto; y hubiera venido todavía mas temprano, á no ser porque....

— ¿Por qué?

— Por temor de ser molesto.

— ¿Molesto usted, Zubieta? jamás lo ha sido.

— Gracias, hija mía, gracias; con que dígame usted ¿qué tal se ha portado?....

— ¿Creerá usted que bien?

— ¿Bien?

— Es decir no ha vuelto á....

Vea usted Zubieta: él tiene algo, yo le conozco que está ocultando su desconfianza, porque él mismo no puede menos de conocer cuán injusto sería ese proceder.

— ¿Pero le ha dicho á usted?....

— ¡Ah! en cuanto á eso, nada, absolutamente, ni una palabra; pero figúrese usted si yo conoceré á Manuel; y lo puedo asegurar á usted que está disimulando á más no poder. ¿Y á usted cómo lo ha tratado?

— Con mucha amabilidad.

— ¿Oíga?

— Con más amabilidad de la que acostumbra.

— Es preciso: cuando uno disimula, tiene que exagerarlo todo, pero para que vea usted lo que son los hombres, ahí tiene usted á mi marido, tan prudente, tan confiado y tan recto ordinariamente, convirtiéndose en un Otelo ridículo, é infiriéndome con esa conducta una verdadera ofensa, sí señor, una ofensa que no puedo tolerar ¿le parece á usted esto justo Zubieta? cuando si hasta ahora he conservado intacta mi reputación y su nombre, sabe Dios con cuantos sacrificios lo he conseguido; y todo para qué? para que el día en que se le meta el diablo á mi marido, me confunda con las demás mujeres, desconociendo cuánto me debe, y

olvidándose de mi conducta anterior: ¡ay Zubieta, soy muy desgraciada!

Y al decir esto, Lola tomó un aire marcado de compunción, sacó su pañuelo y se enjugó los ojos que se le habían puesto brillantes de lágrimas.

En la fisonomía de Zubieta se dibujó también la emoción y contempló á Lola, pareciéndole que se ponía en extremo interesante.

—Tiene usted razón, hija mía: exclamó Zubieta al cabo de un rato de elocuente silencio, es usted muy desgraciada.

Para elevar al cuadrado las lágrimas de una mujer, no hay más que multiplicarlas por esta cifra: Tiene usted razón.

Lola, por lo tanto, entró de lleno al terreno de las lágrimas.

—Lo que siento es, decía entre uno y otro sollozo, que estoy pagando pecados ajenos.

—Vamos, Lola, vamos, hija mía, ¿qué es eso? exclamó Zubieta, sabiendo hasta dónde iban á parar aquellas palabras.

—Sí, sí, cabal que sí; repitió Lola con esa especie de despecho, que es también una de las fases del llanto. Yo he oído decir que los pecados de los padres, se pagan hasta la cuarta y quinta generación.

—¡Lola, por Dios!

¡Ay, Zubieta! usted no sabe todo lo que yo he pasado, y todos los sacrificios que me ha costado conjurar esa especie de maldición; pero ya lo ve usted, de nada me ha servido portarme bien; y sin duda por que mi marido sabe algo de mi familia es por lo que tiene tanta facilidad para dudar de mí.

—Pero Lola, qué tiene que ver lo uno con...

—¿Qué tiene que ver? es muy sencillo: que si mi marido, por fortuna, tuviera mejor idea de mis gentes, en el primer momento de dudar de mí, diría «no, esto es imposible su familia es una familia tan honrada y tan..... pero por desgracia no es así, Zubieta.

Usted sabe algo; pero para que en ningún caso se me acuse, y supuesto que es us-



ted mi mejor amigo, voy á depositar en usted mi confianza, voy á contarle á usted cosas que lo van á dejar con la boca abierta; oiga usted, oiga usted.

Zubieta comprendió que aquel diálogo con Lola no lo iba á poner en autos de cosas nuevas, supuesto que se preciaba el mismo Zubieta de conocer todos los antecedentes de la familia de Lola; pero como, por otra parte, se sintió alhagado al ser objeto de una confidencia íntima, no hizo ninguna objeción, sinó que se preparó á oír.

—No quiero tomar las cosas desde muy lejos, dijo Lola; pero empezando por mi abuela; sabe usted muy bien que era la madrastra de mi mamá: ya usted conoce cuan odioso es ese parentesco; pues bien, esta circunstancia fué el origen de las desgracias de la pobre de mamá, por que, figúrese usted que aburrida del mal trato de la madrastra, hizo un casamiento detestable, no durando con él en paz ni la luna de miel.

Mi mamá, usted la conoció, era una de las mujeres mas bonitas de su tiempo; de

manera que á los diez y seis meses de casada, tuvieron que separarla del marido: yo no había nacido entonces, yo no soy Suarez sinó Zamora.

—¿Es usted Zamora?

—Sí, ¿no conoció usted á mi papá?

—¿Zamora?

—Zamora, el teniente coronel de Carabineros....

—¿Costeño?

—De la costa.

—¿Alto, fornido, de bigote...?

—El mismo.

—Mucho, mucho conocí á Zamora.

—Pues era mi papá.

—¿Y vive?

—Murió hace diez años.

—¿Pobre Zamora!

—Pues como iba diciendo; la pobre de mamá ¿qué quería usted que hiciera una vez viéndose abandonada por su marido? era tan hermosa, tenía tantos atractivos....

—Pero oiga usted, criatura, yo tenía á su mamá de usted por mujer de Ruiz.

—Vea usted; Ruíz, era el que entregaba á mi mamá la mesada de Zamora, y como Ruíz era tan enamorado, le colgaron el milagro.

—No, no, hija mía, eso de milagro....

—¿Pues qué?

—¿Y Rosa, la hermanita de usted, de quién es hija?

—Rosa y yo nos decimos hermanas, pero....

—Es hija de Ruíz, criatura.

—¡Ay, qué hablar de gentes! exclamó Lola.

—No tanto, criatura, no tanto, porque cuando yo se lo digo á usted, es porque lo sé de buena tinta.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El mismo Ruíz.

—Pues miente; convengo en que Rosa no era hija de mi papá Zamora; pero de Ruíz? no lo crea usted.

—¿Pero es hermana de usted?

—Sí.... es mi hermana, las dos hemos re-

putado á mi mamá como á nuestra madre común.

—Bueno, pues con eso basta; porque en cuanto á ustedes dos, Rosa y Lola, no hay que confundirlas con los demás muchachos.

—Con los otros mis medios hermanos, ya se ve que no, que por todos ellos son del segundo matrimonio.

—Todos, no.

—Quiere decir, pasan por hijos de Salazar.

—No, hija mía, todos no; figúrese usted que Edelmiro y Roberto, que son los mas chicos, no se apellidan Salazar.

—Sí, Salazar se apellidan.

—En el colegio pasan por Suarez.

—Ya se vé, llevan el apellido del primer marido de mamá.

—Bueno, ¿pero cómo, los mas grandes, los anteriores á Edelmiro y á Roberto son Salazar?

—En realidad, no todos son Salazar tampoco.

—Menos han de ser Suarez.



—Es que entre todos mis hermanos hay hijos de mi... del marido de mi mamá, de Suarez.

—¿Y su mamá de usted los recogió?

—Sí: á Carlos: el pobre de Carlos vino á mi casa de siete años: figúrese usted, era hijo de una cómica que se había ido para el interior con una compañía, dejando al pobre muchacho casi abandonado, y mamá, ya la conoció usted que tenía tan bellos sentimientos, dijo:—¿Es hijo de Suarez? yo lo adopto; porque hasta después de muerto quiero probarle á ese hombre, que soy una mujer que tiene el corazón bien puesto; y desde entonces Carlos ingresó á la familia.

Rosa y yo crecimos viendo padecer á la pobre de mi mamá, quien tuvo una vida, como usted sabe bien, llena de peripecias y sinsabores.

Mi padrino de bautismo creyó prudente quitarnos de mi casa, donde había todo menos paz doméstica, por que mis nuevos hermanos eran lo mas malo que se conoce,

y entramos á las Vizcaínas, de donde tuvimos la fortuna de salir Rosa y yo, para casarnos.

—¿Y Rosa?

—Está en Tepic, tiene ya tres chicos y parece que lo pasa bien la pobre; su marido es muy bueno, le ha salido honrado y trabajador, y en fin, según tengo noticias, no tiene de qué quejarse.

Por mi parte, ya usted lo vé Zubieta, empiezo á ver que mi tranquilidad se turba; y como sé, por lo que ha pasado en mi casa, que la pasión de los celos fué la que todo lo amargó, le tengo un miedo á los celos, como usted no puede figurarse.

Zubieta tuvo la buena intención de tranquilizar á Lola con respecto á los celos de don Manuel, y estaba seguro de conseguirlo; pero como por otra parte, el amor propio de Zubieta se encontraba alhagado, tanto en virtud de los celos del marido, como por el estado de despecho en que se encontraba Lola, renunció á la idea de tranquilizarla y la dejó entregarse á sus expansiones.

Llegó don Manuel y la conversación roló sobre el asunto de don Santiago.

Cuando Lola notó que su marido y Zubieta hablaban de asuntos de comercio, se retiró de la sala y permaneció largo tiempo entregada á los pequeños quehaceres domésticos; y sólo volvió á la sala para despedirse de Zubieta, quien se retiró en medio de las tranquilas demostraciones de afecto que eran ya una costumbre.

Lola notó en seguida que su marido estaba preocupado, y uniendo esta circunstancia casual con sus anteriores reflexiones se concentró á su vez, y el matrimonio se entregó al sueño aquella noche en medio de un significativo y desusado silencio.



## CAPÍTULO XII.

EN EL CUAL EL LECTOR  
VOLVERÁ Á TOMAR EL HILO DE LA  
HISTORIA DE ELOISA.



PESAR de que Lola y Zubieta habían tenido ya varias conferencias, no habían vuelto á ocuparse de Eloísa; pues ante un interés de otro género, Zubieta llegó á olvidarse completamente de esta historia, que le había interesado tanto, según recordará el lector.

Atendiendo á esta circunstancia, y á que seguramente Zubieta no volverá á su empe-



Llegó don Manuel y la conversación roló sobre el asunto de don Santiago.

Cuando Lola notó que su marido y Zubieta hablaban de asuntos de comercio, se retiró de la sala y permaneció largo tiempo entregada á los pequeños quehaceres domésticos; y sólo volvió á la sala para despedirse de Zubieta, quien se retiró en medio de las tranquilas demostraciones de afecto que eran ya una costumbre.

Lola notó en seguida que su marido estaba preocupado, y uniendo esta circunstancia casual con sus anteriores reflexiones se concentró á su vez, y el matrimonio se entregó al sueño aquella noche en medio de un significativo y desusado silencio.



## CAPÍTULO XII.

EN EL CUAL EL LECTOR  
VOLVERÁ Á TOMAR EL HILO DE LA  
HISTORIA DE ELOISA.



PESAR de que Lola y Zubieta habían tenido ya varias conferencias, no habían vuelto á ocuparse de Eloísa; pues ante un interés de otro género, Zubieta llegó á olvidarse completamente de esta historia, que le había interesado tanto, según recordará el lector.

Atendiendo á esta circunstancia, y á que seguramente Zubieta no volverá á su empe-

ño en saber de Eloísa, al menos mientras tenga otro interés superior pendiente, vamos á dar á nuestros lectores algunos detalles con respecto á la consabida Eloísa.

Haciendo referencia á una época algo remota con respecto á la iniciada historia de Lola y Zubieta, hemos dejado á doña Estefanía viviendo en una casa de vecindad de la calle de San Pedro y San Pablo; y aunque las vecinas, ni aún relacionadas con las criadas de esta señora, pudieron averiguar los asuntos que trataba con sus visitas, nosotros, con el poder del novelista, superior por lo visto hasta al de la curiosidad femenil, vamos á poner al tanto al lector de lo que pasaba en algunas de esas conferencias misteriosas.

Estefanía, según hemos visto, estaba rodeada de comodidades.

Comía bien, se vestía bien, y parecía á primera vista una santa y virtuosa señora, de quien nadie se hubiera perdonado hablar mal, sin causa justificada.

Estefanía además era lo mas dulce que

se conoce entre las hijas de Eva; tenía una vocecita melíflua, voz que se deslizaba por una boquita entreabierta, para dejar ver unos dientes blanquísimos y pequeños.

Estefanía tenía la piel sedosa, casi aterciopelada en los dorsos, y para aquellas formas se habían inventado los abrigos de seda acolchados, el armiño, el cambay batista y todo lo mullido.

Estefanía tenía los dedos muy puntiagudos; sus meñiques tenían unas uñas que eran dos conchitas miniatura, de lo mas primoroso.

La constitución de Estefanía era de lo mas exquisitamente delicado; el aire la ofendía, cada pulga hacía en su epidérmis un estrago, se adivinaba la sangre, corriendo al través de aquella piel que dejaba ver unos ramales azulosos como las venas de una hoja.

Estefanía hablaba quedito, y nunca se exaltaba, era muy suave, muy resignada, y en resumen era una sopita de miel.

Estefanía no sabía qué elegir en medio de



estas dos fases de su existencia sobre el mundo:

O creerse muy desgraciada en medio de su felicidad.

O creerse muy feliz en medio de su desgracia.

Si Estefanía contaba sus cuitas, si levantaba un tanto el velo misterioso de su pasado para narrar sus desventuras, lograba interesar al espectador hasta el enternecimiento.

Si Estefanía callaba, el observador adivinaba al través de aquella frente, de suyo triste, pasar negras imágenes en continua sucesión, como encargadas de mantener aquella frente blanca, inmóvil, en la actitud y la reserva de la meditación: entonces Estefanía interesaba por la curiosidad, despertaba no sabemos qué interés dramático, que atraía al incauto y preocupaba al hombre de mundo.

Este hombre de mundo que se había preocupado era el señor Sotomayor, á quien hemos conocido en la casa de Estefanía,

con el carácter de su visita predilecta.

Acerca de este señor habían sido inútiles las pesquisas de la vecindad, al grado que la ribeteadora de sombreros y la lavandera le llamaban *el impenetrable*.

Tal era su reserva, tal su medida y circunspección en la casa de Estefanía, que ni la criada mas cercana pudo nunca sorprender una palabra, un gesto, algo que revelara el género de relaciones ó parentesco que Sotomayor tenía con Estefanía; pero, según lo tenemos ofrecido á nuestros lectores, vamos á descorrer, en su obsequio, el velo del misterio.

Un día había recibido Sotomayor una tarjeta en que se leían, el nombre impreso de un íntimo amigo suyo y además escritas con lapiz las siguientes palabras:

«*Vicente: salgo para Puebla: busca en la calle de San Pedro y San Pablo á Estefanía, ensénale ésta, óyela, ayúdala, y silencio.*»

Después de que Sotomayor devoró estas líneas, exclamó:

—¿Qué cosa gorda traerá entre manos éste.....

El adjetivo sustantivado con que terminó, fué de tal manera confuso, que pareció solo un rumor.

Sotomayor tomó su sombrero y se dirigió á la calle de San Pedro y San Pablo.

Se sorprendió agradablemente: Estefanía era una guapa chica; sobre todo tenía una voz muy dulcecita.

—¿Es usted amigo de Pancho?

—Sí, señora.

—Supongo, con fundamento, que usted debe estar ligado á él, por lazos *indisolubles*.

Pronunció Estefanía con tanta intención la palabra *indisolubles*, que Sotomayor no pudo menos que quedarse pensativo, porque su imaginación lo había llevado al campo de los recuerdos.

Una miradita de paloma acentuó la corroboración de Estefanía: estaba diciendo interiormente:

—No me he equivocado.

Y en seguida, poniendo una sobre otra sus pequeñas y delicadas manecitas, habló de esta manera.

—Ya puede usted figurarse, señor Sotomayor.

—¿Usted sabe cómo me llamo? interrumpió éste....

—Le conozco á usted mucho y me es perfectamente familiar su historia íntima; fígrese usted que Pancho ha tenido que salir violentamente de México, en momentos en que su presencia aquí era indispensable; y á no ser porque tiene en usted una fé ciega, hubiera prescindido de todo por no dejar aquí pendientes sus asuntos.

—¿Ha dejado algún encargo para mí.

—Varios encargos, que sólo usted puede desempeñar.

Como estas palabras las acompañó Estefanía con una de sus mas escogidas sonrisas, y con una de sus mas apacibles miradas, Sotomayor se sintió todo de Estefanía; y olvidándose en consecuencia de lo que debiera á su amigo Pancho, experimentó la



irresistible influencia de la simpatía y se propuso ser galante.

Inmediatamente Sotomayor supo darle á sus ojos esa expresión significativa de amante; supo, como buen actor, revestirse del carácter propio de una situación amorosa, se inclinó en su asiento para acercarse más á Estefanía y la miró, la miró con la mirada universal, é hizo todo lo que *in illo tempore*, precedió á la formación del lenguaje; porque sin articular una sílaba, hizo toda una declaración de amor, con sólo un movimiento y una mirada.

Y debió haber estado todo en armonía con la mímica intuitiva, supuesto que por la mente de Estefanía cruzó rápidamente esta frase:

—Me va á enamorar.

No por esto Estefanía hizo lo que antes de la formación del lenguaje hubiera hecho una mujer para decir que nó; pero sí hizo lo que hemos visto en pocas mujeres, quiere decir, se mantuvo inalterable.

Ningún rasgo fisionómico, ningún movi-

miento, indicó que Estefanía se sorprendía de la conducta de Sotomayor; quien no por palpar esta imperturbabilidad se sintió con más valor, sinó que á su vez, esperó oportunidad mas favorable.

—Con que.... murmuró Sotomayor, como invitando á Estefanía á continuar.

—Pancho me dijo muchas cosas para usted.

—Usted me manda.

—Muchas gracias.

—Me dijo.

—Tengo el mayor placer en obedecer á usted.

—Me dijo que podía confiarle á usted un secreto.

—Y mil.

—Ya sé que son muy amigos.

Sotomayor pareció haber tragado algo y exclamó:

—¡Ah, sí! en efecto.

—Y como Pancho no sabe cuándo volverá.

—¿No?

- No, no lo puede saber.  
—¿Es posible que se tarde mucho?  
—Así sucede algunas veces.  
—Pero no hay cuidado; que aquí estoy yo.  
—Pues Pancho quiere...  
—¿Qué quiere?  
—¿Tiene usted relaciones en Palacio?  
—Sí.  
—Se trata de un asunto del ministerio de Gobernación.  
—¿Cuál es ese asunto?  
—El jefe político de Chalchicomula, es un amigo nuestro.  
—Bien.  
—Y desea pasar á San Martín Texmelucan, porque allí está su familia.  
—¿Permuta?  
—La tienen tratada, pero parece que hay dificultades.  
—¿Y eso es todo?  
—Ese es uno de los muchos encargos que Pancho me ha hecho para usted.  
—Veamos otro.

- ¿Tiene usted amigos en la casa de diligencias?  
—Sí.  
—Se desea saber cuándo llega una persona.  
—¿Cómo se llama?  
—No se puede decir su nombre.  
—Entonces.  
—Es necesario copiar el *roll* todos los días.  
—Eso me parece difícil.  
—No, no es difícil.  
—¿En la administración no lo enseñarán?  
—Algunas veces sí.  
—¿Y si la persona de quien se desea saber su llegada, viene en un día en que no se pueda ver el *roll*?  
—Entonces se informa uno en el camino.  
—¿En el camino?  
—Sí, señor, ya me ha sucedido tener que esperar á alguno, y un amigo mío ¿qué piensa usted que hacía?  
—¿Qué?  
—Se iba todos los días á Tlalnepantla,



esperaba la diligencia y mientras el conductor recibía la correspondencia, mi amigo copiaba el roll con un lápiz.

—Eso mismo haré yo, si usted lo ordena: ¿qué más?

—Que si gusta usted de tomar chocolate.

—¿Va usted á tomar chocolate?

—Si, señor.

—En hora buena, acompañaré á usted.

Estefanía en lugar de llamar, se levantó de su asiento.

Sotomayor, pudo notar entonces que Estefanía era muy airosa, que tenía la cintura muy delgada, y que al pararse había dejado esa estela de aroma, propia de las personas aseadas.

Sotomayor aspiró aquello, experimentando un bienestar dulce.

El olfato está siempre delante de la felicidad, delante de las flores, y delante de la mujer hermosa.

—Debe haber un geniecito en el camino del amor, pensó Sotomayor, que se encarga de regar, antes de que pasemos: esta chica

es un ramillete de heliotropos; estoy encantado ¡qué flexibilidad de cintura y qué gallardía!..... Pancho es un pícaro. Nunca me habló de Estefanía, sino al irse. Pues señor, por muy bien empleado doy el ratito: me conviene Estefanía.

En estos momentos apareció Estefanía, después de haber dado sus instrucciones para el servicio del chocolate.

Después de algunos instantes, Sotomayor conducido por Estefanía pasaba al comedor.

Se notaba en el menaje de aquella pieza cierta mezcla que muy fácilmente hubiera podido pasar desapercibida; pero no obstante hablaba elocuentemente al observador.

Se veía por ejemplo sobre la mesa un magnífico juego de café, primoroso trabajo de orfebrería, dos magníficos botellones de cristal, algunas tazas de porcelana de Sevres; todo esto haciendo un perfecto contraste con algunos platos sóperos de loza de Tacubaya, con algunos cuchillos flojos del mango, y con una servilleta de Toluca que cubría una fuente con pasteles.

En cuanto á muebles, había un costoso aparador de cedro barnizado y algunas sillas con asientos de tule.

Aquellos contrastes estaban revelando la fortuna improvisada, la irregularidad de los ingresos, y la falta de costumbre de usar ciertos objetos; así como la de esa elección que es sólo el resultado de una perfecta educación social.

Bastole pues á Sotomayor una ojeada para comprender la elocuencia de aquel abigarramiento que, por otra parte, no dejó de inspirarle confianza, sin duda por que los objetos exteriores de que una persona se rodea, tienen siempre una significación, que revela el carácter y aún la vida del propietario.

Cuántos hay que llevados del deseo de ostentación, nos muestran en la camisa un brillante, que nos induce á hacer una caritativa comparación entre los ingresos y egresos del propietario, quien no sale más veces absuelto, acá para nuestro capote, en la liquidación.

Los brillantes que usaba Estefanía eran un verdadero contraste con la humildad de su alojamiento, que no pasaba de ser una vivienda de casa de vecindad: la misma policía, en caso dado, no hubiera echado este dato en saco roto.

Por lo visto aquel chocolate iba á ser íntimo, supuesto que, teniendo Estefanía dos hijas no aparecían allí y sí se oían sus alegres voces al través de la puerta cerrada.







### CAPÍTULO XIII.

#### UNA MUJER ENTREGADA Á LOS MÓNSTRUOS.

**E**STEFANÍA, dando á su voz toda la dulzura de que era susceptible, habló á Sotomayor de esta manera:

—Era yo muy niña: no cumplía aún los catorce años, cuando mi familia me casó con un hombre odioso, á cuyo lado fui, ignorando todo lo que debía saber para librarme de los males que desde ese momento me amenazaban.

El hombre con quien me casaron tenía cincuenta años.

—¡Qué barbaridad! exclamó Sotomayor, y ese hombre....

—Ese hombre era atroz: á los dos días de casada la dió de celoso, y comenzó la historia de mis sufrimientos: se dedicó á cuidarme, á vigilar todos mis pasos con una pertinacia desesperante. Yo no tenía á quien quejarme; mi familia me había abandonado á mi suerte, porque ¿lo creerá usted? siempre le concedió la razón á mi marido; y como este hombre, por desgracia, era rico, mi familia creyó que no podía aspirar á otra felicidad sobre la tierra que á la de las comodidades y el lujo.

Exacerbados más y más los celos de mi marido, recurrió, para aturdirse, al recurso de la embriaguez; y entonces mis sufrimientos no conocieron límites; era aquel hombre una fiera, un energúmeno, y llegó hasta maltratarme.

—¡Es posible! exclamó Sotomayor, que había estado escuchando con interés creciente.

—Vea usted, dijo Estefanía, vea usted esta cicatriz.

—¡Qué es eso!

—Esta es la señal de una herida.

—¿Una herida?

—Sí; me arrojó con un vaso á la cara; yo caí bañada en sangre, y aquel monstruo, lejos de socorrerme, se salió á la calle.

No sé cuánto tiempo permanecí sin sentido; pero me encontré repentinamente en poder de mis criados que me auxiliaban.

Estefanía pareció estar profundamente conmovida, y hubo una pequeña pausa durante la cual, Sotomayor pensó:

—La historia de todas las mujeres desgraciadas que conozco, empieza así: «me casaron cuando aún no tenía yo quince años.»

—¿Y qué hizo usted después, señora? preguntó Sotomayor, ya reforzado con la dosis necesaria de conmiseración.

—Qué había de hacer, contestó Estefanía; yo era una niña, no tenía ninguna experiencia y procuré tomar consejo.



—¿Y de quién se valió usted?

—Una de las criadas de mi casa, me había cobrado mucho cariño; acudí á ella y me consoló diciéndome que conocía á un abogado, que en un abrir y cerrar de ojos me separaría de mi marido.

Renació en mí con esto la esperanza, y cautelosamente y de acuerdo con aquella mujer, dispuse un día ver al abogado. Me dejé conducir en un coche, y después de algún tiempo de andar empecé á sospechar que estaba siendo víctima de una celada: así fué efectivamente: el abogado no era otro que un hombre que se había enamorado de mí y que empleaba aquel medio para perderme.

¡Ay señor Sotomayor! no puede usted tener una idea de lo que mi suerte me tenía reservado: no hice más que cambiar de tirano; y si bien es cierto que este hombre hizo por mí todo género de sacrificios, hasta arruinarse, también lo es que me hizo sufrir horriblemente.

—¿También era celoso?

—También; y había más, los celos lo condujeron á la embriaguez y después... á todo género de crímenes. Yo era una mártir, siempre resignada; siempre triste, siempre encerrada como una criminal.

—¡Pobre de usted! dijo Sotomayor, y ¿mucho tiempo....

—Dos años, durante los cuales pude hacer algunos ahorros y un día desaparecí de México.

—Y á dónde fué usted á dar?

—A Guadalajara; pero con el alma partida.

—¿Porqué? al verse libre....

—Tuve que abandonar á mi hija.

—Había usted tenido alguna hija?

—Dos: una de mi marido y otra....

—¿Son por ventura las niñas cuyas voces se percibían hace poco desde aquí?

—No, señor: esa es otra historia.

—¡Ah!

—He tenido como cinco hijos.

—¿Cinco?

—Sí, señor.

—No lo parece, dijo Sotomayor fingien-

do sorprenderse, y mezclando á la vez esta galantería de estampilla, que le pareció muy adecuada á las circunstancias.

— Viví en Guadalajara diez y siete meses.

— ¿Sola?

— No señor... acompañada: allí tuve la desgracia de conocer á Abelardo.

— ¿Abelardo?

— Sí, señor; el teniente coronel de auxiliares...

— ¿Con que la desgracia, decía usted?

— Sí, señor, ese fué otro mónstruo.

— Y van tres mónstruos pensó Sotomayor y luego agregó:— Pues usted, señora, está predestinada...

— Sí, señor, á padecer eternamente.

— ¿Pero supongo que ahora con Pancho...

— Pancho es muy bueno, no tengo de qué quejarme.

— ¡Ah! era justo.

— Pero en cambio...

— ¿En cambio qué?

— Me veo hoy metida en ciertos asuntos, que sea por Dios...

— Conque...

— Sí, señor; Pancho ha tenido malos amigos; él no era así, tiene un corazón de paloma; pero qué quiere usted, dió su palabra y... una vez en ello, no tiene el pobre más remedio que arrostrar con las consecuencias.

— Es cierto.

— En vano son mis consejos y mis súplicas; muchas veces le he dicho que con lo que tenemos podemos ver en qué la buscamos de una manera que no se exponga.

— ¿Y qué le contesta á usted?

— Dice que ésta es una compañía de personas muy influyentes, que es un negocio muy bien organizado y que lleva muchos años de existencia, sin que hasta ahora haya tenido que lamentarse una desgracia.

— Efectivamente, dijo Sotomayor, Pancho no puede menos que ser un hombre profundamente reservado y capaz de guardar un secreto, supuesto que había podido ocultarme por tanto tiempo que existiese usted en el mundo.



—A mí, contestó Estefanía, no me había ocultado la existencia de usted; yo lo conozco á usted hace mucho tiempo y estoy impuesta de que usted también pertenece...

—¡Silencio Estefanía! que las paredes oyen.

—Á este punto quería yo venir á parar, y ahora ya puedo recomendar á usted los negocios de que le he hablado, pues, como comprenderá usted, se relacionan íntimamente con lo que usted sabe.

—Por mi parte no necesito probar á usted que los negocios de Pancho son los míos; y que si antes los desempeñaba con la eficacia que merecen por ser de un buen amigo como Pancho, hoy que tengo el placer de que usted sea quien los recomiende, cada palabra de usted es para mí un mandato.

—Gracias.

Y dígame usted, agregó Sotomayor ¿las niñas cuyas voces he oído hace poco, al través de esa puerta...

Sotomayor hizo una pausa esperando que

Estefanía completara la frase; pero viendo que guardaba silencio agregó:

—¿Esas niñas son hijas de.... de su primer marido de usted?

—No, señor.

—¿Del segundo?

—No, señor.

—De....

—De José María Gómez.

—¡De Gómez! exclamó Sotomayor.

—¿Le conoce usted?

—¡A Gómez! mucho ¿conque son de José María Gómez?

—Sí, señor: tengo esa otra desgracia.

—¿Entonces Gómez fué el que....

—¿Él indujo á Pancho... bien es que Pancho no hace más que arreglar ciertos asuntos, llevar las cuentas de la compañía y mover ciertas teclas misteriosas, para el mejor acierto de los planes.

—Pero en fin, Gómez podrá venir de un momento á otro, y como tiene derechos.

—Gómez no vendrá.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTECIT, MEXICO

—¿No?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Lo conoce la policía, no estaría un día libre.

—Peno con esa inseguridad....

—Vamos, señor Sotomayor, usted finje ignorar que esta compañía está sabiamente organizada, y que, entre sus medios secretos de acción, tiene como un deber el de hacer conocer de la policía y de la justicia á algunos de sus miembros.

—¿Oiga?

—La razón es muy sencilla: tanto la policía como la justicia, necesitan víctimas; pues bien la compañía se las ministra.

—La misma compañía?

—Si, señor, en ciertas sesiones se acuerda, por ejemplo, comprometer á un socio ante la justicia.

—No comprendo el objeto.

—Finge usted no comprenderlo.

—Le doy á usted mi palabra.

—Es que usted pertenece....

—Sí, es cierto pero de cierto modo.

—Ya lo comprendo, es usted supernumerario.

—Tal vez.

—Pues entre los socios de número que son once se discute esta materia importante: ¿Quién será la víctima para que ella sea la que reciba el golpe? entonces, se señala generalmente al mas malo, y del que ya sin embozo pueda decirse que no tiene nada que perder.

—¿Y le tocó á Gómez?

—Sí.... Pancho quiso alejarlo de México, y colocarle en posición comprometida á fin de que no pretenda presentarse.

—Ya comprendo.

—Pues bien, ya verá usted que el padre de estas niñas no vendrá; estoy muy bien segura.

Sotomayor se quedó profundamente pensativo, porque comprendió que merced á ciertas condescendencias con su amigo Pan-



cho, se había ya inodado en asuntos de cierto género, y que, merced á haberse fingido socio de aquella compañía tenebrosa, acababa de saber cosas que debían importarle mucho para el porvenir; y supuesto que aquello no tenía remedio, no había que retroceder en el risueño proyecto de galantear á Estefanía.

De manera que, á partir de aquel momento, lo que había pasado por las mientes de Sotomayor, solamente en virtud de la hermosura de Estefanía como una simple galantería, ahora estaba convirtiéndose en un verdadero deseo.

Por otra parte Estefanía había tenido ocasión de desplegar más de una coquetería con su nuevo amigo; y si hemos de decirlo de una vez, no le había caído tan mal Sotomayor, que esta mujer, tan dulce y todo como era, no hubiese sonreído á la idea de una nueva infidelidad.

Hechas, pues, las amistades, Sotomayor al cabo de cuatro horas de visita, se despidió de Estefanía y salió de la casa, armando

gran escándalo entre los pacíficos vecinos que oyeron abrir el zaguán á deshoras, aunque tal servicio hubiese sido ampliamente remunerado por Sotomayor.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



#### CAPÍTULO XIV.

CRECED Y MULTIPLICAOS.

**P**OR más que la narración bíblica de la reproducción del género humano nos haya hecho conocer intrincados parentescos; de eso ha pasado ya tanto tiempo, que las cosas han tenido lugar, durante luengos siglos, de cambiar completamente; por lo menos así lo hemos creído de buena fé, hasta el momento en que en nuestra calidad de escritores de costumbres hemos tenido ocasión de poner al prójimo en el banquillo del acusado. ®



De nuestro concienzudo examen ha resultado que las cosas no han cambiado tan sustancialmente como habíamos creído buenamente al principio; sólo que las causales sí son enteramente distintas.

Otorgamos toda nuestra indulgencia á los individuos de las primeras familias, en gracia de las circunstancias y de la necesidad; y tanto el señor Adán como nuestros hermanos, pueden estar tranquilos con respecto á nuestra mordacidad.

Pero no así nuestros últimos hermanos, nuestros hermanos de hoy, á quienes no les es dado disculparse con la falta de sujeto: de lo que resulta que, ya bien poblado el planeta terrestre, los que se empeñan no obstante en complicar el capítulo de los parentescos, no merecen pues ni aún siquiera clemencia.

Somos ciegos partidarios del orden, por consiguiente de la moralidad en la familia: y por eso cuando vemos, por esos mundos de Dios, brotar vástagos equívocos y contemplamos al hombre civilizado trasgre-

diendo á mansalva la ley del matrimonio; cuando nos encontramos con una de esas familias, que no escasean por cierto, en las que, sus respectivos miembros ostentan varias é intrincadas investiduras de parentesco, cuando estudiamos uno de esos árboles genealógicos modernos, verdaderos fenómenos de vegetación, árboles con tres troncos, árboles con ramas que se cruzan, con troncos que enraman y con ramas que entroncan; cuando vemos, en fin, una de esas personas que para darle á usted noticias de sus ascendientes tienen que hacer cuentas con los dedos y esforzarse por deshacerle á usted la maraña de sus parientes, como si se tratara de una ecuación de segundo grado con varias incógnitas; cuando uno de estos tranquilos individuos se ha puesto á explicarnos, con todas sus señales y circunstancias, las alegrías de los seres mas allegados á su stirpe, no hemos podido menos que reflexionar profundamente en ese formidable principio de disolución social.

Repugnante en alto grado nos ha parecido siempre el hijo que se vé precisado á acusar á los autores de sus días, con la calma que ha adquirido en fuerza de decirle á todo el mundo quién es y de dónde viene.

Ese venero casto de donde brotan para nosotros las primeras impresiones de ternura; esa alma, la primera en comunicarse con la nuestra en un ambiente de amor, para deletrear á nuestro oído las palabras *Dios, virtud, honor, deber*, la madre en fin, centro de respeto, fuente adorable de pureza, en donde reside el mas santo de los cariños, la madre venerable, escarnecida por el hijo, la madre delatada por la inocencia, cubierta de rubor y de miedo ante el candor y ante una pureza, engendro de sus crímenes.

Y luego esos hijos, emancipándose prematuramente como si huyeran de un contagio, esos niños que eligen un nombre en la lista de los verdugos de su honra; esas jóvenes que tienen que optar entre la funesta ingenuidad de familiarizarse con el

crimen ó protestar contra la unión mas santa.

Horrible dislocamiento de un conjunto de leyes puras que son el decálogo de la familia, la clave de la moralidad.

Por fortuna la inquebrantable ley de la justicia santa que rige el mundo pesa siempre sobre los delincuentes, y vagan, á no dudarlo, en los espacios y en las tinieblas, los espíritus errantes de los que dejan en el mundo hijos mal nacidos.

Sí; esos espíritus, tras de la tabla del ataud de sus cadáveres, encuentran á Carón rehusándoles su barca y señalándoles la sombra de la noche por infierno, por que en la sombra, esos espíritus van á emprender una vida de contemplación; van á tener delante á sus hijos á quienes verán arrojar lodo sobre los sepulcros entreabiertos, arrancando sonrisas de desdén para las cenizas, ridículo para los muertos, baldón para sus progenitores.....

¡Bendita una y mil veces la familia; benditas las uniones legítimas que traen paz



para las cenizas y honra para los supervivientes!

¡Feliz quien puede erigir el blanco altar de su cariño á una madre sin mancha, feliz quien puede ver siempre lozanas las azucenas de ese amor tan santo, para trasmitir el culto á la pureza á su generación siempre bendita!

Somos clementes con los hijos, como con todos los desgraciados; pero somos también inexorables con los padres.

Gabriel, el niño á quien don Santiago ha traído á México con el fin de darle educación, Gabriel, decimos, va á revelar á nuestros lectores su situación moral, á este respecto.

Gabriel, á la sazón que lo hemos conocido en el principio de este libro, tendría doce años: era un niño hermoso, algo mas desarrollado de lo que generalmente se observa en niños de esa edad, especialmente en la capital de la República.

Gabriel era blanco, y se hacía notable por la singular expresión de su mirada, ha-

bía algo de contemplativo en sus ojos, y mucho de pensador en su frente, Gabriel casi no era un niño, al verlo por primera vez se le notaba una concentración extraña á su edad, y cierta nube de tristeza que lo rodeaba siempre, al grado que sus compañeros de colegio, aún los de más edad que Gabriel, le profesaban respeto.

El señor Director del establecimiento no pudo menos que fijarse muy especialmente en Gabriel, y aún le mostraba á las personas de su confianza como una notabilidad entre los educandos.

Manifestó desde el principio tan buenas disposiciones para los estudios, como para las obras mecánicas; tenía grande afición al dibujo, y no por eso rehusaba el aprender las lecciones de los demás ramos que cursaba.

No tardó mucho tiempo Gabriel en ver convertidos sus avances en otros tantos motivos de desazón y de disgusto: el respeto que al principio le profesaban sus compañeros fué convirtiéndose poco á poco en envidia.

Dos niños de los mas ricos del establecimiento, fueron postergados por Gabriel, vencidos en buena lid y bajados de lugar: esta circunstancia los indispuso; y á partir de aquel momento se declararon enemigos acérrimos de Gabriel, pero no se atrevían á llevar á su casa queja alguna contra aquel compañero que los había vencido en aplicación y en inteligencia.

Pero uno de estos dos niños notó un día que los vestidos de Gabriel eran de clase muy inferior á los suyos.

—A ver, le dijo, mira qué saco tan bonito traes ¿es de jerguetilla?

—No, agregó su compañero, es de las veinte mil piezas de ropa hecha.

—Dicen que allí pegan con cera las costuras.

—Y que hay levitas á dos pesos.

—No, este saco será de á diez reales.

Había en aquella burla algo de cierto, porque don Santiago al día siguiente de haber llegado á México vistió á Gabriel en el cajón de «las cien mil camisas.»

Abierta esta primera brecha por los compañeritos envidiosos del talento de Gabriel, dieron margen á los otros niños para emprender nuevos ataques, de los que Gabriel no podía defenderse; y como sus adelantos en las clases seguían en aumento, se renovaba cada día el motivo de encono de sus émulos.

Un día llevó un niño á la escuela una noticia misteriosa con respecto á Gabriel, noticia que comunicó á sus compañeros, y pudo verse á los niños agruparse y formar diversos corrillos para tratar de aquel asunto que los preocupaba, como si en el campo de uno de dos cuerpos beligerantes, cayera la noticia de un nuevo plan de ataque de éxito seguro.

Después de muchos cuchicheos, fué nombrada una comisión que se encargase de hacer uso de la gran noticia recibida.

Había un grupo de niños destinado á ser espectador de lo que iba á pasar; los diputados se acercaron á Gabriel y le dijeron.

—Acompáñanos.



Gabriel obedeció, y cuando hubieron llegado al centro del grupo de los que iban á ser espectadores, uno de los diputados le dijo á Gabriel.

—¿Con que... cómo te llamas?

—Gabriel Franco; contestó éste.

—¡Mientes! le dijo un niño, tú no eres Franco.

—¿No? preguntó Gabriel con entereza.

—No, le contestaron con seguridad tú nos has engañado y has engañado al director.

—¿Yo?

—Sí; tú eres un hipócrita, tú no eres hijo de ese señor don Santiago Franco, que te trajo al colegio.

Gabriel se puso encendido como escarlata, y dirigió en torno suyo una mirada, como inquirendo la exactitud de aquella especie que lo había herido tan profundamente.

—¿Te callas? objetó uno, luego es cierto, tú nos has engañado.

—No eres Franco, ni ese señor es tu papá.

—Ya se ve que no, dijo otro niño, Gabriel no puede decir quién era su padre.

—Es natural, agregó otro.

—¿Dicen ustedes que don Santiago no es mi padre?

—No, no lo es, y tú lo sabes bien, pero eres un hipócrita, capaz de engañar á todo el mundo.

Gabriel sentía en estos momentos un zumbido de oídos que lo aturdió.

—Aquí sabemos ya quién es tu padre, dijo un niño.

—Y lo peor es, agregó otro, que, según dicen, es un sugeto de no muy honrosos antecedentes.

Gabriel, como movido por un resorte, se separó de sus compañeros dando un brinco hacia atrás y crispando los puños exclamó:

—¿Quién de ustedes se atreve á ofender á mi padre?

La actitud de Gabriel fué tan imponente, que todos los niños del grupo guardaron silencio, y hasta después de un momento, dijo el mayor de los niños.

—No hay para que te enojés, Gabriel; lo único que hemos querido es desengañarte, advertirte que tu padre no es el señor don Santiago.

—¿No? ¿no es mi padre? preguntó Gabriel ardiendo en ira ¿no es mi padre y me quiere tanto? ¿no es mi padre y me ha traído al colegio?

—A pesar de eso.

—A pesar de eso, y apesar de todo, nosotros sabemos muy bien que tu verdadero padre se llamaba... ¿lo digo? ¿lo digo? gritó el niño, poniéndose á respetable distancia de Gabriel, ¿lo digo?

—Sí, sí, que lo diga, que lo diga, gritaron varias voces.

Entonces el gritón exclamó:

—Pues se llama José María Gómez.

—¡Gómez! ¡Gómez! ¡Gómez! gritaron todos los del grupo haciendo mucho ruido, rodeando á Gabriel, y dando vueltas á su derredor para gritarle á mansalva, ¡Gómez! ¡Gómez!

Empezaban á atreverse algunos niños á

tocar á Gabriel, quien sintiendo arder sus sienes, y probando una amargura espantosa, ya casi ciego y frenético al sentir un golpe en la cabeza, se lanzó sobre el mas grande de los niños, asestándole un soberbio golpe en la cara.

Gabriel, según hemos dicho ya, era fuerte, y bastó el golpe aquel para derribar á su adversario, quien al caer recibió un segundo golpe en la cabeza, y quedó casi sin sentido.

Ya el ruido había llamado la atención de los superiores, y aparecieron el director y el vigilante á dar fé del hecho. Algunos de los niños del grupo se dispersaron violentamente, y sólo quedaron algunos socorriendo al que había caído, y Gabriel de pié, pálido y tranquilo.

Arrostró la primera mirada del director, esperando ser interpelado.

—¿Usted ha hecho esto? le preguntó por fin el director.

—Sí señor.

—¿Por qué?

—Insultó á mi padre, me insultó á mí.



—¿Por qué no se quejó usted?

—Porque me cercaron.

—Está bien, dijo el director en tono de amenaza, ya arreglaremos esas cuentas.

Y en seguida mandó conducir á Gabriel al calabozo, y, mientras asistían al niño lastimado, se le mandó recado á don Santiago para que concurriera á tomar conocimiento de lo ocurrido.

Entretanto comenzó á circular por todo el establecimiento la especie de que uno de los niños era hijo de un ladrón, y poco después cada alumno, al salir del colegio, se encargó de llevar á su casa aquella noticia, con la cual se pusieron en alarma varias familias.

Al día siguiente recibió el señor director la visita de algunos padres de familia, entre los cuales uno le habló de esta manera:

—Señor director, he sabido, con profundo disgusto, que en este establecimiento se está educando un joven, que, á ser ciertos los informes que he tomado, su presencia aquí no podrá menos que ceder en contra

del buen nombre de esta institución, que hasta la presente se ha sabido distinguir por la moralidad que en ella reina, y porque aquí, mi señor director, según estoy bien informado, no concurren sinó niños pertenecientes á familias....

—Ah, sí, señor, por de contado; aquí no recibo sino la flor; sí, señor, la flor de la sociedad mexicana.

—¿Y es cierto lo que.....

—Estamos precisamente en esa averiguación.

—¿Y ha podido usted, por supuesto, aclarar.....

—Vea usted señor; el jovencito por su porte, por su exterior, no manifiesta.....

—¿Nada, eh?

—No señor, nada.

—¡Ah, no es fácil.....

—Vaya usted á averiguar.....

—¿Y qué tal se portaba?

—Divinamente.

—¿Es posible? vea usted, parece increíble.

—Era el primer lugar.... digo, después de su hijo de usted.

—Ah.... eso sí, por que mi Enriquito es vivísimo, y tiene una imaginación.... precisamente por eso procuro alejarlo cuanto puedo de las malas compañías.

—Hace usted muy bien.

—Y como en la escuela ¿me comprende usted? es en donde los niños toman las primeras impresiones.

—Cabalmente. Nada mas justo que procurar que la primera sociedad de los niños....

—No los contagie.

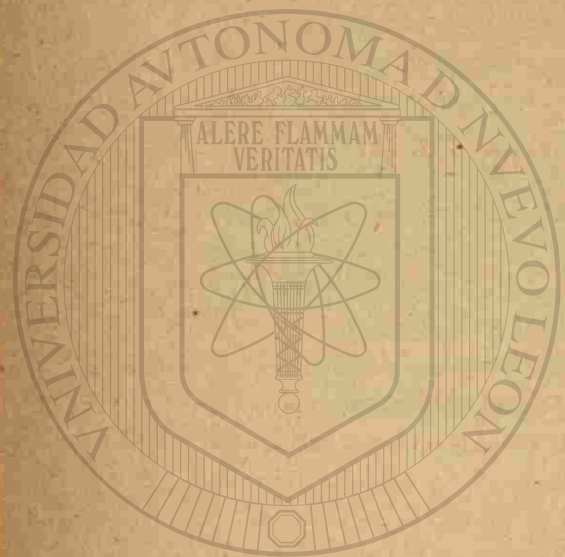
—Ni tengan mal ejemplo.

—Y según tengo noticias, ese joven, sin saber como, vino á dar al colegio, resultamos ahora con que.... de manera que dije— ¡japa! voy á cerciorarme con mis propios ojos; y si no han lanzado inmediatamente á ese miembro podrido, saco á mi Enriquito del establecimiento, y por vía de buen consejo doy parte á algunos de mis amigos; lo cual sentiré en el alma, supuesto que todo

ello puede ceder en perjuicio del señor Director, á quien debidamente estimo.

El señor Director en vista de las buenas razones del padre de familia, manifestó que estaba decidido á hacer un ejemplar en su colegio; de manera que cuando don Santiago concurrió al llamamiento que le habían hecho, fué solamente para recibir á Gabriel, acerca del cual circularon los mas absurdos rumores y las mas torpes calumnias, pues los niños díscolos, al verse apoyados por el Director, abultaron cada uno por su parte é impunemente las especies que corrieron con respeto á aquel desgraciado niño.





## CAPÍTULO XV.

### LOS PRIMEROS NUBLADOS.

**P**OR varios días continuaron las confidencias de Lola, hasta poner al tanto á Zubieta de todos los antecedentes de su familia.

D. Manuel por su parte había introducido en su sistema de vida estas dos novedades.

En primer lugar, no salía ya de noche.

Y en segundo lugar, hablaba menos y observaba más.

Empezaba á fijarse en una porción de co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, N.M.

sas insignificantes: un día le pareció que no había motivo para que Lola tuviese puesto un vestido color de rosa.

—Me parece, le dijo á su mujer inopinadamente, que ese vestido es de cierto lujo, y que sería mejor que lo reservaras para... en fin, para la casa bien podrías llevar otro mas sencillo.

—Me he puesto este vestido hoy porque sé que te gusta.

—Sí, es muy bonito.

—Pero si quieres que lo use sólo para salir, lo guardaré.

El día pasó sin más incidentes.

En la tarde del día siguiente aquel detalle fué el asunto de la conversación entre Lola y Zubieta.

—Eso me parece, cuando menos, una extravagancia, por que yo no veo nada de particular en eso, dijo Zubieta.

—Ya se vé, contestó Lola, y para que vea usted que en efecto eso no pasó de una extravagancia, le diré que yo por supuesto me quité el vestido color de rosa, pero me

puse este azul, que aunque es de menos vista, pero indudablemente es mejor que el otro.

—Y naturalmente que don Manuel quedaría muy satisfecho con el cambio.

—Ya se vé, en la noche me dió las gracias.

—Y, vea usted lo que son las cosas, agregó Zubieta, lo que es á mí, me gusta más el vestido azul que el color de rosa.

—Y á mí también; ya sabe usted que me gusta mucho lo azul, es mi color favorito.

—Y el mío.

—Que lo diga cierta corbata.

—Y este chaleco.

—¿Es azul?

—Azul.

—Verdaderamente, no he visto cosa mas ridícula que un marido celoso.

—Efectivamente: es insoportable.

—La conducta de Manuel, agregó Lola, se va haciendo tan inconveniente, que estoy segura de que va á dar un mal resultado.

—Yo mucho me lo temo.



—Ya usted lo ve, ya no sale de noche.

—¿Y lo hará intencionalmente?

—Sí: ya este punto lo tengo bien averiguado, por que sus compañeros de tresillo han enviado algunos recados, temerosos de que algún negocio grave le haya obligado á abandonar su antigua costumbre.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha mandado decir que tiene una ocupación por las noches; pero yo, que le observo, sé perfectamente que eso de la ocupación es una falsedad.

—Y él ¿no se disculpa? porque en fin, á usted tiene que darle alguna explicación.

—Me ha dicho que ha pensado abandonar el tresillo por que ha perdido mucho el año pasado, y que le parece conveniente hacer economías, por que sus negocios están mal.

—¿Mal? interrumpió Zubieta, haciendo un gesto de extrañeza.

—Yo sé que tampoco eso es exacto.

—Yo mismo he procurado quitarle de la cabeza que tome ese dinero que le ofrecen,

por que á la larga esto es muy oneroso, y sobre todo según el estado de sus negocios, que sé yo perfectamente, no es necesaria esa nueva complicación.

—Ya se ve, por mi parte comprendo que Manuel quiere hacerme creer que sus negocios de comercio son los que lo tienen preocupado, cuando todo ello no es más que celos; celos de que él mismo se avergüenza.

—Todas las injusticias, criatura, todas las injusticias pesan sobre la conciencia, y no pueden consumarse sino por medio de un esfuerzo sobrenatural.

—Eso es lo que yo he creído siempre; y por más que Manuel disimule, yo le conozco que está ocultando un malestar continuo que, como he dicho á usted, me ofende en alto grado.

—Con razón, murmuró Zubieta que no desperdiciaba ocasión de apoyar á Lola en este particular.

Si hemos de juzgar imparcialmente á Zubieta, debemos asegurar que hasta aquel momento, su mas firme resolución consistía

en no enamorar á Lola. Se había tomado la cuestión por el lado de la injusticia y del amor propio.

¿Quién no se cree justo, y quién deja de tener amor propio?

De manera que cuando se trataba de probar que don Manuel era injusto, Lola y Zubieta, identificados en el gran principio de la justicia, eran hasta elocuentes al afeár aquella conducta.

Se sentían fuertes, y lo que es más, unidos, con la convicción de tener la justicia de su parte, ¿qué cosa mas loable ni mas sustancialmente moral que declamar contra la injusticia, que ser apóstol de un principio tan santo y tan incontrovertible como la justicia?

Por otra parte, reprobando la ingratitude es un acto digno, es una prueba de buen sentido y hasta de buen corazón.

De manera que, cuando Lola y Zubieta se unían para reprobando la ingratitude de don Manuel, se sentían fuertes con la conciencia de su causa y en su perfecto derecho

para hablar á nombre de esa virtud tan apreciable: la gratitud.

Cuando Lola y Zubieta se ocupaban de la cuestión de celos en general, tambien estaban en su perfecto derecho para moralizar sobre este punto: ¿qué pasión mas ruin, mas terrible, mas funesta que los celos?

Zubieta empleaba toda su elocuencia, para retratar con los mas vivos colores al hombre celoso, no olvidándose de recargar ciertos toques, como por ejemplo aquéllos en que se pudiera establecer una comparación exacta con don Manuel.

Y de una en otra comparación, resultaba necesariamente esta consecuencia: don Manuel se estaba haciendo odioso por medio de sus celos; bien es que la pintura que de don Manuel resultaba en cada conferencia iba recargada de colorido, y precisamente en el fondo de esta exageración era en donde estaban la gravedad y el peligro, supuesto que tanto Zubieta como Lola revelaban cierto deseo, mal oculto, de encontrar reprochable la conducta de don Manuel.



Por lo general, en cada una de estas sesiones íntimas se cambiaban mútuas protestas de virtud, que no había más que pedir y no era extraño oír exclamar á Zubieta en lo mas acalorado del discurso:

—Todo esto, criatura, no quiere decir que la indisponga á usted con su marido, ni que procure llevarla por mal camino, no, Dios me libre; en todo caso yo no soy más que el amigo de confianza, que tiene, eso sí, el mas vivo interés por todo lo que á usted le incumbe.

—Por de contado, contestaba Lola; y yo por mi parte, si me quejo con usted, es porque veo el interés que usted toma por mis asuntos, y sobre todo porque conozco la lealtad de usted y su caballerosidad excesiva, pues de otro modo yo me cuidaría muy bien de tener con usted ciertas confidencias.

—Naturalmente, agregaba Zubieta, la sinceridad de nuestras intenciones se conoce á legua, y como sé que Vd. me aprecia....

—Ya se vé que sí, repetía Lola con cier-

ta ingenuidad, si no lo apreciara á usted no le daría ciertas pruebas de confianza.

—Pruebas, que, á mi vez, sé agradecer debidamente.

Todavía después de estas protestas, Zubieta más de una vez se propuso ser un modelo de hombría de bien, no atentando un solo momento contra el honor de don Manuel; y Lola por su parte también cerraba el hilo de su discurso generalmente con este monólogo, después de haber contemplado con cierta reservá á su marido.

—¡Anda! decía para sí, por más que me hagas, no he de ser yo como las demás mujeres, no he de dar que decir, he de tener el gusto de avergonzarte, poniendo de manifiesto tu injusticia y mi prudencia, tu mal corazón y mi bondad.

—¡Anda Melito! yo te enseñaré á encelarte de tu mujercita, tan buena, que ni con un cirio pascual vuelves á encontrarla, ¡anda ingrátote! yo te haré ver que yo soy una mujer digna, que sabe cuidar mejor que tú tu nombre de marido.

Como el silencio, que por lo general reinaba en la mayor parte del tiempo en que Lola y su marido estaban juntos, era la significación de que cada consorte, aunque en paz ostensible, tenía la música por dentro, don Manuel solía decir para sí.

—¡Anda taimadita! sabe Dios cuántas horas te habrás estado mano á mano con ese pulcro de Zubieta; ya me habrán comido vivo entre los dos. ¿Y para esto se casa uno, señor, para tener después una especie de fiera á quien auxiliar? porque es una fiera á quien uno ha entregado voluntariamente algo más que su bolsillo: su honra.

Por de contado, que este silencio, á medida que más se prolongaba, se hacía mas embarazoso, al grado que don Manuel, no pudiendo tolerar cierta noche, lluviosa por más señas, reventó de esta manera.

—¿Por qué estás tan callada?

—Como tú tampoco hablas.....

—Es que yo he hablado ya.

—Yo también.

Este fué sólo el primer trueno: reinó por

segunda vez el silencio, y al cabo de un rato preguntó don Manuel.

—¿Vino Zubieta?

—Sí: contestó impasible Lola.

—¿A qué horas?

—A las cuatro.

—¿Y se fué?

—A las cinco.

Se había ido á las seis y media.

—¿Una hora?

—Una hora.

—¿Y de qué hablaron?

—Del tiempo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Nada más del tiempo?

—Y de otras simplezas

—¿Sí, eh?

—Sí, del teatro, de las castañas, de las criadas.

—¿Nada más?

—¿Cómo quieres que me acuerde de todo lo que hablamos?

—Podían haber hablado de algo importante.



—Pues crearás que nó?

—Yo.... yo sí creo en eso, dijo don Manuel recalcando las palabras, pero....

—¿Pero? pero qué?

—Qué quieres, la sociedad tiene sus exigencias y sus caprichos.

Después de una pausa, Lola dejó escapar este monosílabo, quitándole todo el carácter de afirmación.

—Si.

—Porque.... vamos á ver, dijo don Manuel, con ese ademán tan peculiar del que aborda una cuestión embarazosa. Yo.... yo no soy exigente, ya me conoces, jamás te molesto, ni me meto á averiguar lo que haces.

Lola estaba viendo venir el chubasco y se esforzaba para manifestar extrañeza, frunciendo las cejas y estudiando de antemano una exclamación que diera á entender que se iba de espaldas como ante una acusación injusta.

D. Manuel continuó:

—Por mi parte comprendo cuán ridículo

es un hombre exigente, y aunque no soy liberal de esos inmorales, odio la tiranía, eso sí, porque á mí no me des tiranos; pero.... como había dicho al principio, la sociedad tiene sus exigencias.

Esperó en vano don Manuel á que Lola hiciera alguna pregunta.

Lola permaneció callada.

D. Manuel continuó:

—Siempre he creído que esto de la felicidad conyugal es una cosa muy árdua, es un verdadero albur, y muchas veces una falta de previsión, una ligereza ó cualquier circunstancia, insignificante al parecer, determina.... determina qué sé yo cuantas cosas ¿y todo porqué? por no reflexionar á tiempo, por no hablar, por no entenderse, como es muy natural, entre marido y mujer.

—Volvió á callarse don Manuel, pareciéndole que ya había dicho lo suficiente para hacerse entender de Lola, pero ésta permanecía callada.

—¿No me contestas? preguntó D. Manuel.

—Qué he de contestarte, cuando no sé

á dónde van á parar todas esas reflexiones, que por otra parte me parecen perfectamente sabias.

—¿Te burlas?

—No.

—¿Entonces?

—Es que, como nunca te había visto así, hecho un predicador.

—No es un sermón lo que he dicho, es simplemente una opinión.

—¿A propósito de qué? preguntó Lola con cierta impaciencia.

—A propósito de tí.

—¿De mí?

—Sí.

—Acaso creerás que he dado lugar á que me hagas esas reflexiones?

—Sí.

—¡Ola! ¡ola! ¿con que celitos tenemos? ya me lo había yo sospechado: le faltaba á usted esa gracia que tanto me divierte. No, y en cuanto á eso, le advierto á usted señor don Manuel, que no tolero celitos, que yo sé lo que esa funesta pasión tiene de trans-

cidental y de terrible, y estoy decidida á que entre nosotros no haya de eso, ¿lo entiende usted señor marido? Vamos á ver esos celos, vamos á ver ese parto de los montes; sólo que le advierto á usted, amiguito, que tenga mucho cuidado y que al acusarme, si es que á tanto se atreve, medite mucho sus palabras, y sobre todo me dé la prueba al canto; porque ya le he dicho á usted, que no tolero celos necios y por que en esta materia estoy resuelta á todo, menos á tener la vida de la pobre de mamá, ¡alma mía de ella! que sufrió tanto, sin mas que ese motivo. Conque vaya usted diciendo, y tenga presente una vez por todas, que ésta será la primera y la última conferencia que tengamos sobre el particular.

—¡Ola! ¡ola! te veo muy resuelta y como desafiándome á que...

—Sí, tienes razón, desafiándote á que estén fundados en razón los motivos que te hayan impulsado á hablarme por la primera vez de una materia que, como sabes bien, me fastidia soberanamente. Sí, te desafío á



que sea fundado tu temor ó lo que sea: yo te he visto serio estos días, y me ha pasado por las mientes atribuirlo á celos necios: y verdaderamente deseaba el momento de venir á una explicación, porque ya sabes que soy enemiga de malos modos, con que desembucha cuanto antes, porque tengo mucha curiosidad de ver la pata de gallo con que vas á salir.

—¿Pata de gallo? preguntó don Manuel, no tan pata de gallo como te figuras.

—¡Ah... que es una cosa grave, es una acusación en forma, es... ¿qué cosa es? si tiene usted la bondad de decirme, exclamó Lola apretando los dientes.

—No te violentes; ante todas cosas, para tratar de ciertos asuntos, se necesita calma y serenidad, y las violencias nunca conducen á la razón.

—¿Calma, quieres que tenga calma, cuando la tuya y tu parsimonia es precisamente la que me violenta?

—Pues bien, con calma, ó sin ella, escucha.

—Eso es, al grano, al grano, y dejémosnos de preámbulos, le escucho á usted.

Lola se dejó caer en el respaldo del sillón en que estaba sentada y.... no nos atrevemos á pensar que esto fuera intencionalmente, pero sucedió una cosa. Lola usaba crinolina un poco ancha, como se usaban antes: los brazos del sillón eran dos brazos casi humanos que estrechaban los repetidos círculos de acero del armazón, obligándolos á formar la elipse, el asiento del sillón era el polo opuesto de esa elipse y la curva saliente ofrecía seguro y alto apoyo á la falda, que no por exuberante bajaba hasta tocar la alfombra.

Este conjunto de circunstancias determinó un cuadro de bajo relieve entre el suelo y la orla del vestido.

Lola era el aseo personificado.

Había más, se calzaba divinamente.

Todavía más, tenía muy lindos piés.

Don Manuel estaba frente á Lola en el otro sillón.

Los piés de Lola aparecían destacándose

en una semioscuridad, compuesta de encajes, tejidos y pliegues como si un pintor oculto hubiese dispuesto aquel espectáculo para dar una sorpresa artística.

Todo ello no había sido más que el resultado de un movimiento casual.

Pero á pesar de esto, esa casualidad fué á influir directamente en el hilo del discurso de don Manuel.

Á su pesar vió.

Á su pesar se distrajo.

Á su pesar se mortificó de distraerse.

Á su pesar cuando habló, su voz era mas dulce, y comenzó de esta manera.

—Mira, Lolita, me vas á prometer no violentarte, escúchame.

—Escucho, repitió Lola con afectada gravedad.

—No te negaré que he tenido algunos días cierto malestar que no me ha sido posible disimular.

—Ya lo he visto.

—Pues todo ello no es más que ciertas hablillas que han llegado á mis oídos.

—¿Habilllas? y por hablillas....

—Permíteme todavía un momento de atención.

—Te lo permito.

—Pues.... alguna persona se ha permitido censurar la frecuencia de las visitas de Zubieta.

—¿Sí?

—Nada menos que eso.

—¿Y eso es todo?

—Ya podrás suponerte que la interpretación que se da á las visitas de Zubieta, no es nada favorable.

—Ya lo supongo.

—¿No es verdad?

—Y porque esa interpretación es desfavorable, tú te formalizas conmigo, lo cual equivale á suponer que yo traigo á Zubieta, ¿no es cierto?

—No, yo no supongo eso, ya te he dicho que tengo en tí una confianza sin límites.

—Ya se conoce, cuando apenas hablamos y pones una cara que parece que te has arruinado. ®



—Bien, pero convendrás en que esto es muy desagradable.

—No, no convengo en ello, porque antes que todo, es muy sencillo el remedio.

—¿Cuál es?

—Que llames á Zubieta y se lo digas.

—Yo decirle á Zubieta? ¡qué barbaridad!

—¿No?

—No.

—Entonces confórmate con las hablillas, y ponte risueño y amable conmigo.

Don Manuel se tardó algo en contestar.

—No, ni uno ni otro.

—Ah! entonces pretenderás que yo se lo diga.

—Por qué no?

—Por qué no? por esto: porque Zubieta me tendría por una mujer vanidosa, que cuando menos, ponía la ocasión para que la galantease, ó para que me despreciara, y yo no estoy dispuesta á soportar ni lo uno ni lo otro. Zubieta no es amistad mía sino tuya, tú lo trajiste, tú me lo recomendaste, tú eres el primero en preguntarle

con interés sincero, por qué deja de venir cuando tal hace, y no hace mucho me has obligado á mandarlo llamar á tu nombre para no sé qué asuntos que tenías con él; y ya que se trata de Zubieta, te diré que has sido un imprudente en hacerle conocer tu malestar de estos días; porque con eso no has hecho más que ponerte en ridículo; ya sabes que Zubieta es hombre muy perspicaz, y de seguro ha comprendido tu mudanza sin que él por su parte haya dado el menor motivo para ello.

Ahora bien, sino son las hablillas, sinó tú, de quién se trata, si ha llegado la vez en que te fastidies de Zubieta y te disgustan sus visitas, llévatelo en buena hora, que bien poca falta me hace; pero á mi vez debo advertirte, que ofendida como lo estoy por tu sospecha injusta, te satisfago porque es un deber mío de esposa hacerlo así; pero que ni toleraré más celos necios, y ¡cuidadito con picarme la cresta, señor marido! pues si usted no sabe conducirse para conciliar la paz doméstica, yo tampoco tengo

vocación de santa para sufrir con paciencia impertinencias á que no doy lugar: en resumen, no quiero volver á hablar de Zubieta; si te disgusta que venga, despídelo, y si, como lo creo yo, crees tú que esto sería ridículo por tu parte, cállate y estudia tu conducta para no volverme á ofender gratuitamente: He dicho.

Y diciendo esto, Lola se paró de un salto, abrió la vidriera y, alegre como una colegiala, atravesó todas las piezas de la casa cantando una danza habanera.



## CAPÍTULO XVI.

### ENTRE MARIDO Y MUJER.

**N**O volvieron Lola y su marido á ocuparse por entonces de la cuestión de los celos; pero tampoco quedó nada resuelto.

Zubieta siguió siendo un reloj en materia de exactitud, y don Manuel por su parte, estaba cada día mas intranquilo.

Al fin, y como era de esperarse, emprendió el matrimonio la segunda conferencia con respecto á los celos.



vocación de santa para sufrir con paciencia impertinencias á que no doy lugar: en resumen, no quiero volver á hablar de Zubieta; si te disgusta que venga, despídelo, y si, como lo creo yo, crees tú que esto sería ridículo por tu parte, cállate y estudia tu conducta para no volverme á ofender gratuitamente: He dicho.

Y diciendo esto, Lola se paró de un salto, abrió la vidriera y, alegre como una colegiala, atravesó todas las piezas de la casa cantando una danza habanera.



## CAPÍTULO XVI.

### ENTRE MARIDO Y MUJER.

**N**O volvieron Lola y su marido á ocuparse por entonces de la cuestión de los celos; pero tampoco quedó nada resuelto.

Zubieta siguió siendo un reloj en materia de exactitud, y don Manuel por su parte, estaba cada día mas intranquilo.

Al fin, y como era de esperarse, emprendió el matrimonio la segunda conferencia con respecto á los celos.

Esta segunda conferencia, también como era de esperarse, fué mas interesante.

—Volvemos á tocar la cuestión, decía Lola, bajo el mismo tema, y á este paso, no avanzaremos nunca; entendámonos.

—Entendámonos, repitió don Manuel.

—¿Estás celoso?

—Sí.

—Explicame tus celos, ó mejor dicho, precisa los términos de tu ofensa ¿soy infiel?

—No, yo no digo precisamente que tú....

—¿No?

—Estoy bien seguro de tí, pero te repito que las gentes hablan, y que es muy triste estar dando pábulo á hablillas de ese género, cuando....

—En todo caso, exclamó Lola, debes ser mas leal para juzgarme y mas franco para confesar tus debilidades.

—Ten presente que yo te hablo con la frente levantada, porque en lo mas íntimo de mi conciencia existe la convicción de que soy digna de mí misma, y por eso ten-

go el derecho inalienable de defenderme y de hablar alto; la altivez con que creo de mi deber hablarte no es la desvergüenza, sinó la dignidad la que me la inspira, no soy culpable ni con el pensamiento, ni en sueños, ni loca; comprendo todo lo que vale para mí el aprecio de mí misma, y esta garantía es mas sagrada que todos los juramentos que pudiera hacerte; al paso que tu conducta meticulosa y cobarde está revelando al hombre que obra sin la conciencia de los hechos, y hasta sin las presunciones mas remotas.

Avergüenzate de arrastrarte como un reptil para espiarme, levántate en hombros de tu propio valer, é interrógame frente á frente porque no te temo, como no temo á la luz ni á la verdad.

Un exceso de mi cariño hacia tí, la consideración de que lo que te ha asaltado es una verdadera enfermedad del espíritu, me han obligado á perdonarte cien veces tus desconfianzas, que envuelven para mí una tan formidable ofensa; y tú, ciego y torpe



no comprendes que tu conducta no hace más que minar el pedestal de nuestra tranquilidad doméstica, y esparcir nubes negras en el blanco y puro hogar, que no ha profanado todavía ni un pensamiento, ni un sueño; y todo el caudal de amor y de ternura que en tí, el único hombre á quien he amado, deposito constantemente, lo aceptas para mezclarle el negro veneno de tus celos.

Tú, y sólo tú, serás el responsable del contagio que mi amor resienta, cuando en vez de premiarle lo insultas, cuando en vez de aceptarlo lo rehusas.

No se me oculta que me celas, que me cuidas, que me vigilas como á una mujer criminal, y cada una de tus tenebrosas pesquisas, cada una de tus ridículas asechanzas, es un dardo que hiere mi corazón, que me lastima horriblemente, é insistes, y esa idea de loco que se ha apoderado de tu cerebro va á acabar por matarte y por matarme á mí, porque en fuerza de herir mi amor acabará por languidecer, y en fuerza de ha-

certe indigno de él constantemente, acabará por marchitarse como una planta sin jugos.

Por otra parte, sabes la gravedad del mal en qué consiste, en que no es Zubieta el móvil de tus celos; Zubieta no es más que la encarnación, porque los celos son una enfermedad que necesita encarnarse y se apodera de la primera sombra.

El mal no es que Zubieta esté de por medio, sino que en tu alma haya podido penetrar por primera vez esa fatal ponzoña; el mal está en que tú fé vacila, en que te desconozcas á tí mismo. ¡Ay exclamó Lola en medio del fervor de aquella violenta inspiración, creí que nunca me pasaría esto!

Y aunque Lola sintió que rodaba por su mejilla una lágrima, no se movió, porque no quiso hacer alarde de su llanto: no lo necesitaba.

Don Manuel estaba perplejo; jamás había oído hablar á Lola de aquel modo; le había parecido otra mujer, una mujer superior á la que él había conocido.

—Pero eres tú, exclamó al cabo de un rato, eres tú la que me has hablado?

Aquella pregunta hirió doblemente el amor propio de Lola.

—¿Te sorprende mi lenguaje?

Sí, verdaderamente.

—Ya te comprendo; debía haber sido la de siempre para tí, hasta en mi lenguaje; pero si vieras cuán elocuentes son la verdad y la justicia.

—Has estado inspirada.

—Sí, tienes razón, y tú has estado torpe: es la causa de cada uno; yo hablo á nombre de la verdad y del amor, y tú á nombre de la calumnia y de los celos.

—Es que yo tampoco te he dicho todo lo que los celos son capaces de inspirarme.

—¿Vas á decírmelo? le preguntó Lola con tanta altivez, que don Manuel bajó los ojos y dijo:

—Pero no para acusarte sinó para quejarme contigo: ¿puedo hacerlo?

—¿Quejarte conmigo? sí: ¿no soy tu compañera?

—¡Qué buena eres!

Y don Manuel acercó una silla lo más que pudo á la de Lola, y luego con el acento mas dulce, dijo:

—He sufrido mucho, Lola ¿y me negarás que mi sufrimiento depende de que te amo mucho?

—Sí, te lo niego, porque tu sufrimiento nace de que no sabes amarme, no sabes procurar que te ame.

—¿No he sabido amarte?

—No.

—¡Y hasta ahora me lo dices!

—Sí, porque en vano hubiera yo pretendido enseñarte.

—¿Soy torpe para aprender?

—No, pero siempre has creído que sabías lo bastante y hubieras despreciado mis consejos.

—Lola, ¿qué estás diciendo?

—Verdades, hoy no digo más que verdades.

—¿Eso es verdad?

—Sí, escucha. Por el género de educación



que has recibido, por las costumbres de tu familia y aún por el género de vida á que te has consagrado, has logrado simplificar la ciencia de la vida, que es la mas difícil, á la práctica de todas las rutinas, al método de todas las acciones, y al mas vulgar materialismo, en fin, sin ocuparte de la parte filosófica del matrimonio, que es el estudio mas importante, al menos para el hombre que pretenda buscar la felicidad en uno de sus veneros mas seguros.

—Quiere decir....

—No he concluído, escúchame.

—Nos conocimos, y cuando me enamoraste.... recuerdas cuál fué mi primera pretensión?

—No.

—Pues fué ésta: que procurásemos conocernos.

—Es cierto.

—Insististe, y á los dos meses de conocernos nos casamos.

—Es cierto.

—Yo por mi parte procuré estudiar tus

gustos, sondear tu inteligencia y estrecharte á mí con los lazos morales del cariño y con algo más, con los lazos que proporciona el estudio moral en todo lo que pertenece al conocimiento del individuo. ¿Recuerdas cuáles fueron tus primeros desaires, apenas te familiarizaste con tu nuevo estado?

—No lo recuerdo.

—Yo no lo he olvidado. Me llamastes pedante, te burlastes de mis observaciones, me dijiste que me había llenado la cabeza de libros inútiles, y hasta me prohibistes la lectura.

—Es cierto.

—Esto que para tí no tenía ninguna significación, fué para mí un verdadero desengaño; comprendí que mi misión se reducía á identificarme contigo, haciéndote agradable la vida; amoldándome á tus gustos, á tus deseos, á tus costumbres, y así lo he hecho sin faltar un solo día.

Y cuando mi imaginación me hacía delirar con la unión moral de dos almas que se

aman y se comprenden, me veía obligada á sofocar los arranques de mi fantasía, plegando las alas para permanecer á tu lado, y considerando como una profanación dar rienda suelta á mi idealidad y á mis ilusiones de loca.

Tú creíste por tu parte que ya no era necesario hablar de amor, sino consagrarse á la vida práctica, acomodada á un método invariable y constante; enhorabuena, estoy y he estado conforme; no he vuelto á exigir nada de tí, he cumplido y seguiré cumpliendo; pero cuando ya no sólo no te has dignado moverte de tu frío pedestal para seguirme en mis delirios de amante, en mis sueños de joven y en mis ilusiones de esposa, cuando ya no sólo desconoces mi abnegación, sino que en vez de concederme virtud me atribuyes depravación: á mi vez me creo en mi legítimo derecho para rechazar con indignación tan torpes juicios, previniéndote que una vez conociéndonos, represente cada uno el papel que le ha tocado; y si no el amor de los amantes, el deber de

padres nos imponga la pena de tolerarnos, en obvio de escenas de celos que nos conducirán á un abismo de desgracias.

En resumen, señor marido, ¿ó usted ó yo le decimos á Zubieta que no vuelva?

—No, ninguno de los dos.

—Seré yo, dijo Lola con firmeza.

—Te lo prohibo.

—No tienes derecho de prohibirme defender mi honor, que es el tuyo.

—Me pondrás en ridículo.

—Luego confiesas que son ridículos tus celos.

—Sí; pero qué quieres, no lo puedo remediar, solo la idea de...

—Te ruego no me los describas, ya sabes que le tengo horror á esa enfermedad, á la que estoy resuelta á poner término.

—¿Cómo?

—Quitando el pretesto, satisfaciéndote absolutamente.

—Me lo dices de una manera tan altiva, objetó don Manuel al ver la actitud severa de Lola.



—Exíjeme todo, menos humillarme cuando no he delinquido; estoy obligada á probarlo, pero nada más.

¿Y no veré de tu parte ninguna demostración cariñosa?

—¿En cambio de qué?

—De mi enmienda, de mi arrepentimiento, de la confesión sincera que te hago de que he sido un estúpido al creerte capaz de ofenderme; en cambio del perdón que te pido de rodillas.

Y al decir esto, don Manuel, verdaderamente conmovido, cayó de rodillas frente á Lola.

Pero ésta no se dejó llevar del primer impulso, y no levantó á don Manuel.

—¿Debo creer en la sinceridad de ese arrepentimiento?

—Es de todo corazón, se acabaron los celos.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Voy á ponerte una condición para perderte.

—La acepto, sea cual fuere.

—Es ésta: si te vuelvo á ver celoso, despedido á Zubieta.

—Diciéndole....

—Que....

—¿El motivo?

—No habrá necesidad de eso, porque él debe haberlo comprendido.

—¿Es posible?

—Sí, es posible.

—¿Pero en qué puede...?

—Has estado serio.

—Sí, pero se figurará que ha sido por otra cosa.

—Zubieta, como hombre de mundo, conoce á los celos.

—¿Qué dirá de mí?

—Ese es tu castigo.

—¿Pero estás segura?

—Debo ser leal hasta el fin y te diré: Zubieta conoció tus celos, me lo dijo y pretendió retirarse.

—¿Y tú lo detuviste?

—Sí, y le probé que se equivocaba.

—¿Y lo creyó?

—No lo sé, pero no insistió; y ya lo ves, sigue viniendo: ¿conque estamos convenidos?

—Sí.

—Si te encelas, despido á Zubieta.

—Sí, pero todo ha concluído.

Y diciendo esto Lola, levantó de las manos á su marido, quien en aquel momento sintió como si lo arrebatara un ángel hasta el quinto cielo.

—¿Todo?

—Todo, ¿no lo crees?

Lola se quedó pensativa por un momento mientras su marido la contemplaba anhelante, esperando su sentencia.

—¿Vacilas? preguntó al fin don Manuel.

—¡Ay! los celos, los celos....

—¿Qué?

—Son personas de quien no es bueno fiarse.

—Te lo prometo.

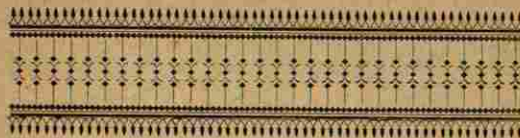
—¿Y la condición?

—Aceptada.

—Levántese usted entonces señor marido y tenga bien entendido, que si otra vez vuelve usted á incomodarme con sus celos necios, me veré en la necesidad de ponerlo de patitas....







## CAPÍTULO XVII.

### SOLARES Y LOS SUYOS.

**C**REEMOS haber dicho lo bastante hasta el anterior capítulo, para que nuestros lectores estén al tanto de la situación que guardaban los personajes de esta historia, hasta el momento en que Gabriel había sido despedido del colegio.

Don Santiago recibió esta pesadumbre en los momentos en que Solares, que se había convertido en su sombra, lo asediaba incesantemente proponiéndole cien negocios á un tiempo. ®

Solares no cesaba de exclamar para sí— ya tengo á mi hombre, es preciso que don Santiago acepte, por lo menos, uno de tantos negocios como le propongo, y cualquiera que sea, me va á dejar una regular utilidad.

Aplazado definitivamente don Santiago para resolver en cierto día acerca de dos de los negocios propuestos por Solares, que estaba ya seguro de haber atrapado una *bolichada* extraordinaria, llegó una tarde á su casa á eso de las dos, poniendo la cara mas alegre del mundo.

Iban en su compañía un compadre suyo, mas pobre que Solares, y otro pariente de su mujer, que también ocupaba uno de los primeros lugares entre los desheredados de la suerte.

Isabel, la mujer de Solares, se sorprendió al verlo llegar alegre y, sobre todo, acompañado; pero al ver que su marido venía cargando una botella envuelta en papel, comprendió de un golpe, que iba á soplar brisa fresca en aquella casa, por tanto tiem-

po teatro de la miseria y las necesidades.

—¡Isabel! gritó Solares desde la escalera de su casa.

Isabel se apresuró á recibir á su marido; y los siete hijos de Solares formaron un grupo de lo mas pintoresco á la entrada del corredor.

—¡Papá! ¡papá! se oyó exclamar en todas las notas de la escala, que son siete precisamente.

Solares tuvo un momento de verdadera satisfacción, y las once bocas de los que formaban aquel grupo, dejaron asomar los dientes simultáneamente, como si hubiera sonado esta voz militar: presenten.

Once sonrisas, serían asuntos de los mas difíciles para un pintor.

Este pintor pondría á Solares en el centro del grupo, levantando su botella empapelada para librarla de las caricias filiales.

Isabel estaba leyendo en la fisonomía de su marido, queriendo adivinar qué lotería sería aquélla.

El compadre y el amigo pobre, con el



sombrero en la mano y con la sonrisa del convaleciente en los labios.

El pobre y el enfermo tienen una sonrisa particular que se engendra al olor de la sopa de pan.

Los siete hijos de Solares que hacían la figura de los tubos de un órgano, se sonreían todos, y de entre ellos algunos gritaban como cabras.

Por lo pronto no se oyeron más que estos nombres.

—¡Solares!

—¡Isabel!

—¡Comadre!

—¡Cisneros!

—¡Papá!

—¡Hijitos!

Pero restablecido el orden fué otra cosa.

Solares metió mano al bolsillo y dió dinero á su mujer, indicándole con un movimiento de ojos, que el compadre y Cisneros comían.

Isabel que precisamente estaba haciendo la sopa de pan y que había recibido á su

marido sin soltar el ayentador, corrió á la cocina.

Solares mandó despejar la sala, encargando al mas grande de sus hijos que se llevara á los demas, sólo que esta orden fué formulada de esta manera.

—¡Roberto! llévate á la tropa.

—¿Qué traes papá? preguntó el mas gloton de los muchachos, viendo la botella.

—Medicina, contestó Solares.

—Sí, medicina, refunfuñó el muchacho.

—Despejen, despejen muchachitos, dijo Solares.

Y en seguida desfiló la familia menuda. Demos una ojeada á la casa de Solares.

La sala en que estaban en aquel momento, era una pieza cuadrilonga de seis varas en su mayor dimensión: había allí un sofá forrado de hule, dos rinconeras con nichos, una gran cónoda de caoba antigua, un sillón de convento, forrado de baqueta y claveteado con clavillos de latón.

Había algunas sillas pintadas de negro, y

ostentando duraznitos dorados en el respaldo.

En las paredes había una virgen de Guadalupe, un retrato de Iturbide, un retrato al oleo de Solares joven, al otro extremo el de Isabelita antes del primer parto, de manera que al ver los retratos no había una sola de las visitas que no hiciera esta pregunta á Solares:

—¿Éste es usted, y aquélla Isabelita?

—No señor, contestaba Solares, ésta es Isabelita y aquél soy yo.

Tan rozagante así estaba Solares en el retrato, y tan lampiño, que solan confundirlo con su mujer, que se le parecía algo, y sobre todo tenía muy pronunciado aquel retrato la sombra de la nariz al grado de que á lo lejos podía tomarse por una indicación de bigote.

Cuando las visitas se acercaban á ver los retratos, había por lo general, el siguiente diálogo, que los mismos reratos habían aprendido ya de memoria:

—¡Hombre! exclamaba el observador,

pues me había confundido efectivamente, vea usted qué cosa, esa sombra de la nariz me pareció el bigote.

—No, no señor, es la sombra; como le viene la luz de arriba....

—Efectivamente.

—Y como Isabel se parece algo á mí....

—Sí, vea usted, es cierto, en la frente....

—Y como además Isabel tenía dos hoyitos á los lados de la boca..... ahí están un poquito exagerados.

—Es cierto, pues todo eso me pareció de lejos el bigote.

—No, señor, yo no tenía pelo de barba cuando me retraté.

—Ya, ya lo estoy viendo y no era usted mal mozo.

—¡Oh! señor.....

—Pues está usted bien acabado.

—Qué quiere usted, las pesadumbres, las pesadumbres.

Este diálogo que no era, como se vé, el panejórico del pintor, acababa siempre con esta frase por parte del atento espectador:



—Buen pincel.

Cisneros y el compadre habían tenido el gusto muchas veces de contemplar aquellos retratos, y por eso sólo se contentaron en esta vez con darles un vistazo.

Isabel que era una persona que por lo común entendía á Solares con solo que éste moviera los ojos, envió á la sala á una criada con el servicio del catalán, que consistía en un plato de cristal partido por la mitad y pegado con mastic.

Este plato que servía en las ocasiones solemnes, contenía un vasito de vidrio verde, una copa y un pozuelito de porcelana.

Solares destapó el catalán con un tirabuzón de bolsa y llenó los tres trastecitos: dió el verde al compadre, la copa á Cisneros y él tomó el pozuelo.

El compadre bajó una después de otra las puntas de su capa color de plomo que tenía cruzadas sobre las piernas, se paró y dijo:

—¡Vaya compadre! pues por el feliz éxito de los negocios de don Santiago.

—Por eso mismo, dijo Cisneros.

—Chocaron los utensilios y los tres amigos bebieron y después fumaron.

El compadre de Solares era un señor que no tenía destino hacía mucho tiempo, vivía de lo que podía, y arrastraba una existencia difícil y triste, pero con una resignación estóica; era lo que se llama un hombre desgraciado.

Se llamaba Tostado.

Por aquí empezaban sus desgracias, y aparte de que este apellido no despierta por su significación ideas muy risueñas, ya entre muchas personas era familiar esta frase.

—Es mas pobre que Tostado.

A Tostado, según él mismo decía, lo que le había faltado era protección, que por lo demás no sabía hacer nada.

Llevaba Tostado veintitantos años de no estrenar las piezas de su vestuario: empezaban en él su segunda vida hasta su transformación definitiva.

Durante este largo período de miseria, Tostado había acostumbrado á su estómago

á una inacción de ventiuna horas por cada veinticuatro.

Había logrado simplificar la grave cuestión de la alimentación á lo estrictamente necesario para no fallecer, y por beneficio de Dios, nunca le había faltado ese último recurso periódico.

La más lijera inovación en este método alimenticio, era una verdadera fiesta para Tostado.

El día en que lo conocemos en la casa de su compadre Solares, Tostado dejó traslucir su satisfacción por medio de una sonrisa patriarcal.

Ya hemos dicho que la casa olía á sopa de pan, circunstancia que se manifestaba palpable en las ventanas de la nariz de Tostado, que se dilataban con cierta voracidad preliminar.

El catalancito acabó de imprimir en la fisonomía de Tostado un gesto de bienestar y de satisfacción que no desdeñaría Mr. Gibbs en un banquete privado.

En cuanto á Cisneros, hay algo más que

decir que de Tostado: sus vestidos eran menos grasientos, y mas sagaz y avisado, contaba en su vida otro género de peripecias.

Entendido en tramitología judicial, solía aumentar sus ingresos con propinas ganadas como testigo de asistencia, como ministro ejecutor y como procurador.

Tenía, como muchos pobres, el instinto de un ódio inveterado á todos los ricos, y se creía indemnizado de la amargura de sus miserias el día que embargaba á un rico ó que veía padecer á una persona de mejor posición que él.

Cisneros hacía vano alarde de una virtud negativa, que consistía en que algunas trampas que había hecho habían pasado desapercibidas, y las que tenía intenciones de seguir haciendo, no las había combinado por falta de oportunidad; de manera que Cisneros era honrado para todos, menos para sí mismo, pero había adquirido un hábito tal de decirse honrado en presencia de los demás que había acabado por creerlo él mismo. ®



Tales eran los amigos de Solares.

—¿Y cree usted, le dijo Tostado á su padre, que ese señor don Santiago se decida por fin á hacer el negocio?

--Voy á decirles á ustedes: yo tengo plena seguridad de que don Santiago me va á servir de mucho, desde que tengo este dato, que me consta: tiene muy buen corazón.

—¡Es posible!

—¡Excelente! van ustedes á juzgar por el hecho siguiente:

Se presentó á don Santiago un sugeto.

—Señor, le dijo, sé que es usted un hombre de muy buenos sentimientos, sé que tiene usted un bello corazón, y con estos datos, no he vacilado un momento en dirigirme á usted, para ponerlo al tanto de una desgracia.—¿Qué desgracia? le preguntó don Santiago.—Figúrese usted señor, que mi suerte me ha negado los recursos, hasta el grado de verme á un pan pedir; soy de tierra extraña, hace ya ocho meses que estoy aquí sin conseguir recurso de ninguna

clase, el Gobierno con la mayor injusticia del mundo me quitó mi destino, reduciéndome á la miseria de la noche á la mañana, y hoy me encuentro en una situación bien crítica, yo soy un hombre decente, aunque me tome la mano en decirlo, y tengo vergüenza, pero hoy me he decidido á salir á buscar quien me socorra, por que mi mujer está de parto, y mis hijos tienen hambre.

—Ya sé quién es, dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—Es claro, dijo Solares ¿quién no conoce á Estéban?

—Y por supuesto, agregó Tostado, sacaría de la bolsa la consabida receta del médico.

—Cabal, así fué, continuó Solares, y siguió haciéndole al pobre de don Santiago una llorona tan bien combinada que.....

—Que don Santiago acabó por darle, interrumpió Cisneros.

—Ya se vé, don Santiago le dió diez pesos. ®

—¡Diez pesos! exclamaron á un tiempo los amigos de Solares.

—Diez pesos, repitió éste, sobre que estoy verdaderamente escandalizado del hecho; figúrense ustedes á Estéban dueño de diez pesos.

—¡Ah! decididamente, exclamó Cisneros, ese don Santiago es un hombre de quien se puede sacar mucho partido.

Cada uno de aquellos tres personajes, convirtió su cabeza en una devanadera, echándose á buscar, en el intrincado laberinto de su imaginación, la manera de explotar á don Santiago.

Las virtudes de este señor, fueron un cebo para aquellos lobos hambrientos; cebo que señalaba de antemano como víctima á aquél que dejaba entrever en medio de la general corrupción una de esas virtudes, mas raras cada día, y que más dan pasto á los ambiciosos, que ocasión para admirarlas.

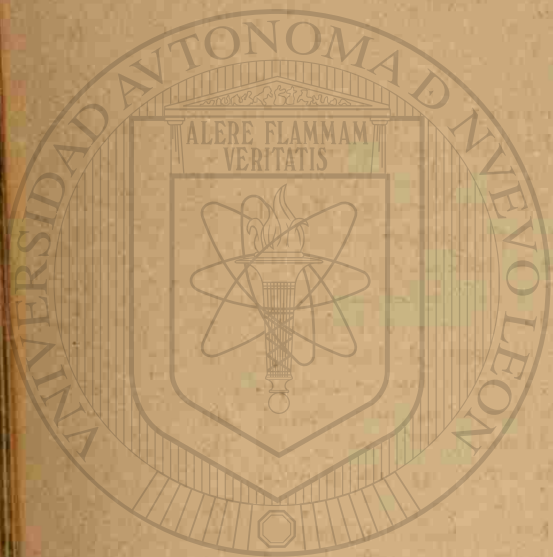
Reinó por lo tanto un elocuente silencio en la sala, silencio que fué interrumpido por el deseado aviso de Isabel de que la comida estaba lista.

Renunciamos á describir el gesto de pro-

funda satisfacción que se pintó en los semblantes de Cisneros, y de Tostado, quienes, á pesar de tener mucha confianza con Solares, no pudieron menos en aquella vez, que hacer todo eso que hacen las personas muy bien educadas cuando se trata de que pasen dos ó más por una puerta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



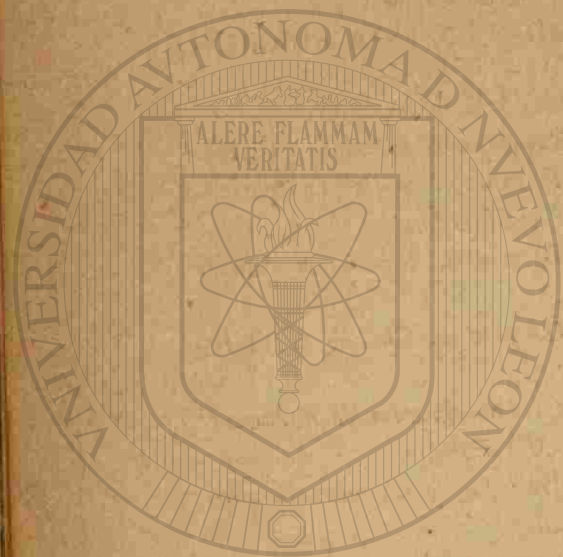


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

|   | Páginas |
|---|---------|
| CAPÍTULO I.—Una visita de confianza. . . . .  | 9       |
| CAPÍTULO II.—En el cual comienza el lector<br>á saber quién era Eloísa. . . . .                 | 21      |
| CAPÍTULO III.—El chocolate de don Manuel. . . . .   | 33      |
| CAPÍTULO IV.—Lo que pensaba Lola y lo que<br>pensaba don Manuel . . . . .                       | 47      |
| CAPÍTULO V.—La Diligencia del Interior. . . . .   | 63      |
| CAPÍTULO VI.—En el hotel y en el colegio. . . . .   | 73      |
| CAPÍTULO VII.—El papelito de Lola . . . . .   | 87      |
| CAPÍTULO VIII.—De cómo una visita de con-<br>fianza puede tornarse en embarazosa. . . . .       | 105     |
| CAPÍTULO IX.—El corredor Solares. . . . .   | 117     |
| CAPÍTULO X.—El negocio que don Manuel<br>tenía con Zubieta. . . . .                             | 133     |
| CAPÍTULO XI.—Las primeras confidencias . . . . .  | 145     |
| CAPÍTULO XII.—En el cual el lector volverá<br>á tomar el hilo de la historia de Eloísa. . . . . | 157     |
| CAPÍTULO XIII.—Una mujer entregada á los<br>mónstruos . . . . .                                 | 173     |
| CAPÍTULO XIV.—Creced y multiplicaos . . . . .   | 187     |
| CAPÍTULO XV.—Los primeros nublados. . . . .   | 205     |
| CAPÍTULO XVI.—Entre marido y mujer. . . . .   | 227     |
| CAPÍTULO XVII.—Solares y los suyos . . . . .  | 243     |



# OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICION.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Niño*,  
(1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Niño*,  
(2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poemas*.
- TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos  
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XV.—*Poemas*.
- TOMO XVI.—*Las Gentes que son así* (1.<sup>a</sup>  
parte.)



TOMO XVII.—*Las Gentes que son así* (2.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XVIII.—*Las Gentes que son así* (3.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XIX.—*Las Gentes que son así* (4.<sup>a</sup> parte.)—*Las Posadas.*

TOMO XX.—*Vistazos.*

TOMO XXI.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.<sup>a</sup> serie.)

TOMO XXII.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.<sup>a</sup> serie.)

TOMO XXIII.—*Gabriel el cerrajero, ó las hijas de mi papá* (1.<sup>a</sup> parte.)

TOMO XXIV.—*Gabriel el cerrajero, ó las hijas de mi papá* (2.<sup>a</sup> parte).—En prensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES